

HOJAS TRASPAPELADAS

DE LOS

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

POR

DON JOSÉ ZORRILLA

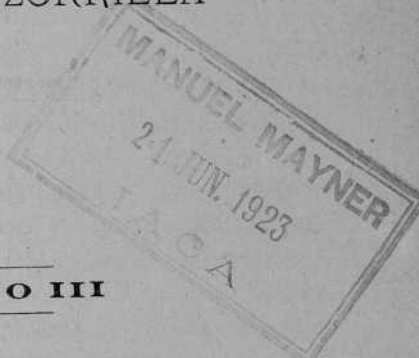
TOMO III

MADRID

EDUARDO MENGÍBAR, EDITOR

23 — Caballero de Gracia — 23

1882



ES PROPIEDAD.

Tipografía Gutenberg, Villalar, 5.

HOJAS TRASPAPELADAS

DE LOS

RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO

I



CORRÍAN los años de 1827 al 29; reinaba el señor rey D. Fernando VII, á quien llamaron el *Deseado* sus buenos vasallos, que por él se batieron contra Napoleon, y de otro modo los que se arrepintieron de haberse por él batido; era ministro de Gracia y Justicia y secretario de Estado, D. Tadeo Calomarde; corregidor de Madrid, D. Tadeo Ignacio Gil, último corregidor de coleta, zapato de hebilla y sombrero de tres picos de la monarquía española; era inquisidor general el doctor Verdeja, latino emperrado que llamaba coplas á cuanto en verso castellano han escrito desde Juan de Mena hasta Melendez Valdés y Arriaza, de quienes fué amigo; comisario general de Cruzada el espléndido doctor Varela, opulento y mundano eclesiástico, protector á su modo, y al modo de aquellos tiempos, de los literatos y artistas que á su proteccion acudieron; director del Seminario de Nobles, el P. Gil; director empresario y autócrata del teatro el

inteligente y diestrísimo italiano Grimaldi, y por fin, Superintendente general de policía el padre del que escribe estas líneas.

Para dar razon de cada uno de estos personajes desde Calomarde á mi padre, podría escribirse un tomo de tan curiosas como ignoradas anécdotas características de aquella época calificada de década ominosa, y de la cual queda aún no poco que aclarar. Cúmpleme aquí solamente decir cómo llegó el último á la superintendencia de policía, magistrado tan íntegro como severo, juez tan incorruptible como hombre consecuente con su partido, por cuyas altas y nobles cualidades cargó alguna vez con ajenos pecados y altas responsabilidades; que es lo ménos que puede hacer un hijo, perdido por no haber nunca seguido partido alguno, por un padre que se perdió por ser caballerescamente leal al de quién él creía su legítimo rey y señor; el hijo, por no tener fe más que en Dios, ha vivido siempre al amparo de la Providencia y de su trabajo; y el padre, por poner su fe en hombres sin ella, murió olvidado en el rincon de su hogar, despues de haber tenido en sus manos los secretos y los destinos de la mitad de la nacion. El hijo puede, pues, haciendo caso omiso de las opiniones de su padre, resucitar la memoria del integérrimo magistrado y del Superintendente de policía que limpió de ladrones, rufianes y vagos la capital, y obligó al Municipio y al Corregidor á cuidar de su alumbrado y policía urbana por primera vez, despues del desórden y abandono en que la dejaron las guerras extranjera y civil que desmoralizaron á España desde 1808.

Mi padre debió á la proteccion del Asistente de Sevilla, Arjona, y del duque de San Carlos y del Infantado,

el ser nombrado gobernador de Búrgos, donde recibió en latin, á su paso, al duque de Angulema; digo en latin, porque la oficialidad francesa de aquel general se entendió en aquella lengua con la autoridad de aquella provincia: desde la cual fué mi padre trasladado á la Audiencia de Sevilla, para que pudiera ingresar en la Sala de alcaldes de Casa y Corte, y despues en el Consejo de Castilla, ántes de entregarle la superintendencia general de policía del reino, lo cual sucedió á fines de 1827.

Madrid, mal empedrado, peor enacerado, y alumbrado tan sólo por algunos malos faroles de aceite que se apagaban pronto, y por los que los vecinos estaban obligados á poner en los portales, que cerraban más pronto por evitar gasto y escándolo en sus sucios rincones y tortuosas escaleras, se cubría desde el anochecer de ladrones y gentes de mal vivir, que impedían las reuniones y tertulias de las gentes honradas, y las buenas entradas en los teatros, por temor á los riesgos que corrían á la vuelta á sus hogares. Mi padre puso por condicion á su aceptacion de la superintendencia el vivir en Madrid estudiándole unos cuantos meses, como uno de sus alcaldes de Casa y Corte; y cuando tuvo arreglada su policía (en otra ocasion diré cómo), se instaló con sus oficinas en el piso principal de la casa que hoy habitan los duques de Santoña en la calle del Príncipe, esquina á la de las Huertas, como tal Superintendente general de policía.

Atajó y puso cotos á aquel fanatismo realista basado en la tremenda Real órden de 9 de Octubre de 1814, expedida por el general Aymerich, cuyos once artículos declaraban reos de lesa majestad y condenados á la horca á la mitad de los españoles; modificó el reglamento

de policía que databa del 1815, desde el primer ministro de ella el mariscal de campo D. Pedro Agustín Echávarri; y á pesar de estar todavía sostenidos los delatores y apaleadores de Chaperon y de Capapé por Ugarte y Chamorro, que aún privaban con el Rey, el Superintendente refrenó vigorosamente sus agresivas demostraciones ahorcando como por equivocacion á varios jefes de aquellas partidas de la porra, muchos de cuyos individuos habían buscado la impunidad de delitos ordinarios y de condenas judiciales bajo la capa de su acendrado amor al soberano absoluto. En vano se importunó al Rey y al Superintendente en favor de estos acérrimos realistas; éste reclamó de aquél las facultades omnímodas y la absoluta libertad de accion que había pedido, y se declaró dispuesto á presentar la dimision de su cargo si S. M. no le creía digno de toda su confianza.

Basta con lo dicho para comprender que si bien Madrid vivía bajo la opresion política de un partido, cuyos elementos, maleados por la fanática exageracion del sentimiento religioso y del absolutismo realista, producían lastimosos errores y mal justificadas persecuciones, la autoridad velaba por el órden y la seguridad pública; y el vecindario, aunque no libre del todo de una sospecha ó de una delacion, podía dormir tranquilo y descuidarse en cerrar las puertas de la calle de vuelta de las representaciones de *La Pata de Cabra*, en las cuales hacía Guzman las delicias del pueblo y de la Corte.

Ambos vivían, pues, en ese abandono meridional que apenas se ocupa del mañana, y echando poco menos que á broma todos los enojos y pesadumbres de la vida.

Ejemplos.—Estaba absolutamente prohibido á todos

los españoles de las provincias venir á Madrid sin una razon justificada, y el Superintendente visó 72.000 pasaportes por esta poderosa é irrecusable razon, escrita en ellos á favor de sus portadores: « Paña á Madrid á ver *La Pata de Cabra.* »

Estaba asimismo rigurosamente prohibido el usar bigote á los paisanos, y un día dió de manos á boca con el Superintendente Ventura de la Vega, que se le había dejado crecer.

— ¿Es usted oficial del ejército? — preguntó aquél á éste.

— No, señor — respondió Ventura.

— ¿Será usted, pues, oficial de voluntarios realistas?

— Tampoco, señor.

— Pues, ¿por qué usa usted bigote? — dijo con severidad el Superintendente.

— Porque son los únicos bienes raíces que poseo — repuso hipócritamente el taimado Venturita.

Volvióse el Superintendente á uno de los alguaciles que le seguían, y le dijo:

— Lleve usted al señor á una barbería, y que le afeiten el bigote.

Y dirigiéndose á la futura celebridad, añadió:

— Si le vuelvo á usted á encontrar embarbado, le envío á usted á la cárcel con todas sus posesiones.

Afeitado Ventura en la primera barbería cercana, salióse éste á la calle, cuando el barbero y el alguacil le preguntaron:

— ¿Se va usted sin pagar?

— Por supuesto — respondió Ventura. — Que le pague á usted S. E., que le mandó afeitarme.

Y el Superintendente pagó la barba.

Prohibidas estaban tambien las máscaras, y prohibidas

deben estar para que tenga aliciente. El Rey las temía por miedo á los conspiradores; la autoridad las temía por miedo á los tumultos; el clero las anatematizaba por miedo á clandestinas venganzas; pero el pueblo deliraba por ellas porque estaban prohibidas; y el pueblo y la clase media tenían bailes de máscaras, más encantadores cuanto más misteriosamente verificados. Dos ó tres opulentas familias de la clase media abrían sus salones á primeras horas de la noche á nobles y blasonadas eminencias envueltas en sencillos dominós, sobre los cuales cerraban cuidadosamente sus puertas y sus ventanas, para bailar hasta las doce, al són de discreta ó sordina música. El Rey, que detestaba las máscaras y era á veces muy celoso de su autoridad, dijo una noche en su tertulia al Superintendente de policía:

— A pesar de su absoluta prohibicion, hay máscaras en Madrid. ¿Lo ignora la policía?

— La policía lo sabe mejor que V. M., puesto que sabe el por qué las hay — respondió con respeto, pero con firmeza, el Superintendente.

— El Rey espera que la policía le manifestará ese por qué.

— Y S. M. quedará satisfecha — repuso el Superintendente á la órden embozada que encerraban las palabras del Rey.

La infanta Carlota y la princesa de Beyra, que asistían á la tertulia, tuvieron durante este diálogo, la primera los ojos tenazmente fijos en los serenos del Superintendente, y la segunda constantemente bajos los suyos.

Tres noches despues, á las once y tres cuartos, entraba por la puerta de las caballerizas reales una berlina

de dos caballos, sin blasones ni libreas, de la cual se apearon dos damas envueltas hasta las cejas en espesos mantos. Atravesaron sin luz el patio, abriéndolas un postigo un embozado que las acompañaba, y entraron en palacio por una de las escaleras de servicio; pero al desembocar por su puerta en el piso principal, hallaron con asombro tras ella al Superintendente con toga y vara, á quien un hujier alumbraba con un candelabro de plata; y entre aquella extraña autoridad y aquellas misteriosas damas, se trabó este breve diálogo:

Una dama. — ¿Aquí tú á estas horas?

El Superintendente. — Esperando á Vuestras Altezas para acompañarlas.

— ¿A dónde?

— Al cuarto de S. M. el Rey. VV. AA. saben que tengo llave y entrada en su cuarto á todas horas, y los monteros de Espinosa órden de dejarme pasar.

La dama que había tomado la palabra irguió fieramente la cabeza, y dijo plantándose ante el inflexible togado:

— ¿Y si yo no quisiera seguirte y me volviera atrás?

— Hallaría V. A. tras de todas las puertas cruzadas las alabardas del zaguanete.

Vaciló un instante la dama enmascarada, y tembló todo su cuerpo como atacado de una convulsion bajo los pliegues de la seda que la envolvía; pero dominada por su fuerza de voluntad ó no queriendo estrellarse contra la del Superintendente, le dijo:

— Vamos.

Y echó tras él con resuelto paso, seguida por su trémula compañera. El Rey esperaba aún en su despacho: el montero de Espinosa se le anunció, y presentóse ante S. M. el Superintendente seguido de las

dos enmascaradas damas, pues llevaban aún sus dominós bajo los mantos.

— ¿Qué me traes ahí? — preguntó el Rey al magistrado.

— El por qué hay máscaras en Madrid — respondió éste mostrando á las damas, que no eran otras que SS. AA. las infantas doña Luisa Carlota y la princesa de Beyra.

Cuando muchos años despues me contaba la primera en la casa núm. 40 de la calle de la Luna, donde habitaba accidentalmente, esta escena que yo sabía por las notas de mi padre, me decía aquella señora tan notable por su belleza como por su resolucion:

— Hoy, sólo por los buenos ratos que me han hecho pasar las comedias del hijo perdono al padre los malos ratos que me dió.

Y efectivamente, aquella princesa era la más asídua espectadora de mi *Sancho García* y del *Zapatero y el Rey*, en cuyas representaciones la veía en su palco de proscenio ántes de levantarse el telon.

II

Entre nueve y diez de una noche lluviosa de Octubre de 1828, en la calle del Caballero de Gracia, en la hostería de *El Caballo Blanco*, y en el cuarto de tres mesas del fondo de su corredor, conversaban de sobrecena en la del rincon tres individuos, á quienes por forasteros delataban su traje, maneras y conversacion.

Era el primero, y el que ocupaba la cabecera, un hombre rechoncho, colorado y entrecano, cuya larga y

cuellialta levita, cuyo chaleco abrochado hasta arriba, cuyo pañuelo negro anudado sin arte al cuello, y el gorro de seda con que cubría su tonsurada cabeza, acusaban á tiro de ballesta al cura de pueblo con licencia en Madrid.

El que á su derecha rumiaba las últimas almendras de un sequillo, con las cuales saboreaba las últimas gotas de un añejo Peralta que en su vaso quedaban, mientras atentamente escuchaba al beneficiado que llevaba la palabra, era un viejo alto y enjuto, de espesas cejas y tostada piel, cuyas manos rojas y encallecidas, cuyo chaqueton y chaleco de paño de Nieva, y cuyo cuello sin corbatin le declaraban por un segoviano y acomodado labrador.

El segundo comensal del beneficiado, porque indudablemente era éste quien á los otros dos convidaba, era un mozo trigueño y ojinegro, de naciente bozo y agraciada figura, provinciano, pero listo, y tal cual vestido, como estudiante que ya había cursado más de dos áulas y visto más de dos ciudades.

De la provincia de Segovia eran los tres sin que pudiera dudarse, y no era desagradable ni enojoso el asunto que á Madrid los había traído, ni escasos estaban de fondos cuando tan alegre, abundante y descuidadamente cenaban.

En la mesa primera de junto á la puerta, enfrente de la segunda que nadie había en toda la noche ocupado, rumiaba tambien las últimas almendras de su sequillo, y saboreaba los últimos tragos de su ordinario Arganda, un hombre flaco y de color cetrino, abrigado en un gran carrik de cuatro esclavinas, sumida la barba en un corbatin de cuero con vivo blanco, cubierto con un sombrero, bajo cuyas alas desaparecían su frente y ojos, y

absorto, al parecer, con una amorosa delectacion en el trasiego del líquido de la botella á su tal vez mal alimentado estómago. Este hombre, que parecía un bendito, suspiraba de cuando en cuando satisfecho, y debía de ser no poco sordo, porque cada vez que el mozo respondía á sus demandas, se hacía repetir sus respuestas adelantando un ¿qué? y torciendo la cabeza á la derecha para oír sin duda mejor con el oído izquierdo, que debía ser el más sentido de sus dos orejas.

Una vez que el beneficiado le había dirigido la palabra, había él seguido comiendo sin oírle, al parecer; y la única vez que levantó su voz atiplada, fué para preguntar á los tre segovianos si les incomodaba el humos de un puro de á dos cuartos que iba á encender en el braserillo de barro que para eso acababa de pedir al mozo.

Contestóle el beneficiado que no eran señoritas, que podía encender su tagarnina, y que si era servido le daría él de mejor tabaco de que él se servía; pero el del carrik, que al primer signo de asentimiento del beneficiado pareció echarse de bruces sobre el braserillo para encender á fuerza de pulmon su tagarnina, no oyó sin duda las palabras del cura, y se contentó con su primer movimiento de cabeza para entregarse á su segundo vicio. El cura y sus comensales no volvieron de él á ocuparse; y decía el cura al labriego, continuando su plática:

— Pues así he visto yo *La Pata de Cabra* con mi sobrino, pidiendo permiso para venir á examinarle de escribano: que mi Prelado no me hubiera concedido para venir á echar una cana al aire.

— De modo — dijo el labrador — que *La Pata de Cabra* es cosa digna de verse.

— Maravillosa — respondió el mozo. — Mi tío se rió

tanto con Guzman, que no pudo dormir ayer por la noche, porque aún se reía soñando con Don Simplicio.

— Y tú con aquellas bailarinas que ataban á los cíclopes — dijo el cura á su sobrino. — No es el teatro espectáculo para gente jóven.

— ¡Bah! ¡bah! — dijo el sobrino al labrador. — Es-crúpulos hipócritas de mi tío: tres chicas que parecía que enseñaban los brazos y las pantorrillas, pero no era más que la seda de que iban vestidas: engaña-bobos y saca-dinero. Y luégo, que al salir y encontrarnos los que salíamos de la galería con los de los palcos, que le dió á mi tío yo no sé qué que se puso tan pálido, y cuando llegamos al hospedaje se coló una copa de Jerez, dijo que para pasar un mal trago.

— No hablemos de eso — exclamó el cura — que tampoco es cosa de muchachos.

— Lo que yo veo — dijo el labrador — es que el tío y el sobrino se dan ustedes á la *vita bona* en Madrid, y la pasan á tragos.

— La verdad es — dijo el beneficiado — que dos botellas de Peralta no son para tumbar á dos hombres como nosotros, vecino; pero yo me siento un poco caliente la cabeza, y á mí me da por lo triste, y en cargándose un poco más de lo regular... vamos, cada cual tiene sus secretos... y sus recuerdos... y su conciencia.

— ¡Otra! — exclamó el labriego — tendría que ver que quien arregla la conciencia de los demas tuviera la suya llena de trastos.

— Bueno está, vecino, y no hable de lo que no entiende. Los curas y los médicos son los que tienen más sobre su conciencia la de los otros; y ayer oí yo una voz que, si es de quien yo me figuro, ya hace tiempo que debía habérsela atajado el verdugo en la garganta.

— ¡Ave María Purísima! — exclamó el labriego.

— Vamos, vamos — exclamó el cura levantándose y pidiendo la cuenta — vámonos, que si los confesores pudiéramos hablar claro de nuestros confesados... y yo recibí un día una confesion que todavía me eriza los pelos.

— Esa es la embriaguez de mi tío; en bebiendo un poco, tiene miedo de que le llamen para confesar á nadie.

— Vámonos, vámonos — dijo el cura pagando y saliendo apresuradamente de la fonda.— Mi sobrino tiene razon, y yo necesito tomar un poco de aire y encerrarme á dormir en mi cuarto para no dar mal ejemplo ni hablar disparates.

Pagó el beneficiado; colocóle su sobrino la capa sobre los hombros, sirvióle el labrador su sombrero, y saludando al del carrik, que se quitó el suyo tambaleándose, y les dijo cuatro palabras incoherentes á través de una enorme bocanada de humo, salieron á la calle diciendo el cura del del carrik: ése sí que tiene mal estómago; trabajillo le va á costar el salir con su botella.

— En verdad — dijo el labriego, dando un primer traspies — que hay hombres á quienes embrutece la bebida.

— Y uno es el sordo ése — dijo el cura, echando por la calle del Clavel á la de San Bartolomé, donde se hospedaban.

Despidióse el labrador del tío y del sobrino; y tirando por la de Peligros, fuese á buscar la de Barrionuevo, donde tenía su alojamiento, llegando á él con el frío y el movimiento completamente sereno, y despejado el cerebro de los vapores del Peralta.

No así llegó al suyo el beneficiado; quien, morigerado

y metódico por costumbre, se resentía del exceso cometido, y tuvo que apoyarse en el brazo de su sobrino.

Entraron al fin en su casa como pudieron; y cerrando tras ellos la puerta con llave, dejaron libre la calle á otro que, más beodo que ellos, la medía descompasadamente de cera á cera, llevando en el brazo un abrigo que hubiera hecho mejor en cuidar de colocarse sobre los hombros, para guarecer su cuerpo de la helada y menuda lluvia que incesantemente sobre la tierra se depositaba.

III

Durmióse el beneficiado, á quien su sobrino ayudó á desnudarse y acostarse, y despertóse avergonzado de lo sucedido y receloso de lo dicho. Vistióse y lavóse, y tomó su breviario para rezar sus horas, y pidió devotamente perdon á Dios de su no consuetudinaria intemperancia, y salió á confesarse ántes de decir misa en el vecino convento de Capuchinos, que ocupaba entónces el lugar que hoy la plaza de Bilbao, dejando á su sobrino durmiendo como un liron.

Encontróle vestido á su vuelta y esperándole para tomar el chocolate. Bebiendo estaba el beneficiado con gran placer su gran vaso de agua con azucarillo, cuando la patrona entró á anunciarle que un desconocido preguntaba por él y deseaba hablarle.

— Que éntre quien sea — dijo el cura.

Y entró, sin esperar á que la patrona le diese la vénia del eclesiástico, un hombre cano, de mediana edad, de mediana estatura y de mediano porte, que con una

cortesía algo zurda y con una atención un poco forzada le preguntó:

— ¿Tengo el honor de hablar con el Sr. D. Pedro Conchillos, beneficiado de..? (y le nombró su pueblo).

— Sí, señor — respondió el eclesiástico. — ¿En qué puedo servir á usted?

— En venirse detrás de mí si su merced no lo toma á mal — respondió su ambíguo interlocutor.

— ¿Y á dónde? — volvióle á preguntar el beneficiado.

— A la superintendencia de policía; el señor Superintendente desea hablar á solas con vuestra merced; y como sus ocupaciones y su dignidad no le permiten venir á visitar á vuestra merced en esta casa, vengo á rogarle de su parte que me siga á la superintendencia.

Y así diciendo, mostró un papel sellado al asombrado eclesiástico, quien tranquilo en su conciencia, pero asustado con la fama de severo del Superintendente, siguió trémulo, cabizbajo y meditabundo á su poco simpático mensajero; dejando á su pobre sobrino en la mayor zozobra é inquietud hasta saber el fin con que S. E. el Superintendente llamaba al beneficiado á su palacio de la calle del Príncipe, ante cuya fachada fué á esperar impaciente la salida de su atribulado tío.

IV

Por aquel tiempo de prohibiciones, persecuciones y represiones, en que todo yacía inerte bajo la presión del miedo universal, la revolución medrosa de la policía, la policía del pueblo, el pueblo del Gobierno, el

Gobierno de sí mismo, y todos del Rey, había una cosa que renacía y se regeneraba de la más extraña manera: el teatro.

Todo en España ha sido así siempre, inconsciente, inesperado, fenomenal, casi absurdo. El teatro renacía y se regeneraba en manos de un extranjero, Grimaldi, y con una casi inocente estupidez: *La Pata de Cabra*.

Había Grimaldi venido á España con los franceses de Angulema y quedándose en España; halló en el teatro los restos de las compañías y de la tradición de Maiquez y Carretero; y con Guzman, la Llorente, Rafael Perez (la primer peluca, como se llamaba entonces á los barbas, hoy sin nombre), la Generoso, Pedro Montaña, Fabiani, Cubas, Caprara, Campos, Azcona y otros (de quienes hablaremos este invierno al tratar de la Corte y el teatro de Fernando VII), formó una compañía que comenzó bajo su impulso y dirección un renacimiento tan extraño como desapercibido, y cuya influencia en lo venidero nadie pudo prever. El germen de nuestro teatro moderno lo incubó y lo dió vida el italiano Grimaldi con *El hechizado por fuerza*, *Blanca y Mocasín* y *La Pata de Cabra*; esta última obra única suya, único pasto digerible para el público de aquella época, y cuyo éxito no ha tenido jamás igual en los teatros de Madrid. Grimaldi había comprendido perfectamente nuestro país en aquel tiempo, y le dió la tontería más adecuada á la ignorancia en que yacía, como base de un tratamiento higiénico á que se proponía someterle para nutrirle y regenerarle. *La Pata de Cabra*, intachable para la censura eclesiástica, comprensible para el vulgo, popular por la misma crítica de nuestro país, que el extranjero hacía de nosotros en D. Simplicio Bobadilla Majaderano

Cabeza de Buey, hizo las delicias de aquel público, á quien Guzman hacía reirse de sí mismo, bajo la cáustica intencion del privilegiado ingenio del sagacísimo italiano, afrancesado primero y españolizado despues. Grimaldi con *La Pata de Cabra*, distrajo de la política al público de Madrid por algunos meses; y ya he dicho otra vez que mi padre firmó 72.000 pasaportes para venir á Madrid á ver *La Pata de Cabra*; entónces nadie, ni clérigo ni seglar, ni militar ni extranjero, podía venir á la Corte sin explicar al Superintendente general de policía el objeto de su venida y el tiempo en que es proponía conseguirlo; y todo el mundo tenía miedo del Superintendente, porque éste lo tenía de todo el mundo en nombre del rey D. Fernando VII; y hé aquí el modo de ser de la sociedad madrileña de aquellos años de 27, 28 y 29, en que fué Superintendente mi padre. —Se vivía del miedo: la revolucion se desperdigaba medrosa en la emigracion, y mi padre vivía avizor sobre la emigracion, para que el Rey durmiera medroso en palacio en medio de los espías de mi padre y de los de la invisible, lejana, pero inevitable revolucion.

Divago: otra vez hablaremos de los elementos de disolucion, de los gérmenes de discordia que en aquella Corte fermentaban y que produjeron nuestra revolucion; volvamos ahora al cura segoviano que, con pretexto de examinar á su sobrino, había venido á Madrid á ver *La Pata de Cabra*.

El agente de policía le introdujo en el despacho del Superintendente, y le dejó allí solo con él, como si le hubiera dejado en la jaula de un leon. La alta estatura del magistrado, envuelto en su toga de terciopelo, con su golilla y vuelillos de encaje abotonados con esmeraldas, detrás de aquella inmensa mesa cargada de

papeles, armas y objetos raros, cuerpos de delitos y pruebas de crímenes, hizo sin duda en el pobre cura un efecto tremendo; porque pálido y silencioso, permaneció unos momentos con sus espantados ojos fijos en la cara tranquila, severa y toda afeitada del alcalde de Casa y Corte, que se había puesto de pie para recibir al sacerdote de la religion que profesaba.

—Siéntese usted, padre, y tranquilícese; está usted delante de una autoridad que respeta la sagrada de usted, y nos entenderemos en pocas palabras: yo tengo poco tiempo y no las gasto inútiles.

—Estoy á la disposicion de V. E. — dijo el cura un poco repuesto con las corteses frases del magistrado.

—Deje usted el tratamiento á un lado. Usted comió ayer en la fonda del *Caballo Blanco*, é hizo mal en beber de aquel Peralta, que es un vino traidor, aunque es de una tierra en que no hay traidores.

—Sí, señor, hice muy mal — dijo compungidamente el cura.

—Y dijo usted — siguió el magistrado — que había usted oido en Madrid al salir del teatro una voz que, si es la de quien usted se figura, hace ya tiempo que el verdugo debiera habérsela cortado en la garganta. Nunca es tarde para la justicia: hablemos un poco de eso. ¿Dónde oyó usted por primera vez la voz que se figuraba usted haber oido á la salida de *La Pata de Cabra*?

La imágen del sordo de la fonda se levantó en la memoria del beneficiado como la del Profeta en el festin de Baltasar; sintió que su cuerpo temblaba; sintió el sudor frío que se oreaba en su frente, y no supo qué responder. El Superintendente esperó con la más tranquila paciencia á que responderle pudiera. Al fin dijo:

— Es un secreto, y debo guardarlo *sub sigillo confessionis*.

— No, no le pido yo á usted, señor cura — dijo el Superintendente — la revelacion de una confesion: no. Sólo necesito saber dónde y cómo fué la confesion, las circunstancias que la ocasionaron: nada más; el nombre del pecador, ni el pecado, no se lo pregunto á usted. Oyó usted una voz, y juzga usted criminal al individuo cuya garganta la produce: la historia de esa voz es la que yo quiero saber. ¿ Dónde la oyó usted? ¿ Esa voz es de su confesado de usted?

— ¡ Oh! no — dijo inocentemente el cura — la confesada fué una infeliz mujer.

— Tanto mejor: nada pregunto de la confesada ni de su confesion; del de la voz es de quien se trata.

El cura estaba ante el magistrado como una liebre entre las uñas de un gato montés, y se decidió á hablar por ver si podía escapársele:

— Señor, yo diré á V. E. lo que buenamente pueda de lo sucedido. Sin tocar...

— Á nada secreto, á nada sagrado — le interrumpió el Superintendente — á nada que pueda comprometer al hombre, ni al sacerdote. ¿ Encontró usted al hombre de la voz?..

— En un camino real.

— ¿ Solo ó acompañado de la mujer?

— No, señor; de otro hombre enmascarado como él, y ginetes ambos en dos poderosos caballos.

— ¿ Dos?

— Pero habló solamente el uno.

— ¿ Y dijo?..

— Que era preciso que fuera con ellos á confesar á una mujer que se hallaba *in articulo mortis*. Yo no

podía negarme á ejercer mi ministerio, y respondí que no tenía inconveniente, que guiasen adonde estaba la moribunda. Entónces el hombre que había hablado añadió: «Es que hay una condicion, y es que no queremos que vea usted el lugar en que está, y que es preciso que se deje usted vendar los ojos y conducir á ciegas.»

— ¿Usted se resistió?

— Cuanto pude: pero el sitio estaba desierto; aquellos caballeros tenían cada uno un par de pistolas enfundadas en sus sillas, y el que llevaba la palabra dijo sacando una de las pistolas: «Padre cura, no se le pide á usted mas que lo que está obligado á hacer, y lo hará usted por bien ó por mal.»

— ¿Y no pudo usted ménos que dejarse vendar?

— Y me condujeron vendado entre los dos, llevando cada uno una de las bridas de mi mansa cabalgadura hasta una casa, cuya puerta oí abrir cuando me mandaron apear. Me tomaron de la mano, me hicieron subir una escalera...

— ¿De cuántos peldaños? ¿Se acuerda usted por ventura?

— Perfectamente: dos tramos de á catorce; pasamos una pieza que creí antesala; despues otra que tenía una mampara, que sentí cerrarse de golpe tras de nosotros; y cuando me quitaron el pañuelo con que me habían vendado los ojos, me hallé en un aposento donde en una cama yacía la que debía confesar. No puedo decir más; señor, suplico á V. E. que nada más me pregunte.

— Nada de la confesion ni de la confesada; ¿pero á usted le sacaron de allí?

— Del mismo modo que me llevaron; y cuando volvieron á dejarme me dijeron: «Cuando no sienta usted

el galope de nuestros caballos, puede usted quitarse el pañuelo: no ántes, porque arriesga usted la vida.»

— ¿Y esperó usted?

— Hasta que no oí nada: más de lo que ellos necesitaban; y cuando me quité de los ojos el pañuelo, me encontré en el mismo lugar del camino real en que me había encontrado con ellos.

— ¿Y reconocería usted ese lugar?

— Sin duda: he tenido mil veces que pasar después por él.

— ¿Y duró mucho el trayecto de ese lugar á la casa?

— Más de dos horas y media. Los encontré al medio día, y eran las cuatro dadas cuando me ví libre de ellos.

— Está bien, señor cura; dispéñeme usted la molestia que le he ocasionado — dijo el Superintendente tras unos momentos de meditacion. — Lo que más siento — añadió — es la que aún le voy á dar: no salga usted de Madrid hasta que reciba orden mia.

— La licencia de mi Prelado se me acaba dentro de cinco días.

— No importa; un dependiente mio irá á ver á usted y le llevará el permiso para permanecer indefinidamente en la Corte.

— Es que yo no he calculado más que los veinte días de mi permiso...

— Mi dependiente dará todas las órdenes necesarias, y yo le abro á usted crédito en la Caja de la superintendencia.

Abrió el magistrado un cajon de su mesa, dió al asombrado cura un puñado de monedas de á ochenta reales, y le dijo entregándoselas:

—Coma usted en su casa y no beba Peralta; responda usted á todo lo que mi dependiente le pregunte: es un hombre tan instruido como desconocido, con quien puede usted ir donde quiera; le llevará á usted á lo reservado del Retiro, á la Historia natural, á la Armería y áun al teatro sin alzacuello; haremos la vista gorda y le abonaremos á usted con el Prelado; pero cuidado con moverse de Madrid.»

Y diciendo y haciendo el Superintendente, acompañaba al cura hácia la puerta del despacho con la mayor cortesía. Allí le confió al portero que lo había introducido; quien, conduciéndole á través de las oficinas, le abrió, saludándole, la mampara que daba al descanso de la escalera; al fin de la cual encontró á su sobrino que hasta allí, impaciente, se había arriesgado á llegar.

—¿Qué hay, tío? — le preguntó ansioso el estudiante.

—Nada, sobrino; vámonos á casa — respondió el tío — el señor Superintendente quería saber á qué habíamos venido.

—¿Y qué le ha dicho usted?

—Pues que hemos venido á ver *La Pata de Cabra*.

—Pero, tío, ¿qué habrá pensado de usted el Superintendente?

—Nada malo por ver *La Pata de Cabra*, porque me ha mandado quedarme en Madrid para volver á verla otra vez.

Y así diciendo, llevóse el cura á su sobrino á su casa, y no se dejó por él arrancar una palabra más sobre el caso.

V

Recibió al cuarto día el beneficiado Conchillos la autorizacion de su Prelado para permanecer indefinidamente en Madrid, y llevóle dicha autorizacion un hombre alto, cejijunto y amojamado, pero el más cortés y divertido del mundo.

— Yo soy—dijo al beneficiado al presentarse en su habitacion—un empleado de la superintendencia; tengo el encargo de acompañar á usted á ver Madrid, y de tratar á usted como al mejor amigo del Superintendente, bajo cuyo patrocinio directo está usted desde hoy colocado. Así, pues, no tiene usted que pensar más que en distraerse y ver Madrid; desde el palacio real, cuando los Reyes no estén en él, hasta la cárcel de Corte, aunque estén en ella los presos; porque éstos no suelen salir de ella más que para los presidios, excepcion hecha de los que salen para la horca.

Maldita la gracia que debió hacer al beneficiado la presentacion y el proemio del agente de mi padre; pero acordándose de las palabras de éste al despedirse de su despacho, respondió al que en nombre suyo se le presentaba:

— Sea usted quien quiera, señor mio, yo estoy á su disposicion de usted, segun lo que el señor Superintendente me ordenó.

— Es que no se trata—respondió el agente al beneficiado—de que usted se resigne á órden alguna, sino de que aproveche usted con alegría la ocasion de gozar,

sin la más mínima inquietud, de un tiempo y de una autorizacion que el Prelado le acuerda á usted para descansar de las penosas tareas de su cura de almas. Comience usted, pues, por enviar á su Universidad ó á su pueblo á su sobrino, y vámonos entre tanto á ver cuatro cosas de las muchas que hay que ver en esta coronada villa.

Bien comprendía el beneficiado que los consejos de aquel hombre eran hijos legítimos de las órdenes del Superintendente; y aunque esperaba poca diversion de su compañía, la aceptó con sus consejos, y envió á su pueblo, á la mañana siguiente, á su sobrino, embanastado en una galera que para la capital de su inmediata provincia salía; conminándole y rogándole por todos los santos de cuyos nombres se acordó, que no dijese allá una sola palabra de la situacion en que él en Madrid quedaba. Prometióselo el mozo, y engaleróse triste y preocupado por lo que ocurrir pudiera á su tío entre las garras de aquel esbirro, que no de otra cosa calificaba el despierto mozo al de quien dejaba á su buen tío acompañado.

Pero engañóse éste de medio á medio acerca de su acompañante, que venía todas las mañanas á llevarle á la iglesia y á ayudarle la misa, y tomaba despues con él un riquísimo chocolate; del cual le regaló un par de libras, diciéndole que provenía de la última tarea hecha en la plazuela de Santa Ana para las señoras monjas Calatravas. Llevóle luégo á ver la Armería y el Museo, y la Historia Natural, y lo reservado del Retiro, y el leon viejo de la vieja rotonda, que entónces componía la casa de fieras, y los conejos de la Casa de Campo, y las lavanderas del Manzanares, y las muñeiras y las palizas de los aguadores y carboneros en Nuestra Señora

del Puerto: y ya comían en la fuente de la Teja ó en la calle del Cármen, en la hostería de Buttarelli, ó cenaban en *El Caballo Blanco*, despues de asistir sin alzacuello á las galerías oscuras del Príncipe y de la Cruz á las representaciones de *La Pata de Cabra* y *El Diablo Verde*; pero en cuanto al Peralta de la hostería del Caballero de Gracia, no hubo medio de que el agente le hiciese volver á enviar una gota por su garganta al fondo de su poderoso estómago.

El agente le contaba la historia de todo y de todos los que veían, sazonando sus relatos con picantísimas observaciones sobre el de la vida de algunas de las muchas mozas que le saludaban al paso por todas partes, y á quienes él daba siempre un empleo honroso de doncellas de grandes casas, ó de costureras, aprendizas y menestralas de grandes modistas ó establecimientos conocidos de comercio. Lo único que al cura enojaba en las divertidas conversaciones de su acompañante, era la insistencia de éste en intercalar en todas algun recuerdo ó alguna pregunta de aquella misteriosa confesion, de la cual se había tenido que confesar con el Superintendente: si había sentido durante el tiempo que anduvo vendado si su caballo marchaba sobre piedras, arena ó césped: si se había apercebido de que atravesaban algun puente ó vadeaban algun arroyo: si había pasado por bajo ó cerca de alguna arboleda, de cuyas hojas hubiera apercebido el rumor ó sentido la sombra ó la frescura: si había oido ruido de alguna presa con batanes ó con molinos: y otras mil semejantes preguntas de mil diferentes maneras hechas y con muchísima destreza, pero cuya taimada premeditacion no había podido escapar á la medrosa suspicacia del intranquilo beneficiado; quien tenía siempre en la memoria y

delante de sus pupilas aquel gabinete del palacio de la calle del Príncipe, donde tras aquella mesa cargada de papeles había visto por primera vez á aquel severo magistrado, vestido de terciopelo y engolillado de encaje como una figura escapada de un cuadro del Ticiano.

Al cabo de dos semanas de esta vida vagabunda y regalona, anunció el agente una tarde al beneficiado que una ineludible obligacion y un viaje que por ella tenía que emprender le iban á privar de su compañía por unos cuantos días, tal vez por más de una semana. No supo muy bien darse cuenta el beneficiado de si se afligía ó se alegraba de aquella separacion: el hecho fué que pronto echó de ménos á su cicerone: que comenzó á ver irse uno tras otro los duros que, de cuatro en cuatro, componían el puñado de ochentines que el Superintendente le había dado; y que comenzó á comprender y á temer que no tendría jamás valor para irle á decir que se le habían acabado.

Comenzaba á recordar y á echar de ménos el buen servicio y las previsoras atenciones de su ama y sus dos sobrinas, mujeres respetuosísimas y sinceramente adictas á su persona, cuyos cuidados y servicios no podría nunca reemplazar la maritornes alcarreña que servía á los pupilos de la patrona que le hospedaba. Comenzó, pues, á vagar solo por las calles de Madrid, sin atreverse á entrar solo en aquellos sitios de distraccion en los cuales le había metido su compañero; comía en la calle del Cármen, en la hostería de aquel buen Buttarelli á quien saqué yo más tarde á la escena con mi *Don Juan Tenorio*, el cual Buttarelli servía cubiertos de á ocho y diez reales con una profusion que concluyó por arruinarle; y comía allí porque no se atrevía á volver solo al *Caballo Blanco*, en uno de cuyos aposentos

tuvo origen su desventurada posición actual y su entrevista con el Superintendente; ante cuyo palacio pasaba todos los días como un sonámbulo el silencioso, escamado y solitario cura, sin atreverse á entrar en él para preguntar por su porvenir al engolillado morador de aquellos salones, convertidos en temerosas oficinas de averiguaciones, prendimientos, destierros y estrangulaciones.

Así pasaron otros cuantos ya para el beneficiado insoportables días. A las dos del veintiuno estaba dando fin á una de las sabrosas chuletas de Buttarelli, cuando entróse de rondon en la sala de la hostería su desaparecido compañero el agente de la superintendencia, quien con aquel su proverbial buen humor y su poco aprensiva franqueza se sentó frente al beneficiado y pidió otro cubierto diciendo:

— Acá estamos todos.

Tembló y alegróse de volverle á ver el buen presbítero; porque aunque bien sabía que no era más que un centinela de vista, ya que no un espía, el tal agente le hacía tolerable la ausencia del ama y las sobrinas, y era para él una especie de sombra protectora en Madrid y una garantía contra la severidad de su Prelado, á quien sólo el agente podría explicar su tan prolongada permanencia en la Corte. Recibióle, pues, con alegre sonrisa y cordial apretón de manos, y comieron en amor y compañía, y al fin de su improvisada é imprevista francachela, dijo el agente al presbítero:

—Mañana al rayar el alba es preciso que esté usted listo para salir de Madrid. Acabo de ajustar y pagar sus cuentas de usted con su patrona.

—Pero ¿á dónde vamos?

—No lo sé. Al alba iré á buscarle para que vayamos

á la superintendencia, que es de donde hemos de salir. ¿Necesita usted dinero? ¿Tiene usted alguna cuenta pendiente? ¿Alguna compra que hacer para el pueblo?

—¿Pero vamos á ir á mi pueblo?

—Usted irá desde donde le deje el señor Superintendente, á quien iremos acompañando. Vámonos, que no hay tiempo que perder.

Y tal diciendo, saldó el agente la cuenta con Buttarrelli, y se llevó poco ménos que á remolque al aturullado cura; que no acertaba á volver en sí del susto que le había causado la noticia del viaje en compañía de aquel togado tan amable, pero á través de cuya sonrisa alcanzaba á ver el pobre presbítero la vara inflexible de su inexorable justicia.

Hizo su maleta, en la cual metió unos pañuelos de seda y unas muy abrigadoras medias de lana para los cuellos y pantorrillas de su ama y sobrinas, y al cabo de una noche insomne y atribulada, esperó presto á partir á que la luz de la aurora tiñese con sus albores matutinos los emplomados vidrios de la ventana de su aposento.

A las cinco y media vino su compañero á buscarle; y metiéndole en el coche en que venía, le condujo á la superintendencia, en cuyo patio vió una silla de posta, en la cual le acomodó el agente; quien envuelto en un gran carrik de cuádruple esclavina, le dijo que era órden de S. E. que así y allí le aguardasen.

Miéntas lo hacían, reconoció el asombrado cura el carrik del borracho que ocupaba la mesa inmediata á la en que se embriagó con su sobrino y el labriego en *El Caballo Blanco*; y creo que no necesito decir al lector lo que pensó, adivinó y temió el pobre presbítero, cavilando y sacando consecuencia de sus cavilaciones.

Bajó y montó el Superintendente al lado del beneficiado; y dándole la derecha, envuelto en un capoton de viaje forrado de pieles, saludóle con una sonrisa y unos buenos días; y metiendo en las bolsas un par de pistolas que debajo del capote traía, mandó montar al agente en el cabriolé que cobijaba al conductor, y arrancaron con la silla de posta los cuatro vigorosos caballos á ella enganchados, lanzándolos el conductor á galope desde que salieron por la puerta de Segovia.

Seis horas duró aquella carrera, sólo interrumpida para cambiar dos veces de tiro; en la segunda posta brindó el Superintendente al beneficiado con las provisiones y el Peralta que el agente llevaba en el cajon del cabriolé. El cura no había podido familiarizarse con la compañía del severo aunque risueño magistrado. Su conversacion no había podido sostener la del Superintendente, ni su pobre latin de misal había podido hacer frente al ciceroniano del jurisconsulto, que era *doctor en ambos derechos* y latino como lo somos hoy los que á las letras nos damos en nuestro latino país.

A las doce y media paró de repente en firme la silla de posta, que había visto el cura de trecho en trecho escoltada por algunos soldados, que no pudo ver nunca de dónde salían. Abrió el agente la portezuela izquierda, apeóse el Superintendente, ayudó al cura á sacar del carruaje su entumecida persona, y preguntóle sin más preámbulo:

—¿Fué aquí donde los enmascarados vendaron á vuesa reverencia?

Echó el absorto eclesiástico una mirada en derredor, y respondió balbuceando:

—Aquí mismo; entre estos tres olmos, junto á los cuales arranca ese sendero.

—Acerquen esos caballos — mandó el Superintendente á unos mozos que de las bridas tenían cuatro; y volviéndose al atónito beneficiado, le dijo con su cortés sonrisa, detrás de la cual había siempre una orden ineludible: — Ahora es preciso que vuestra reverencia se vuelva á dejar vendar.

Lo cual hecho, y montados en las prevenidas cabalgaduras, echaron por el sendero, conduciendo por el ronزال el caballo en que cabalgaba el bueno del beneficiado Conchillos.

VI

Un hombre á quien se conduce con los ojos vendados, tiene forzosamente que mirar dentro de sí mismo; y dentro su cerebro es donde se figura ver la parte del mundo por donde camina, que fuera y en torno de sí mismo no pueden percibir sus órganos visuales.

El más que nunca atribulado Conchillos miraba dentro de sí mismo buscando el pedazo de mundo que atravesaba; pero todo en su imaginacion se le representaba ménos lo que ver quería, á través del miedo que su acompañamiento le inspiraba. ¿Qué fin iba á tener aquella extraña excursion, y qué consecuencias iba de ella á sacar, y qué iba de él á exigir aquel togado, que no vacilaba en dejar su palacio y la Corte para volverle á traer por aquellos para él tan invisibles como nunca vistos andurriales?

El silencio absoluto en que caminaban, sin duda por el respeto que sus subordinados tenían á aquella tan

absoluta y absolutista autoridad, le dejaban en libertad completa para coordinar sus recuerdos y hacer á solas y á oscuras un comparativo estudio de los de su primero y su actual vendamiento y entenebrada caminata; pero la pavorosa en que su incertidumbre le sumía desperdigaba sus recuerdos, como banda de gorriones espantados de un granero en que entran repentinamente los medidores del vendido grano.

Inútilmente quería Conchillos prestar atención á los ruidos y á los pasos y á los accidentes exteriores; sólo sus temores, que á cada momento se acrecentaban, presentaban á su imaginación, y á su consideración sometían, las alarmantes circunstancias de su situación actual. Si se le iba á exigir la revelación de una confesión; si se le iba á obligar á presentarse como revelador y testigo de un misterioso crimen; si iba tal vez á ser acusado de encubridor y cómplice, y hasta se le ocurría que su Prelado le degradara y le hiciera secuestrar de por vida en una prisión eclesiástica, ó cuando ménos en aquel solitario convento de la Cabrera, en donde sería el ludibrio de los legos, sin tener ya ni ama ni sobrinas que le consoláran; y ésta era la más pavorosa de todas sus aprehensiones.

En tal estado pasó Conchillos poco más de una hora, sin aperebirse más que de que había pasado por un puente de madera y que había vadeado un ancho arroyo; de repente la bestia en que cabalgaba se detuvo, y oyó la voz conocida del agente, su acompañante, que le decía: «déjese vuestra reverencia venir sin cuidado en nuestros brazos;» y sintiendo que del derecho le aseguraban, hizo lentamente lo que le decían, y se halló de pié en tierra; y conducido por la mano, echó á andar sin saber por dónde. A poco le advirtieron de que estaba

al pié de una escalera que era preciso subir; tanteó con el pié derecho la altura de su primer escalon, y subiendo dos tramos, dejó de sentir en lo que del rostro llevaba á él expuesto la impresion del aire libre, comprendiendo por ello fácilmente que estaba dentro de un aposento. Sintióse de repente quitar el pañuelo con que venía vendado, y oyó la voz del Superintendente que le preguntaba:

—¿Es éste el cuarto en donde confesó usted á aquella mujer?

Tendió el beneficiado sus miradas en torno suyo; y viéndose á solas con el grave magistrado, examinó atentamente las paredes, el techo y el suelo de la ruinosa habitacion en que con él se encontraba; y brotándole á las sienas imperceptibles gotas del frío sudor del miedo, y comenzándole á temblar la barba, respondió:

—Sí, señor, sí; aquí es; pero había ahí una alhacena, frente á la cual estaba la cama de la confesada.

Llamó el magistrado, y á poco el agente del carrik picó la pared con un grande azadon que de fuera trajo; cayeron rotos los sobrepuestos ladrillos que la alhacena tapaban, y dijo el cura, mirando y remirando escrupulosamente por todas partes:

—Sí, señor, sí; aquí fué.

—Mírelo usted bien, y que no le quede de ello la duda más mínima; ¿puede usted asegurar bajo juramento que éste es el cuarto en que tuvo lugar la confesion de aquella mujer?

Volvió á reconocer Conchillos el aposento, y volvió á repetir lo dicho y en ello se ratificó; con lo cual el magistrado volvió á suplicarle por segunda vez que se dejára vendar para volver como había venido.

Entónces el pobre beneficiado rompió en súplicas y

en protestas, formulando en palabras ante el magistrado, que sonreía, todos los temerosos pensamientos y las acongojadoras aprensiones que por el camino á la venida le habían atribulado el corazón.

El togado le tendió la diestra, y poniéndole la siniestra en el hombro derecho, con tranquilizadora familiaridad le dijo:

— Nada tiene usted que temer, ni para nada más tiene usted que intervenir en lo que á consecuencia de su ida á Madrid y de su venida conmigo aquí pueda suceder. Sólo le encargo á usted, señor Conchillos, que no hable una palabra con nadie de lo hasta hoy sucedido. Voy á dejar á usted muy cerca de la capital de la diócesis á que su curato de usted pertenece. Usted, sin ver al señor Obispo, se irá á su pueblo, en la caballería que sus sobrinas de usted le habrán enviado hoy al meson en donde acostumbra usted á parar. Usted no dirá sino que yo le he detenido á usted en Madrid para aclarar ciertas dudas sobre una partida de casamiento mal extendida años atrás, y el señor Obispo recibirá el aviso y las prevenciones que hagan al caso.

Prometió Conchillos, y no dudó el magistrado que el miedo le haría cumplir su promesa, un absoluto silencio; y volviendo el agente del carrik á vendar al beneficiado, tornó éste á bajar los dos tramos de la subida escalera, guiado por aquel su antiguo compañero; tornáronle á montar en su manso caballo los invisibles brazos de los que al magistrado escoltaban, y tornaron todos en silencio á deshacer lo andado. Al cabo de un tiempo igual al empleado para venir, volvieron á descabalar al eclesiástico, á quien no quitaron el pañuelo de los ojos hasta que ya hacía un cuarto de hora que corría en la silla de posta con el Superintendente.

Estaba ya próximo á espirar el día cuando avistaban cercana una ciudad. Detúvose el carruaje, despidió el Superintendente al beneficiado, bajaron su baul de la vaca, apeóse el del carrik, y volviendo á arrancar á galope los caballos, desapareció la silla de posta con el Superintendente, quedando el beneficiado y su compañero abandonados en mitad de la carretera.

Sentóse el del carrik sobre el baul del cura, y comenzó tranquilamente á hacer un cigarrillo, que ofreció á aquél cuando concluyó de liarle; tomóle el beneficiado, y dijo mirando con inquietud en torno suyo:

— ¿Pero cómo vamos á llevarnos este baul, que no quiero dejar aquí, y que pesa mucho para que ni usted ni yo carguemos con él?

— Conmigo, señor cura, ya sabe usted que de nada tiene que ocuparse — respondió el agente de policía — todo se reduce á esperar un poco.

— Pero, ¿á quién?

— Al carrito de la posta que conduce la correspondencia de Madrid; no puede tardar veinte minutos en trasponer aquella loma. En él cargaremos el baul, y entraremos en la ciudad como si en él hubiéramos venido directamente de Madrid.

Y así diciendo, comenzó el del carrik á fumar su cigarro, y no encontró el cura cosa mejor que hacer que encender el suyo en el de su compañero.

VII

Veníase la noche encima, y picaba el frío en aquel agreste paraje, donde los lobos abundan; no las tenía todas consigo el buen Conchillos, pero la calma del del

carrik le animaba. Por fin, trasponiendo el cerro, apareció sobre la parda carretera el móvil punto negro que presentaba á la vista en la penumbra el esperado carro. Sus dos caballos bajaron á escape la loma, y el agente se plantó en mitad del camino, y á sus voces y á su presencia paró el conductor sus jadeantes caballejos. Mostróle un papel y díjole unas cuantas palabras el agente, y echando en el carro el baul se encaramaron los dos abandonados en el carrucho, que volvió á partir á escape para ganar los minutos perdidos.

De aquellos carros de posta se ha perdido ya hasta la memoria en España. Eran unos carros de lanza con dos ruedas: las dos barandillas laterales iban forradas de cuero, y á veces de simple estera, y encajados sus palos en el marco cuadrado del que la lanza salía; de una á otra baranda se sujetaba sobre tres aros un encañado de cañizos cubierto de lona, y una red de cañamo muy espesa, colgada en los palos de las barandas; y colgada y clavada sobre el eje, formaba dos senos á manera de serones, en los que iban las balijas, y sobre ellas y sobre el eje iban el conductor y el zagal que de cada posta salía con los caballos. No hay para qué ponderar al lector lo incómodo de semejante vehículo, dentro del cual saltaban viajeros y balijas á cada empuje que al eje comunicaban las ruedas, al pasar por sobre las piedras y al hundirse en los infinitos baches del mal cuidado camino. El pobre beneficiado votaba sobre el eje y caía como un saco de lana, ya sobre el conductor, ya sobre el agente, que votaban como él devolviéndole sus topetadas y encontronazos: y contó el cura toda su vida como el peor rato pasado en ella los tres cuartos de hora que tardó en llegar á la ciudad en aquel fermentado carro.

Habló el agente dos palabras con el administrador de Correos; cargó un mozo con el baul del cura, y fuéronse con él á alojarse en el meson donde el cura solía parar cuando venía de su pueblo á la capital de la provincia, y donde hallaron al espolista del cura, que con su cabalgadura le aguardaba.

Allí instaladós el beneficiado y el del carrik, en un cuartucho ahumado y en una mesa coja, pero ante un par de pollos con tomate y un jarro de vino blanco de Rueda, cenaron juntos por última vez, recordando la primera del *Caballo Blanco*, en donde se conocieron.

El agente pidió perdon al sacerdote por la familiaridad con que en algunas ocasiones había tenido que faltarle al respeto; perdonóle el cura de todo corazon, pero no pudo ménos de decirle:

— Pero, hombre, ¿qué necesidad tenía usted de ir á contar al señor Superintendente lo que yo dije en el *Caballo Blanco*?

— Escuche usted, señor cura — respondió el agente — con el señor Superintendente no tiene uno la vida segura. El jefe de su policia, que fué Paco, y hoy es ya D. Francisco, nos tiene en un pié como á grullas, y tiene ojos y oidos en las hosterías y en las tabernas; un mozo y el pinche del *Caballo Blanco* podían haber oido lo que yo, y otro que yo no le hubiera á usted hecho pasar en Madrid los buenos días y las alegres noches que usted me debe, sin agravio de la moral y sin detrimento del decoro de su santo ministerio. Ahora, señor cura, déme su bendicion y permiso para volver á Madrid en el carro de la posta que sale á las doce de la noche.

— ¿En el mismo que nos ha recogido en el camino? — exclamó el cura asombrado.

— O en otro igual — respondió sonriendo el del carrik.

— Muy bien le debe á usted pagar el señor Superintendente para volverse á Madrid en aquel carricoche— dijo ingénuamente el cura.

— Ya le volvería yo las espaldas en lugar de volver á Madrid en semejante carro; pero tiene el Superintendente unos papeles míos atados con una cuerda, que no puede desatarse de mis papeles sino para atármela á mí al pescuezo.

Y así diciendo, envolvióse el del carrik en él y dejó al inocente cura dando vueltas, sin poderlas comprender, á sus últimas palabras.

VIII

La sociedad madrileña de 1828 y 29 bailaba y jugaba como la de ahora; lo que hoy llamamos *soirées* se llamaban entónces *tertulias*, en las cuales entónces, como hoy en aquéllas, la gente jóven reía, bailaba, tomaba dulces y helados, y se enamoraba; la gente machucha jugaba á la malilla y al mediator, y el sexo bello se quitaba el pellejo caritativamente, segun costumbre de nuestra católica nacion, que ha adoptado el evangélico proverbio de *al prójimo contra una esquina*. Lo mismo que hoy vamos á la *soirée* de Fernan-Nuñez ó de la hermosa duquesa de la Torre, se iba entónces á la tertulia de los Valle-Andinos ó de la Puente-Virgen, y en ella se encontraban, como en las *soirées* de hoy, discretísimas señoras y encantadoras

muchachas, asediadas, encantadas ó fastidiadas por vanos impertinentes y pretenciosos *lechuginos*, que no eran ni más ni ménos que nuestros *gomosos*, y se bailaba la gabota, y el baile inglés, y la mazurka con espelines, como hoy los lanceros, etc. Aquella sociedad, con distintos nombres y bajo ménos desvergonzadas formas, gozaba con los mismos placeres y se entregaba á los mismos vicios que la nuestra, llevando á ésta la sola ventaja de no tener poetas ni filósofos que la hicieran bostezar y dormir de pié. Habíalos entónces; pero ni Arriaza, ni Nicasio Gallego, ni Lista, ni el duque de Frias andaban como nosotros de tertulia en tertulia con un rollo de manuscritos debajo del brazo, prontos de decir do quiera que hablaban prestos: «aquí traigo mis papeles;» ni D. Fermin Caballero, ni D. Agustín Búrgos, se hacían aborrecer y tal vez maldecir por la enamorada juventud, interrumpiendo sus amorosos coloquios con la lectura de sus correcciones fraternas ó sus odas de Horacio.

La gente de dinero era entónces, como hoy, tan bien recibida como muy buscada, y á las tertulias de los ricos, y de los cortesanos, y de los títulos, anhelaban ser invitados todos los que pretendían pasar por gentes á la moda.

La riqueza y el título tenían, sin embargo, entónces un riesgo que hoy no tienen, y era la curiosidad del Rey y de su Superintendente de policía, á quienes alguna que otra vez se les antojaba conocer la legitimidad de la proveniencia de las riquezas ó de los títulos. Así que un Obispo armenio, que viajando con un secretario y un coadjutor fué aposentado por un cláustro de Reverendos, presentado en la Corte, y celebró de pontifical en vários actos y funciones episcopales católicas, fué

una mañana sorprendido por el curioso Superintendente, que se apoderó de sus papeles y credenciales, y entregándoselas al sábio Jesuita el orientalista Artigas (si no me es infiel la memoria), entregó con ellas á su portador en custodia á los Jesuitas del Colegio Imperial, miétras él comprobaba la legitimidad de sus derechos al Episcopado.

Cinco meses despues, le enviaba tranquilamente á presidio con sus dos familiares; por ser, como se le había antojado que era al Superintendente, un embaucador sacrílego que había estafado á los muy confiados Reverendos que le habían hospedado, á las incautas monjitas que le habían festejado, á la diplomacia, á quien había despistado; á la Inquisicion, que no había sabido ver más que sus morados capisayos, y á la Corte, á quien deslumbró su pectoral de esmeraldas y su episcopal anillo. El Superintendente le hizo desaparecer sigilosamente por honor del clero y de la Corte; y cuando el tal magistrado dió cuenta de lo por él hecho con el obispo de Megalópolis al señor rey D. Fernando VII, se rió S. M. bajo el embozo de los estafados frailes, de las crédulas monjas, del míope inquisidor Verdeja, de su alucinada Corte y de sus sonrojados ministros, á cuya mesa se había sentado el desenmascarado personaje.

IX

Y vivían dos por aquel tiempo en una gran casa de una calle muy céntrica, cuya cortesanía y esplendidez era proverbial, y cuya tertulia estaba abierta

á lo mejor de la magistratura, á no poca parte de la nobleza y á muchos hacendistas influyentes en la administracion de nuestra Hacienda nacional, que por éntonces aún se llamaba la Real Hacienda. Eran estos dos personajes, á juzgar por su apellido, oriundos de Nápoles ó de Sicilia; ya vinieran á España sus primogenitores en tiempos de Cárlos III, ya tal vez mucho ántes, en los en que la segunda mujer de Felipe V patrocinaba al Cardenal italiano que llamó á nuestra revuelta patria á muchos de sus compatriotas, que á España, á su Reina y al Cardenal, su protegido, fueron muy útiles en los proyectos de progreso que en nuestra tierra intentaron y llevaron á cabo. Cuándo y cómo quiera que su naturalizacion en ella efectuado se hubiese, por españoles pasaron y españoles eran, y de extranjeros no conservaron más que sus apellidos. Posesiones habían tenido en alguna provincia; secretos encargos del Gobierno habían desempeñado con éxito en Inglaterra ó en Francia, y por adictos se les tenía al absoluto Gobierno, de quien no eran tampoco desconocidos. Por cuñados se daban, como hermanos vivían y juntos tenían sus capitales, y co-propietarios eran de várias casas por ellos edificadas y sitas en los puntos más céntricos de la Corte. Tertulia diaria tenían en la suya, concierto ó baile una ó dos veces al mes, y mesa de doce cubiertos de cuando en cuando. Lorenzo el uno y Leopoldo el otro se llamaban; viudo aquél y hermano éste de su difunta; sus apellidos no importan nada; á mí se me han borrado de la memoria, y no tengo á mano para buscarlos en ellas las notas póstumas de mi señor padre.

Era á fines de Marzo, noche de uno de los tres días de Pascua de Resurreccion; pero aunque ya el calendario

daba por entrada la primavera, prolongaban el invierno las lluvias y las ventiscas, que algunos años hacen en Madrid insoportable la última luna de Marzo y la menguante de Abril, si viene lluvioso. Era, en fin, una noche de despacible invierno en una aún no aparecida primavera. La tertulia, reunida en casa de los cuñados Lorenzo y Leopoldo, había jugado, cenado, bailado, murmurado y enamorado en sus lujosos salones de tibio ambiente por el calor de dos chimeneas, innovación de Francia introducida en nuestras casas hacía pocos años. La condesa de X, parienta de ambos por la difunta del viudo, y que hacía los honores de aquella casa en que no había mujeres, había animado con su chispeante palabra y su social desembarazo la expansiva alegría de sus contertulios; contándoles mientras saboreaban los helados bizcochos y el aromoso café una caliente y picante anécdota, en la cual había hecho el papel de víctima una persona ausente.

Los dos cuñados habían admirado sonriendo, y los malillistas dejado sus cartas sobre la mesa, y los comensales agrupados ante la chimenea, aplaudiéndole con entusiasmo, el primor descriptivo de los pormenores y la malicia intencionada del pérfido relato de la ingeniosa condesa; la tertulia había sido, finalmente, amenísima, y á la media noche concluía con besos y abrazos de las señoras, mientras los galanes caballeros las ayudaban á envolver sus escotados pechos y sus desnudos brazos en las costosas pieles y bien forrados capuchones. Algunos carruajes se llevaron á sus hartos y satisfechos dueños: muchos de los contertulios se fueron acompañados de sus criados, que les esperaban, y las parejas y grupos de las familias de la clase media, cuya vanidad los lleva á las tertulias de los ricos, se

dispersaron por las calles que en la principal donde la casa estaba sita desembocaban.

Lorenzo y Leopoldo se retiraban á sus respectivos dormitorios; los criados apagaban las luces, ordenaban los muebles y extinguían el fuego de las chimeneas; el mayordomo arriba revisaba la casa ántes de recoger la servidumbre, y el portero abajo aseguraba el pasador de la hoja izquierda de la doble puerta de la calle, cuando por la mitad derecha, aún franca, entró gravemente en el vestíbulo un personaje alto, envuelto por el frio y la hora en un ancho leviton forrado de piel, y trayendo en la mano un rico baston, en el cual no se apoyaba.

Antes de que el portero tuviera tiempo de dirigirle la palabra, se sintió asegurado por vários individuos que al del baston acompañaban, y que cerraron tras ellos la hoja derecha de la puerta, por cuyo vano en la casa se habían introducido. Subió la escalera el del baston seguido de otros dos embozados; y el mayordomo, que iba á cerrar la mampara de los aposentos del piso principal, dió con él de manos á boca; y ántes de que abriera la suya, oyó al que llegaba decirle en un tono que no admitía réplica:

— Guíe usted al cuarto de D. Lorenzo.

Y volviéndose á los dos que seguían sus pasos, añadió:

— Lleven ustedes allí á D. Leopoldo.

Y echando por delante al aturullado mayordomo, llegó con él á la puerta del aposento del dueño de la casa. Preparábase éste para acostarse, cuando, sintiendo alzar el picaporte, volvió la cabeza y se halló cara á cara con el Superintendente general de policía.

No necesitó el magistrado nombrarse, ni de nom-

brarle tuvo ánimo D. Lorenzo, absorto ante su repentina y extemporánea aparición. La del Superintendente era siempre de mal agüero á semejantes horas; y mientras el atónito D. Lorenzo buscaba su perdida serenidad llegó su cuñado, tras el cual cerró el magistrado la puerta, diciendo:

— Vengo sólo á hacer á ustedes unas preguntas. ¿Cómo murió doña Estefanía, esposa de usted y de usted hermana? ¿Cómo y por qué abandonaron ustedes y dejaron arruinar la casa de campo que poseía en...?

D. Leopoldo respondió tranquilo:

— Mi hermana murió en Florencia de fiebre cerebral; Lorenzo tiene y va á mostrar al señor Superintendente la partida de defunción, firmada por el Dr. B., y la certificación del entierro en el cementerio de...

Lorenzo, repuesto por la tranquilidad de su cuñado, sacó de un cajón y presentó al magistrado los dos documentos por D. Leopoldo citados. Estaban en regla, con sus correspondientes sellos, firmas y certificaciones.

— La casa — siguió diciendo D. Leopoldo — la abandonamos porque, no teniendo más que un huertecillo casi improductivo, no valía la pena de gastar en el edificio ruinoso, que sólo teníamos por haberle heredado de nuestro pobre abuelo; y siendo ricos ya por negocios y servicios hechos á quienes y en ocasiones que V. E. no ignora sin duda, no tuvimos necesidad de vender una casucha que no tenía valor.

— Hoy le tiene inmenso — dijo el Superintendente. — Puesto que doña Estefanía murió y está enterrada en Florencia, ¿á quién fué á la que confesó el cura Conchillos el día 19 de Febrero de 1817? ¿Quiénes eran los dos enmascarados que á confesarla le condujeron vendido? ¿Y de quién es el cadáver que, bajo el nombre de

Amalia Mozzoni, enterraron ustedes el 21 del mismo Febrero en el cementerio del pueblo de... á cuya feligresía pertenece la casa?

— ¿Pues de quién ha de ser, sino de nuestra criada, Florentina Amalia Mozzoni?

— Pero es que Amalia Mozzoni está hoy en Madrid, adonde yo la he hecho traer desde el lugar de Sicilia en donde vivía.

Callaron los dos cuñados: Lorenzo aterrado, y torbo Leopoldo, que se dirigió á un cajon de la mesa de despacho de Lorenzo, que el Superintendente no le dió tiempo de abrir, y en el cual halló el magistrado un magnífico par de pistolas, de las cuales se apoderó.

X

Al día siguiente apareció cerrada la puerta de la casa de los dos desaparecidos cuñados. Quiénes dijeron que habían tenido que emprender un repentino viaje por una funesta desventura de familia, acaecida en su país; quiénes que se habían fugado por una repentina ó fraudulenta quiebra; quiénes que, afiliados clandestinamente á una logia masónica, habían huido al extranjero ántes de caer en manos de la policía. A las pocas semanas pocos de sus tertulianos se acordaban más que de las buenas comidas y refrescos que en su casa se servían; y como mi padre me ha dejado incompletas y cortadas por grandes lagunas sus notas, yo tampoco puedo decir hoy en qué pararon aquellos dos florentinos, de cuyos papeles se apoderó el Superintendente, y cuyos bienes se vendieron dos años más tarde judicialmente para pago de acreedores.

LOSADA

I



CORRÍA el mes de Setiembre de 1828. Era todavía ministro Calomarde y corregidor de Madrid D. Tadeo Ignacio Gil, el de la coleta, último corregidor de los *del sombrero de tres picos* de Pedro A. de Alarcon, el de *El Niño de la Bola*. Toreaba en la plaza de la Puerta de Alcalá Montes, y comenzaba su carrera, bajo su direccion, el Chiclanero, y picaba Miguet, el de la jaca pia de las corridas reales, que murió en el corral hecho pedazos por un toro de Gaviaría, núm. 3, que, en lugar de estar en su chiquero, estaba en el callejon, mientras la lidia de su compañero núm. 2. El caso no se ha explicado bien nunca, pero ello fué que Miguet, que era ya viejo y capataz de una ganadería, ponía las divisas á las reses, y despues de ponérsela al segundo toro, le ocurrió bajar al corral por el callejon de los toriles. Al destacarse su silueta sobre el cuadro de luz del abierto porton del corral, le partió el toro núm. 3 y le deshizo entre los pesebres de los caballos. Y vaya este caso de plaza, hoy que priva lo torero y lo flamenco, para hacerme plaza con mis

lectores. Pero esto era veinticinco años despues de lo que voy á relatar, del año en que Miguet picaba y Paco Sevilla comenzaba á acreditarse, y prendía caireles la Liebre á topa-carnero... y dale con los toros y los toreros, ahora que cada día va la torería á más y los toreros á ménos, puesto que no hay corrida sin cogida, ni res trasteada sin veinticinco passes... y volvamos de una vez á lo que pasaba en 1828.

Había por entónces, haciendo duo con el gayo corregidor de la coleta, un Superintendente general de policía á quien nadie se atrevía á pisar la cola, que la llevaba en la toga que vestía, con golilla y vuelillos de encaje, apresillados con esmeraldas. Esto hacía que cuando á la sala de Alcaldes de Corte iba, porque lo era, salían los chicos á besarle la mano, tomándole por un obispo, ó cuando ménos por un abad; dábasesla él á besar, y les solía decir: « Besad, hijos, besad, y que Dios os bendiga y os libre de oir mis misas. »

Y era que tenía por altar una horca que había clavada en la plaza de la Cebada, y asesorado por dos comisiones, una civil y otra militar, enviaba á ejecutar su última suerte en aquel extraño, vil y primitivo patíbulo á los ladrones, rufianes y gente de este jaez, á quienes, segun la opinion de aquellos tiempos, no se puede hacer entrar en razon sino metiéndoles en cintura. Y por un error de medidas ó de distancias, en vez de meterles en cintura con faja ó ceñidor por el talle, les metía por el cuello en el dogal. Yo no sé, ni discuto, si este procedimiento era justo, bárbaro, humanitario ó inhumano; pero fué útil en 1828 para dejar tranquilo y seguro al vecindario de la villa del oso, que en 1827 no podía salir al anochecer, ni llevar dinero de día en los bolsillos sin tropezar con lobos y guarduñas que se los limpiáran,

hallándose limpia su casa todo el que de ella salía por muchas horas. Si este método curativo social no hubiera sido aplicado por aquellos años más que á los ladrones, rufianes, barateros, bandidos y asesinos de que estaba plagada España, y de quienes eran madrigueras algunos barrios de su capital, podía haberse disculpado como remedio heróico, empleado en desesperado caso á muerte ó á vida; pero aquellos tres alcaldes de Casa y Corte, aquel Superintendente y aquellas comisiones militares por ellos asesoradas, enviaban á veces á aquel patíbulo de tan mal ver, tan repugnante, tan innoble y arriesgado de hacer funcionar, y tan deshonoroso y humillante de sufrir, á hombres que no tenían más delito que pensar de un modo poco ortodoxo sobre ciertas materias religiosas, y diferir del Gobierno en opiniones políticas.

Y contra esto sí que encuentro yo qué decir: y es que, cuanto más se aprieta por un lado, más se afloja por otro la cadena social; así que, miéntras más se ahorcaba, más se conspiraba; y andaban todos, la justicia y los justiciados, dándose siempre caza y minándose siempre la tierra unos á otros, y viendo, en fin, quién ahorcaba á quién. Para ser mano en este juego vivía avizor el Superintendente, poniendo en práctica ciertos principios que había adoptado por convencimiento de la experiencia y por conocimiento de la raza humana en sociedad constituida. Creía aquel togado Superintendente que las mujeres y las pasiones del hombre son los mejores servidores de un Gobierno que sabe servirse de aquéllas por éstas; en consecuencia de cuyo principio, averiguando las flaquezas de unas, las deudas de otros y los secretos de todos, se servía de ellas contra ellos; y los maridos porque no supiesen algo las mujeres, y

éstas porque pasasen por algo los maridos, y los unos porque no les tirasen de la manta, y los otros porque mejor les tapára, ellos y ellas bailaban el agua delante al Superintendente, que tenía la clave de muchas cifras, el cabo de muchas madejas y la llave de muchas puertas, con envidia de los palaciegos, asombro de los inquisidores y jesuitas, pavora de la gente de mal vivir y zozobra de los del partido que andaba á salto de mata.

Sin embargo, y como al mejor cazador puede írsele el mejor gazapo, al señor Superintendente se le escaparon várias liebres; como Marcoartú, quien llevándole no más de ventaja la distancia de la mesa al balcon, se lanzó por éste á la calle, y por ésta se acogió á la embajada inglesa; y como Salustiano Olózaga, quien despues de haber estado de él escondido pared por medio del mismísimo palacio de la superintendencia, se le escapó disfrazado de sacerdote en una silla de posta con el pasaporte de un canónigo, cuyas señas con las suyas se convenían; pero teniendo Olózaga por señal particular vários pelos blancos entre los negros de las ricas pestañas de sus hermosos ojos, se las cortó, y los cabos vueltos le produjeron una oftalmía con la cual llegó casi ciego á la frontera.

Contábanme Marcoartú y Olózaga años despues estos pormenores, y reíamos entónces los tres de lo que tanto á los dos les había hecho ántes temblar.

Pero entre estos alegres burladores del severo Superintendente, hubo uno cuya audacia y fortuna no tienen par en las secretas memorias de aquellos sombríos y enmarañados cinco años.

II

Una tarde recibió el Superintendente un perfumado billete de una dama de quien nadie remotamente sospechar podía ni aunque le conociera personalmente. Recibíale ésta en una casucha vieja, aislada entre un corralejo por un lado y el huertecillo de un beaterio por otro, una de cuyas dobles llaves tenía el Superintendente, y adonde éste á su llamamiento acudía en traje eclesiástico y la dama en el de beata. Estaba situada la casa en las cercanías de las Vistillas con vista sobre Palacio, cuyos régios aposentos podían registrarse con un buen anteojo cuando sus balcones estaban abiertos. Aquella tarde de fin de Setiembre, al caer la noche, entró el bien disfrazado Superintendente en la aislada casucha; pero no halló en ella todavía á la dama, cosa hasta entónces nunca acontecida, porque no era el Superintendente personaje á quien pudieran muchos hacer esperar. Aguardó éste sin impaciencia muy corto trecho, durante el cual anocheció y entró en el aposento una criada con un quinqué encendido que puso sobre la mesa, cerrando inmediata y naturalmente las maderas del balcon.

Al concluir las de cerrar presentáronse en la estancia cinco enmascarados, dos de los cuales sujetaron y amordazaron á la mujer, y cogieron la accion al sorprendido, pero no acobardado Superintendente, que permaneció sentado junto á la mesa. El que parecía jefe de aquella gente le dijo, poniéndole delante dos documentos

impresos, y alargándole la pluma de un tintero que, prevenido sin duda, se veía sobre la mesa:

— Tenga V. E. la bondad de firmar ese pasaporte y ese permiso de correr la posta, para que pueda salir de España una persona que no tiene gusto de estar en ella.

— ¿Y qué autoridad es la mía para poner aquí mi firma? — dijo tranquilamente el magistrado.

— Ninguna como presbítero — le respondió el enmascarado — pero si V. E. firma como Superintendente de policía, puede que la del reino se equivoque y deje pasar al viajero.

Y viendo que el magistrado no tomaba la pluma que él le presentaba, díjole resueltamente el enmascarado:

— Sé que juego la vida; pero la de V. E. está en mi mano y ve que me la debe; si con la firma me salvo, con la muerte de V. E. me libro á mí y otros.

El Superintendente firmó sin chistar los dos documentos, mirando primero al nombre escrito en el pasaporte, y despues á los ojos de su extraño demandante, única cosa que de su rostro podía ver.

Firmó el uno y recogió el otro los dos papeles, y dijo al que los había firmado el que los había recogido:

— Tengo tal fe en la palabra de V. E., que si me la diera de darme veinticuatro horas de ventaja no me propararía á lo que voy á hacer; porque estoy convencido de que V. E. lo está de que me debe la vida, y hombres como V. E. no pagan con una villanía una generosidad que tan cara puede costarme. Vamos, pues, á sujetar un poco á V. E. y á dejarle vigilado por veinticuatro horas.

— No podrán ser tantas — observó el magistrado — en cuanto éntre el día será preciso que me busquen y que me hallen, y hasta mañana á las siete podrá usted

llevar doce horas y treinta y seis leguas de ventaja.

Dejóse atar las manos y los piés el Superintendente, y al ver que le iban á asegurar en el sillón en que estaba, dijo:

— Si me dejárais en el sofá, podría conciliar el sueño; al cabo es la primera noche que tengo tanto tiempo de dormir desde que tengo este cargo.

Pusieronle en el sofá, marchóse el enmascarado, pusieronse los otros dos de centinela y colocóse el Superintendente en el sofá en la postura que halló más cómoda para dormir, con asombro de los dos que le guardaban.

De repente les preguntó:

— ¿No nos descubrirá esa mujer si puede gritar?

— Esa mujer — respondió uno de ellos — ha hecho muy bien su papel, y abajo no hay más que otros dos amigos. La casa tiene un sótano y por él pasaremos á otra casa y á otra manzana cuando salgamos; ¿para qué ocultar nada á personas como V. E.?

— Está bien, escapad ántes del alba; no os sentiré si os moveis — dijo aquella caballerescá autoridad.

Y se entregó al sueño con la más completa seguridad, al parecer.

III

A las siete y media de la mañana siguiente entró el Superintendente en su casa y en su despacho; tiró del cordon de la campanilla, escribió cuatro palabras en un papel y dijo, dándosele al vigilante que se presentó:

— A Francisco, y que le espero.

Escribió una orden en papel, timbrado y unas notas en otro sin él. Antes de un cuarto de hora apareció Francisco; dióle la orden, y á leer las instrucciones, y mientras aquel leía, sacó un puñado de onzas que puso sobre la mesa.

— Señor — dijo Francisco — doce horas que lleva, tres que necesito para salir, y las eventualidades del viaje.

— En las del suyo fío para que le atrapes — observó interrumpiéndole el jefe. — Un caballo mal domado, un postillon borracho, él que no sepa dar alientos á la montura si no es ginete.

— Las mismas contras llevo yo — murmuró el agente.

— Y con hacer tu deber, cumples: hazlo — dijo su jefe.

Partió Francisco y murmuró el Superintendente, cerrando el cajon y poniéndose á trabajar.

— Su fortuna le valga; sentiría tenerle que quitar lo que él me ha dejado á mí.

IV

Francisco corrió sin perdonar fatiga. Hasta Aranda no alcanzó lenguas del fugitivo. Aún le llevaba trece horas. En Pancorbo supo que había llegado con un caballo desherrado; calculó el tiempo y vió que había ganado sobre él cuatro horas; cualquier otro accidente podía hacerle ganar las otras nueve; pero en Vergara ya le dieron un caballo asombradizo y que se plantaba; le rajó los ijares con las espuelas, y le obligó al fin á salir á la carrera; pero se le cansó á las dos leguas, y

le faltaba una para la posta de Villarreal; montó en el del postillon, pero no quería ir solo, y se cansó él de castigarle, y perdió dos horas y media de las cuatro que había ganado.

En Aztigarraga supo que, á consecuencia de una caída, se había detenido á curarse un golpe en una pierna; no le llevaba más que cinco horas de ventaja; en Oyarzun creyó cogerle; pero cuando llegó á Irun hacía tres horas que se había dirigido al puente de Beovia, y no llegó á éste más que para cumplir con su conciencia.

El Superintendente general de policía era mi padre; el que se le escapó Ramon Losada, despues relojero constructor en la calle del Regente, en Lóndres.

Vamos á buscarle allí.

V

Veintisiete años más tarde habitaba yo en París, donde había publicado los dos primeros tomos (únicos) de *Granada*. Fuera por la riqueza del argumento ó por lo que del autor en él se esperaba, se hacían al mismo tiempo que yo lo publicaba tres reimpresiones: una en Bruselas, otra en Méjico y otra en la América del Sur. El tal poema de *Granada* era mi esperanza: mis bienes enajenados podían ser sustituidos por la propiedad de mis obras nuevas, si lograban hacerse populares. *Granada* lo fué por sólo su título, ántes que viese la luz, y las tres reimpresiones iban á hacerme famoso donde quiera que la lengua de Castilla se hablára; pero iban á

hacerme ganar en fama lo que me iban á hacer perder en dinero.

Dionisio Hidalgo, el antiguo gerente de *La Publicidad*, tenía en París una casa de comision de libros, y mis poderes para administrar mis intereses y vender mi poema; pero tenía órden expresa de no vender más que al contado á los libreros americanos y á sus comisionados. Los libros, el fruto y la propiedad del ingenio, son considerados en España y en las Américas españolas, desde tiempo inmemorial, como la hacienda del perdido, como la túnica de Cristo, sobre la cual se echan suertes, como un terreno baldío y que cualquiera puede labrar. Un editor gasta sin pena diez mil duros en la edicion ilustrada de un poema, y hay que arrancarle uno á uno diez mil reales para el poeta que se lo escribe: un empresario da con placer seis mil duros á una bailarina y veinticinco duros diarios á un cómico, que concluye por arruinarle, y lo único que resiste, lo único porque hay que demandarle en justicia, es el miserable tanto por ciento que la ley concede á los autores, y que jamás se ha podido cobrar conforme á la ley.

Yo, que esto sabía, tenía dada á Hidalgo la órden de no soltar ejemplar sin pago ó fianza, sobre todo á los hispano-americanos, nuestros hijos; pero Dionisio Hidalgo, por causas que no hay por qué explicar, vendió mi poema condicionalmente: es decir, con la condicion de que al recibir *allá* el segundo tomo se pagaría el primero, y al recibir el tercero el segundo, y así sucesivamente; condicion que parece justa, puesto que el librero debe de tener seguridad y garantía sobre el autor, pero que *allá* no es más que el pretexto para no pagar; porque sobre la más mínima falta ó tardanza se entabla una reclamacion, se multiplican cartas, se

formulan quejas, y miéntras la marcha del negocio y los convenios se regularizan, se pasan años, se vende ó se reimprime, se olvida, y buenas noches. Vendí mil ejemplares para Méjico á Cipriano de las Cagigas; mil á otro comisionado del centro América, y quinientos á Bandry para Alemania, quienes pagaron sus dos mil quinientos ejemplares; casi todos los otros fueron perdidos.

Visto lo cual, dí el grito de «¡todo el mundo al agua!» y suspendí la publicacion para matar á mis librereros ántes que me matáran á mí.

Quedábanme tres mil ejemplares, cuando Ignacio Boix, que había ido tambien á establecerse en París, me pidió mil quinientos con una rebaja de 35 por 100. Díselos y dióme en pago tres mil francos á la mano y dos pagarés de cinco mil, á seis y á nueve meses. Boix pudo establecer el comercio de libros en España, y hacerse el primer editor nuestro y ganar millones; pero tenía un flaco: las mujeres. Catorce días ántes de espirar el plazo de mi primer pagaré vendió á los Garnier, hermanos, el periódico *El Eco de Ambos Mundos*, y quebró. Tenía Boix relaciones, cuentas y créditos con un personaje del carlismo, que había casado en Inglaterra con una mujer millonaria; crédulo yo y mal aconsejado, pasé el Estrecho y llegué á Lóndres con esperanzas de negociar mi crédito con aquel personaje: estaba en baños; no volvería lo ménos en tres meses. Fiado en otro amigo que yo tenía en Lóndres, hice mi viaje con el dinero preciso de ida y vuelta; pero la indecision me entretuvo en Lóndres unos días, y al fin, uno me encontré en medio de aquella Babilonia sin medios para volver á París. La ley inglesa considera al extranjero como un perro; quien allí no tiene dinero,

al declararse insolvente se arroja al Támesis ó va á la cárcel.

Ya comenzaba yo á pensar en el Támesis, cuando una mañana muy temprano, estando aún en la cama, el criado me anunció la visita de un español que deseaba verme; pedí su nombre y me dió el de Ramon Losada, que entró casi detrás del criado en mi habitación. Yo sabía su historia con mi padre, que fué quien me la contó.

Era Losada un hombre alto, enjuto, cejijunto, cerrado de barba y brusco en sus modales. Entró con el sombrero puesto y tomó la silla que le ofrecí, la aproximó á mi cama y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Yo. — ¿A qué debo, señor Losada, el honor de esta temprana visita?

LOSADA. — ¿Sabe usted la historia de mis relaciones con su padre de usted?

Yo. — Yo no he vivido nunca con mi padre, ni he entrado en mi casa sinó despues de su muerte.

LOSADA. — Pues bien; si yo no me escapo de manos de su padre de usted, probablemente me hubiera hecho ahorcar en la plaza de la Cebada.

Yo. — ¿Y á mí que me cuenta usted de eso?

LOSADA. — Yo le cuento á usted esto, caballero, porque su padre de usted cumplía entónces con lo que él creía su deber, y yo le jugué una de esas malas pasadas que difícilmente se perdonan.

Yo. — Ni soy responsable de las acciones de mi padre, ni me hago cargo de sus créditos de ese género. Sírvase usted decirme claro á qué viene usted.

LOSADA. — Vengo á decir á usted que sé su situación de usted; que le han engañado á usted cuando le han

hecho creer que aquí negociaría dos créditos de Boix, y que yo me creo obligado á satisfacer al hijo por lo que hice con su padre.

Yo. — Suplico á usted por segunda vez que se explique claro.

LOSADA. — Usted es un hombre distinto de su padre; yo le estimo á usted (por esto, por lo otro y por lo de más allá), y tengo á su disposicion quinientas libras esterlinas.

Yo. — Guárdese las usted. Lo que usted en conciencia deba á mi padre, no lo cobra en dinero su hijo.

LOSADA. — Usted no conoce la tierra que pisa; no tiene usted con qué pagar el gasto de este hotel, y aquí el que no paga se deshonorra y va á la cárcel.

Yo. — O al Támesis.

LOSADA. — Oiga usted, señor cabezudo; el Támesis no se sorberá á un hombre como usted mientras viva Losada. Voy á dar órden de que me pasen sus cuentas de usted; y como no puede usted ir á ninguna parte sin dinero, usted vendrá al fin por él á casa de Losada. Ahí tiene usted mi tarjeta.

Y dejándome una sobre la mesa de noche, se levantó.

Lo que no me había ocurrido nunca, me lo hizo venir á la imaginacion aquel hombre. Yo traía conmigo aquella magnífica repeticion de French que mi padre había recibido de los señores Torres, de Bordeaux, pero de la cual no me había acordado, porque jamás había entrado en mi cálculo deshonorra, empeñándola, semejante prenda.

— Espere usted — dije á Losada, y volvimos á anudar la conversacion. — Puede usted hacerme y yo aceptar de usted otro favor. Abra usted esa balija, y hallará

usted una repeticion; usted es relojero y conocerá su valor; présteme usted sobre ella diez ó doce libras para volverme á París.

Sacó de mi maleta la repeticion, examinóla y dijo:

— Yo no soy prestamista ni usurero. Yo puedo dar á usted el valor total de esta prenda, pero no quedarme con tal garantía por diez libras; usted la rescatará si quiere ó puede, y si no la habrá vendido, pero no empeñado. Dentro de una hora estaré de vuelta.

Y marchóse con la repeticion.

Era Losada el mejor y más leal y más caritativo hombre del mundo, pero tenía la manía de hacerse el ogro y el terrible. Fué á casa de French, que vivía cerca de San Pablo, á ver el registro del número del reloj. Tenía éste lo que se llamó el secreto de French; una orla de brillantes en la esfera y otras dos en la tapa posterior y en la caja del cristal. El reloj había costado treinta mil reales, y llevaba además una larga y maciza cadena de oro mejicano.

Dos horas despues volvió Losada ocultando la satisfaccion de su alma tras de su cejijunto semblante.

— Aquí tiene usted el valor de su reloj. Conozco que usted sabe, y me lo niega, la historia de su padre conmigo. Si por ella no quiere usted ser amigo mio... tenga usted entendido que yo siempre lo seré de usted. Tengo en mi casa muchos libros de usted, y nadie ni nada podrá jamás hacerme no querer á su autor.

Y puso sobre mi mesa de noche un puñado de billetes de Banco, que componía treinta y cinco mil reales.

Comprendí la lealtad de Losada; viniéronseme las lágrimas á los ojos y tendíle la mano. Apretómela él enternecido, y con una delicadeza exquisita me dijo:

— No podemos hablar más por ahora; ¿quiere usted

darme el placer de venir á almorzar hoy conmigo á las doce? Podrá usted partir esta misma noche.

Acepté y fuí, y fuimos desde entónces amigos, y le escribí en América una leyenda que se titula *Una repetición de Losada*, un ejemplar de la cual tenía bajo su almohada cuando murió.

Y muchos españoles le han debido en Lóndres servicios parecidos al que á mí me hizo, y yo lo consigno aquí como hombre agradecido y para contribuir á la buena memoria póstuma de un español á quien todo el mundo ha conocido,

HISTORIA DE MI CONDISCIPULO

JUAN AURELIO RICO DE OROPESA

I



ESTUDIABA conmigo... ó mejor dicho estudiaba él cuando no estudiaba yo, segundo año de leyes en la Universidad de Valladolid. Lo que yo allí estudiaba eran las maravillosas portadas de San Pablo y de San Gregorio, las agujas bizantinas de la Antigua y de San Martín, el Hospital de Esgueva y las demás fundaciones del rico caballero D. Pero Ansurez, entre cuyos calados rosetones y filigranadas cresterías hallé los personajes de las fantásticas leyendas que después escribí. Estudiaba él el Derecho, y dábale pena de que yo no lo estudiara, y amonestábame cariñosamente y poníase junto á mí en la cátedra para soplar-me la lección cuando el doctor D. Pelayo Cabeza de Vaca, nuestro catedrático, me la preguntaba; pero leíale yo después mis versos, contábale los argumentos de mis leyendas y explicábale los primorosos pormenores de mis idolatradas portadas; y paraba él en seguirme en mis correrías escuchándome embebecido; y paró más tarde en

descuidar á Heinecio por Juan de Mena y Jorge Manrique, y paró por fin en la peor parada en que pararse pudo, que fué en la de hacer trovas y cantinelas que arrancaban lágrimas de risa á las mismas figuras de piedra de la imaginería de las portadas que yo á admirar le llevaba. Manifestónos públicamente su descontento nuestro doctor D. Pelayo; y hubiéranos negado la certificación del curso á no haber intervenido en favor nuestro la poderosa recomendacion del bondadoso é ilustradísimo rector D. Manuel Joaquin de Tarancon, discípulo y grande amigo de mi padre, y consumado humanista, por lo cual no miraba con tan malos ojos mis versos como D. Pelayo. Ganamos, pues, como pudimos nuestro segundo año, y despedímonos en Mayo hasta Noviembre, Juan Aurelio para irse á su pueblo, y yo á Lerma, de cuya Colegiata era canónigo un mi tío materno, que á mi padre, desterrado ya de la Corte, y hospedado en su casa con mi madre y conmigo tenía.

Era mi Juan Aurelio natural de un pueblo cuyo nombre no decía nunca, como si atragantado le tuviera y no pudiera arrojarle del gáznate; de Renuncio era, si va á decir la verdad; pero no era para ser confesado el ser de Renuncio, por ser tal el pueblo como su nombre: nacer en Renuncio era renunciar á tener patria; por cuya razon Juan Aurelio decía siempre que era de Búrgos, y decía verdad, puesto que Renuncio es de esta provincia. Lo que Renuncio tenga de renunciabile, no lo sé yo muy bien todavía; pero algo y áun algos debe de tener, porque há pocos años que traté y ví morir en Roma otro hijo de aquel pueblo, prebendado en nuestros píos establecimientos de Santiago y Montserrat, y llamado D. Santos, el cual no confesó jamás que era de Renuncio hasta que, al renunciar á la vida, tuvo que

decir que en Renuncio moraban sus hermanos y herederos. A Renuncio fué en Mayo, y de Renuncio volvió en Noviembre á Valladolid mi Juan Aurelio, y en Valladolid, y en la cátedra de D. Pelayo, nos volvimos á encontrar para estudiar ó no el tercer año de leyes. Intimando más cada día con él, estimé más, segun las fuí conociendo, las prendas de su carácter. Hijo único de un labrador rico, y heredero de un tío cura y de una tía viuda, setentones ambos y ambos avaros y con fama de tener escondido un doble y bien cebado gato, ofrecíase á mi Juan Aurelio un dorado porvenir.

Buen hijo, pero mimado; buen creyente, pero algo crédulo, era un tanto inconstante en sus principios, un si es no es caprichoso en sus propósitos, y confundía fácilmente las prácticas de nuestra santa fe católica con las preocupaciones supersticiosas del vulgo. Yo, que en lugar de los del Derecho leía por aquellos días cuantos profanos libros en las manos me caían, topé con un diccionario infernal francés, más ó ménos expurgado, en el cual estudiaba y del cual le traducí y leía los artículos de las brujas y los vampiros, y los tratados cabalísticos y quirománticos de los alquimistas y demonólogos. Juan Aurelio era un buen latino, pero ignoraba y asombrábase de que yo supiera las lenguas vivas que los Jesuitas me habían hecho aprender en el Colegio; así que atestábale yo el magin de los artículos de magia más ó ménos negra de mi infernal diccionario, y de la magia romántica y poética que rebosan las aún no popularizadas novelas de Walter Scott; y lo que á mí me sirvió para ser al fin un poeta fantástico y legendario tan célebre como pobre, le sirvió á él para dar en el loco más rico y más ignorado de cuantos merecemos un aposento en un manicomio, por haber dado en España á nuestra

imaginacion la direccion de nuestro porvenir. Juan Aurelio y yo nos separamos de la más inesperada manera. Despedíme yo de él para irme á mi casa, y fuguéme de ella veinticuatro horas despues; hízome mi fortuna famoso, é híceme yo olvidadizo é ingrato, y no volví más á pensar en mi condiscípulo Juan Aurelio, hijo y vecino de Renuncio.

II

Y pasáronse cinco años sin que uno de otro tuviéramos noticias, hasta que en Setiembre de 1842, al volver del teatro una noche, hallé en mi casa una tarjeta, que decía: «Juan Aurelio Rico de Oropesa, abogado. Calle de Jacometrezo, 21, principal.» Pensé yo en visitarle días despues; pero él, con la imprevisora franqueza de la gente de los pueblos, me despertó á las ocho de la mañana del siguiente día, me molió á abrazos y me llevó á almorzar á su casa con su mujer, de quien ya tenía dos chiquillos que parecían gemelos; una cuñada no mal parecida, con dos ojazos negros que lo miraban todo, y un cuñado, estudiante de teología, que tenía siempre bajos los suyos, pero que no perdía tampoco nada de lo que su alrededor pasaba: ambos á dos me hicieron á mí concebir la sospecha de que tenían en el cuerpo el curso más aprovechado de gramática parda, y de que iban á parar en ser en Madrid los dos más astutos pardillos que habían venido á la Corte desde la provincia de Búrgos. La historia de Juan Aurelio era la que, como yo adiviné, habrán mis lectores

adivinado: sus padres y sus tios habían muerto, dejándole sus bien cuidadas fincas y sus bien repletos gatos; habíase casado con la que sus padres, miéntas vivieron, no le habían dejado contraer matrimonio, y á instancias de su mujer y de su cuñada venía á establecerse en la Corte con tres mil duros de renta y una taleguilla de onzas para hacer frente á los gastos de instalacion; con la esperanza ademas de casar en Madrid á la cuñada de los ojazos mejor que en Renuncio, y con el propósito de hacer concluir al estudiante su carrera en Toledo, donde, ó en Madrid, pudiera llegar á ser un eclesiástico de provecho.

Abrió Juan Aurelio su bufete, pero no tuvo muchos litigantes: vino conmigo á los teatros, aficionóse su mujer á los toros; y en resúmen, desde el Setiembre del 42 al del 45 hizo la vida que en Madrid hacen los acomodados de la clase media, rozándose más ó ménos con las ménos y más acomodadas de ella. Tenía entrada por mí en el teatro de la Cruz, para cuya empresa escribía yo; iba á los toros con los redactores de *El Español*, que estábamos abonados á la barrera del tendido quinto; gustábale dar un apretón de manos y un paquete de puros á Cúchares ó al Chiclanero, y echar un párrafo con el picador Hormigo; y no le disgustaba tener un ratito de palique con las figurantas de la *Lámpara maravillosa* y otros bailes en que hicieron maravillas los pintores Abrial y Aranda, y las parejas Rouquet y Bartholomin. Cayéronle una vez cincuenta duros á la lotería, y tomóla aficion; aunque en verdad sea dicho, ni los toros y los toreros, ni los bailes y las bailarinas, mermaron sus tres mil duros de renta; y todos sus excesos fueron aficionarse á los toros hasta comprar la tauromaquia de Montes, escrita por Serafin Calderon,

y aprenderse de memoria la de Pepe-Hillo, de la cual le regalé yo un ejemplar de la primera edicion. Y así feliz y con sus sesenta mil de renta, dejé yo á mi Juan Aurelio al partirme para Francia el 8 de Julio de 1846.

Y murió mi madre el 47, y volví á mi casa de Castilla; y murió mi padre el 49, y vendí mi hacienda, y me volví á París, y me hice á la mar, y no volví á saber más de mi bueno de Juan Aurelio en los veinte años que léjos de mi patria anduve dando tumbos por el mar, tropezones por la tierra, y voces al aire, y versos á las prensas y motivos de andar en lenguas del vulgo, que es en suma lo que se llama vulgarmente hacerse famoso. Volví á España en Agosto del 66. Lloré de placer al pisar mi tierra; prohibióme el secretario del gobierno civil de Barcelona la mitad de la composicion que hice saludando á mi patria; y aunque no contaba yo con que un secretario se atreviera á corregirme mis versos, los publiqué tales como él me los dejó, acatando la autoridad establecida, pero sin comprender semejante exceso literario en la autoridad civil; quien comprendía yo que me prohibiera los versos, pero no que me los corrigiese. Tomándolo, sin embargo, por la buena y aceptando tan nuevas costumbres, seguí adelante; volví á Madrid, conocí á Pedro Alarcon, parecí á unos bien y á otros mal; parecióme á mí bien todos y todo, ménos el que mis obras diesen tanto dinero á otros y á mí nada; pero como la culpa era á medias mia, por mi falta de prevision y de la ley de propiedad literaria, que no existía cuando yo las escribí, me resigné á escribir otras, y fuíme á Italia á escribirlas, y volví con ellas escritas; y un buen día de 1878 me vino á la memoria que en el núm. 21 de la calle de Jacometrezo, donde yo estaba alojado, había vivido en otro tiempo mi

condiscípulo Juan Aurelio, y écheme á la calle tras de noticias tuyas, y hé aquí lo que averigué cuando dí con él.

III

La cuñada de los ojos grandes, despues de haberse desbravado, pulido, perfumado y embarnecido, se había hecho una graciosísima muchacha de tez pálida y trasparente, alta de pecho, quebrada de cintura, redonda de caderas, de seguro andar, de atractivo sonreir, por debajo de un bozo sutilísimo que sombreaba su boca provocativa; y se había casado con el hijo de un escribano que se pasaba de listo. El estudiante se había doctorado en Toledo; había dicho su primera misa en la capilla del condestable de su catedral, era teniente cura en una buena parroquia de Madrid, y estaba muy bien quisto en la Vicaría y en la Nunciatura. Su hermana mayor, la mujer de Juan Aurelio, tenía un hijo y una hija de diezinueve y dieziseis años, en lugar de los dos chiquitines que yo había conocido, y á quienes Dios se había llevado. La casa en que vivían era propia y estaba lujosa, aunque un poco anticuadamente amueblada; el capital y los bienes, de cuya administracion estaba encargado el eclesiástico, asesorado por el escribano, se elevaban á más de trescientos mil duros, y mi Juan Aurelio pasaba en su casa, guardado á vista, los meses del año que no había necesidad de encerrarle en no sé qué manicomio de Aragon ó de Cataluña.

Cuando dí con su casa y con su familia, ésta le aguardaba en aquélla, y gracias á mi fama y á la curiosidad

que con ella había despertado mi personalidad en sus mujeres y sus muchachos, no tuvieron inconveniente en que yo viera y conversara con mi pobre condiscípulo; quien, aunque tenía completamente barajado el juicio, no estaba sujeto á accesos de furia ni había peligro alguno en su trato familiar. Lleváronme á su estancia; anunciáronle mi presencia; saltó él del sillón en que tomaba el sol ante un balcon que le tomaba del Mediodía, y echándome los brazos al cuello y besándome con lágrimas, exclamaba:

— ¡Pepe de mi alma! ¡cuánto me alegro de volverte á ver! Pero me encuentras perdido, Pepe, perdido sin remedio.

— ¡Vamos, Juan, sosiégate — le dije yo — nadie está perdido con el capital que me ha dicho tu mujer que tienes; si estás enfermo te curarás; si estás alucinado, te desengañarás; ya estoy yo aquí; vamos, siéntate y hablemos.

— Sí, sí, tú me vuelves á mis felices días; tú distraerás un poco mis últimas horas; pero, Pepe mio, no me volverás la esperanza, yo no tengo remedio; yo estoy perdido, perdido.

— Pero hombre, ¿por qué?

— Porque tengo ya más de trescientos mil duros.

— Con ellos me viera yo para salvarme — exclamé sin poderme contener; á lo cual Juan Aurelio, aterrado y volviéndome á abrazar, como si quisiera protegerme contra algun peligro invisible, me dijo al oído:

— No, Pepe mio, no; ni un real de los que yo tengo te serviría más que para perderte como yo. Estos malditos millones me cuestan el alma.

— ¡Hombre de Dios!

— No, Pepe, no hombre de Dios, sinó hombre del

diablo; por ellos he dado mi alma á Satanás; estoy condenado. Entra, ven, siéntate; yo te lo contaré todo, y verás como no tengo remedio. En cuanto me muera, Satanás da conmigo en el infierno sin remision.

—Vamos, Juan, cuenta, cuenta; puede que yo te la busque.

—Imposible; ya verás: escucha, Pepe.

—Dí, Juan, dí.

Y sentándonos uno frente al otro, y tomando en las suyas trémulas mis manos, y fijando en los míos sus extraviados y húmedos ojos, comenzó á solas conmigo el relato de su historia; la cual, descartados de ella los suspiros, las interrupciones y las divagaciones de su lunático narrador es como sigue.

IV

—Ido tú, mi querido Pepe—me decía contando Juan Aurelio—quise yo continuar solo la misma vida que contigo hacía; pero la empresa del teatro de la Cruz no continuó dándome la luneta grátis que á tu sombra me daba; los periodistas dejaron de invitarme á ir con ellos al tendido quinto, y comprendí al fin que lo que tu sombra me procuraba me lo iba á tener que procurar en adelante mi propio afan y el dinero de mi bolsillo. Dividióse la compañía del teatro de la Cruz, murió Carlos Latorre, que me guardaba las atenciones debidas á un tan su amigo como él sabía que yo lo era, y Julian Romea no me recibía en el saloncillo del Príncipe, donde se juntaba gente de más talento del que yo

tengo. Pero como mi afición á los toros y á los teatros rayaba en mí casi en vicio, y como mi mujer y mi cuñada estaban acostumbradas á frecuentarlos, yo las llevaba conmigo y nos divertíamos á tres; pero gastábamos triple, y la lotería no me caía nunca, y las rentas de mi pueblo, que se mermaban no sé por qué cada año, comenzaban á no dar para todo. Mira, Pepe, tú sabes muy bien que el tiempo y el dinero no bastan á nadie en Madrid; y aunque el tiempo lo hacemos los españoles al sol en invierno y á la sombra en verano, cosa que no sabe hacer ninguna otra nacion más que la nuestra, en cuanto al dinero yo no sabía entónces cómo se hacía. Por fin, algunos años despues comenzó á publicarse un *Boletín de loterías y toros*, y excuso decirte que yo he sido hasta hoy su más constante suscriptor. ¡Los toros y la lotería juntos! Mis dos flaquezas, mis dos únicas fruiciones; aunque la de la lotería la gozaba siempre homeopática, porque nunca me habían caído más que seiscientas y cuatrocientas pesetas, y cada año eran más frecuentes las extracciones, más caro el precio y más el número de los billetes. Figúrate tú que el señor director Rivero los aumentó hasta cuarenta mil. ¿Quién diablos iba á acertar entre cuarenta mil un número premiado? Yo no sé cómo los jugadores no han reclamado: una lotería de mil onzas de premio y de cuarenta mil billetes á seis duros, la tengo yo en la misma línea y categoría que un burlote de cien duros; y creo que el mejor modo de apuntar á ambas es con un par de pistolas. Yo no jugué nunca más, que á las de diez y seis mil billetes y dos mil onzas de premio, y dos veces me tocaron quinientos duros.

Pero en los toros sucedió lo mismo que en la lotería: conforme fueron faltando los toreros, fueron doblándose

los precios de la plaza, hasta que hicieron la actual, que, como es árabe, creí yo que íbamos á pagar la entrada en ochavos morunos; pero ¡quía! á duro y á treinta reales cristianos con cruz y cara; y que ya no había más remedio que seguir yendo á los toros y jugando á la lotería; porque las mujeres decían que había que vivir como en Madrid se vive, y que si no teníamos bastante, que me metiera en negocios como los demas. Y la verdad es que á los toros era imposible de dejar de ir, porque el *Enano* traía unos artículos tan llenos de sal como de novedades; y comenzaba á llamar á la res cornúpeto y aleluyas á los caballos, y barbians á los chulillos, y hablaba de guasa y de camelo, y de qué sé yo cuántas cosas que no encontraba yo en los diccionarios que aquí dejaste, y que me dijeron que eran todas oriundas de Málaga; de modo que ya tenía yo envidia hasta de los que volvían de aquel presidio, porque entendían aquella jerigonza. Pues anda que despues vino lo flamenco, y las cantaoras, y las zapateadoras, y los palmeaores y los pateadores y ¡olé! fué Madrid la hospedería de la risa y el almacén de la alegría y del ruido del universo. ¡Y qué compás! Como que le llevaba toito el mundo con piés y manos sobre el pavimento y las mesas, y no quedaba nada completo, ni vecino que durmiera en seis mil metros á la redonda de un café flamenco; y mis hembras, que gozaban y se reían con exposicion de atrapar un aneurisma; pero quien lo atrapó fué mi administrador de Renuncio, adonde tuve que ir á realizar la hacienda que me quedaba por su fallecimiento. En menos de un año... dinero más divertido no se ha gastado en Madrid; pero mi casa quedó hecha un infierno: mi cuñada atizaba á mi mujer, el escribano á mi cuñada, el curita al

escribano, y mi mujer á mí; y yo no sé explicarme, porque aún no me he podido dar cuenta de cómo sucedió, que mi cuñado el cura se fué de mi casa primero, y despues el escribano con su mujer; y yo solo en ella ya con la mia, por ir á los toros y jugar á la lotería conocí el Montepío y diez ó doce casas de empeños, y los cafés en donde se cena á seis reales, y á una porcion de sujetos de cuyo carácter y modo de vivir tampoco me he podido formar idea fija. Ello es, Pepe, que bajé y bajé, y caí tan abajo...

Y aquí bajó tanto la voz mi Juan Aurelio, y me dijo muy bajo cosas tan bajas que me arrasaron los ojos de lágrimas, y despues de una pausa, siguió en voz alta diciendo:

—Y al fin una tarde me salí desesperado, y me metí por el ya desemparedado Retiro, buscando un árbol en que ahorcarme, si no encontraba primero algun amigo que me diera una peseta para comprar un cordel, y le encontré.

V

Florentino Sanz, que sabes que me tuteaba como á tí, me dió una onza, que me dijo que era la última que le quedaba; y advirtiéndome que la muerte del ahorcado era muy rápida y muy deleitosa, por no sé qué que pasaba por la columna vertebral, me dejó junto al estanque chino con una sonrisita que aún no he podido olvidar. Quédeme yo mirando aquel agua donde dicen que Fernando VII pescaba á caña, y no me acuerdo si pensando en la pesca de Fernando VII ó en las mil

pesadumbres que yo había pescado, me pescó el crepúsculo vespertino; y entre la neblina de un anochecer de Febrero empezaron á venírseme á la memoria y aparecerseme en el espejo de la imaginacion aquellas leyendas tuyas del espejo de Cornelio Agrippa de Nethesseim, y de aquel arquitecto de Bruselas á quien un diablo verde dió dinero para acabar un puente; y pensando en tí, y en el diablo, y en tus endiabladas leyendas, y en una diabólica idea que hacía ya meses que me acosaba, recuerdo que dije dándole de bastonazos á un tronco desmochado que á la bajada del Parterre, como un fantasma sin brazos, se destacaba: «Si tú fueras el diablo, debías darme tres premios grandes de la lotería de tres años, y te llevarías un alma buena.» Y seguía yo esto diciendo, descortezando el tronco á bastonazos, sin que me haya podido dar cuenta jamás del estado de mi espíritu en aquella ocasion, porque daba yo mis bastonazos al árbol con ira, con miedo, con esperanza, y en fin, como si estuviera ébrio. De repente me sentí asido por ambos brazos, y me encontré entre los de dos guardas que me llevaron á la Administracion, donde me acusaron de ser yo quien todas las tardes rompía los bojes y desmochaba los árboles del Retiro. Protesté yo, insistieron ellos; declararon en contra mía otros dos empleados que me reconocieron, tomándome sin duda por otro, y escapé por fin dejando de multa cuatro duros de la onza de Florentino. Ya era noche cerrada; subí corriendo por la Carrera de San Jerónimo, y al dar vuelta á la calle del Cármen por la Puerta del Sol, oí la voz agria y penetrante de una vieja que gritaba: «¡El último billete de la lotería! ¡Ciento sesenta mil pesetas para mañana! ¡Doce duros el billete!»

Justos los que me quedaban de la onza; me olvidé de

todo: tomé el billete, dí mis doce duros, y metiéndome en el bolsillo del pecho, dí con él y conmigo en mi casa, donde había la de Dios es Cristo, porque no había ya un Cristo que nos fiase media libra de garbanzos.

¡Qué noche me hizo pasar mi mujer! pero yo me aguanté y me dormí en una silla con los brazos cruzados sobre mi billete. A las nueve del día siguiente me salí de mi casa sin decir esta boca es mía, y me soplé en el salon del sorteo. La primera bola que rueda por aquel maravilloso alambrado: el primer chico que grita «premio de las ciento sesenta mil pesetas,» y el otro que le responde: «número 12.648.» A las doce, la lista grande, 12.648; á las nueve de la noche, *La Correspondencia*, 12.648. Al otro día, la lista oficial: 12.648. Al medio día era dueño de treinta mil duros; no he podido saber por qué me descontaron dos mil.

Llevé mis treinta mil duros al Banco, dejé allí veinticinco mil; tomé la primera casa vacía que encontré en la calle de Atocha, me la hice amueblar por el más próximo mueblista, y llevé á mi nueva habitacion á mi familia, á quien dije al sentarnos ante una cena traída de los Andaluces de la calle de la Cruz: «Tenemos casa y veinticinco mil duros en el Banco.»

Mi cuñado el escribano, dijo:

— Es preciso que nos encargues de su administracion, porque tú solo vas á dar al traste con tu capital.

Mi mujer dijo:

— Es preciso que volvamos á llamar á mi hermano el cura.

Y mi cuñada dijo:

— Y es preciso que nos lleves mañana á los toros.

Yo había olvidado hasta el día en que vivía, que era

sábado, y ya los toros no eran los lunes, día de los zapateros, sino los domingos, día de jolgorio para todos los cristianos. Fuí, pues, corriendo á abonarme á un palco, y tomé para el resto de la temporada el único que quedaba entre sol y sombra.

Calló un momento para respirar mi buen condiscípulo Juan Aurelio; y mientras él, cabizbajo y absorto, buscaba al parecer en su cerebro ideas y palabras para continuar su narracion, contemplábale yo de reojo, sin poder darme aún cuenta de la causa ni del género de su locura. Salió él por fin de su momentáneo arrobamiento, y siguió diciéndome como más confidencialmente:

—¿Crearás, Pepe, que desde el palco ví los toros bajo otro aspecto muy diferente del que desde el tendido y las gradas les había visto? Mientras había asistido á las corridas entre aquella multitud, había seguido sus impulsos y sus movimientos; me había embriagado con sus gritos, había participado de su entusiasmo frenético, y había, en fin, dejado á la tumultuosa expresion de sus pasiones arrastrar en sus tempestades mi juicio y mis principios taurómacos, aprendidos en Pepe-Hillo, Montes, el Chiclanero, y hasta en el despernado Tato, última gloria coja del redondel.

Desde el palco me causó horror y hastío, y hasta vergüenza, la brega desordenada del diestro, que suele preparar á la res con un trasteo compuesto de diez pases de telon, quince naturales, tres de pecho, cuatro arrastrados y dos desarmes, encunándose para una estocada á volapié; la cual, segun mis reglas, sólo merece una res marraja que, aplomada y aculada á las tablas, no acusa el acoso del trapo, previniéndose para arrancar al bulto, demasiado enseñada por un capeo imprudente ó

por una larga ó mal prolongada lidia. Yo, mi querido Pepe, estoy en la plaza siempre en pro de la res que obedece invariablemente á su instinto, y no puedo sufrir que la inteligencia martirice al instinto, cuyas reglas fijas dan á la inteligencia la seguridad de la victoria; es decir, al hombre la de matar la res. Pero, en fin, esto es cuestion de pareceres; y puesto que á muchos parece bien lo que á mí me parece mal, es posible que la razon sea de ellos; mas en lo que no cedo un ápice de mi opinion, es en la de aquellos cinco ó seis mil hombres insultando, silbando y humillando desde lo alto de sus puestos á diez ó doce que están haciendo lo que pueden; es una escuela de cobardía, en la que seis mil están contra quince, olvidando toda la lealtad y la nobleza de que blasona la raza de la nacion, que conserva los toros como resto de su valor y de su gloria tradicionales.

Y aquí comencé yo á creer que estaba efectivamente loco mi Juan Aurelio, porque sólo los locos dicen tan sin cuidado en España semejantes verdades. Así que, sacándole de su imaginario redondel para traerle al terreno positivo de su narracion, le dije:

— Tienes razon; pero no debió ser en la plaza donde te hallaste tus trescientos mil duros.

— No, hombre, no; ahora verás. Como yo no soy hombre de administracion, entregué la de mis dineros á mis cuñados, quienes, el escribano principalmente, contribuyeron á doblarme mis veinticinco mil, miéntas yo seguía poniendo á las extracciones de ménos números y más premios. En todo el año no atrapé más que uno de cuatrocientas pesetas; pero en el de Navidad del 76 cogí los doscientos cincuenta mil duros del millon y medio de pesetas.

— ¡Diablo, que fortunon! — dije yo entre dientes.

— No mientes al diablo — exclamó aterrado Juan Aurelio — yo me había olvidado de él en mi casa con diez criados y dos carruajes, y butacas en el Real, y palco en los toros... cuando una tarde que volvía de dar solo por el Retiro un paseo, volví á toparme de manos á boca con Florentino Sanz, cuya vista me recordó la onza prestada, y la ocasion y el origen de mi fortuna. Díle noticia de ella y quise devolverle su onza, con las necesarias satisfacciones por mi olvido; pero él me dijo despidiéndose de mí con aquella sonrisita que no he podido olvidar ni digerir: « Guárdala, hombre, guárdala; yo no quiero ya una onza por la que el diablo te ha dado tantos millones; » y me dejó plantado á la bajada del Parterre, frente al sitio en que ya no estaba el tronco seco, desde cuyo centro oyó y aceptó sin duda mi propuesta Satanás.

VI

— Dirígeme al guarda — siguió diciendo tras breve pausa mi Juan Aurelio — y preguntéle por el árbol: hízome él repetir mi pregunta y marcarle el sitio en que el árbol estuvo: díle yo además las señas del color y forma de su desmochado tronco; y el guarda, despues de mirar la acacia jóven plantada en su lugar, exclamó: « ¡Ah! Sí, sí, señor; ya caigo en qué árbol era el por el que su mercé pregunta: sí; le descuajamos há ya dos años Celipe y yo; y cuando le serramos al través en cuatro para poderle rajar al hilo con el hacha, chirriaba,

y sudaba y se resistía como un condenado; y luégo, al quemarle, no daba más que humo, que nos sofocaba dentro de la caseta. Sí, señor, sí; ya caigo: era el árbol más malo que había en todo el parque, y por eso nos le dieron: pero el demonio que hiciera nada de su maldita madera.»

Al juntar yo las palabras de aquel hombre con las de Florentino, me ocurrió por primera vez una idea inconcebible, y preguntéle, acosado por ella, si creía que dentro de aquel árbol podía haberse alojado el demonio.

— ¿Y qué te respondió el guarda? — pregunté yo á Juan Aurelio, comenzando á concebir su situación y su locura.

A lo que él contestó, recordando con terror la respuesta del taimado guarda, que era sin duda de alguno de los pueblos de al rededor de Madrid, en donde nacen los más redomados pardillos de España:

— Pues díjome aquel hombre: « Mire su mercé, señor, ahora caigo en que sólo teniendo el demonio dentro del cuerpo, como su mercé sospecha, podía aquel tronco resistirse tanto al hierro y al fuego.»

— Y tú, mi pobre Juan, comenzaste á dar vuelta en tu cerebro á semejante idea...

— Y no me dejaba ni dormir ni reposar, Pepe; comencé á andar insomne y ayuno: y no pude ocultar mi preocupacion á mi familia, y un día se lo revelé á mi mi cuñado el escribano.

— ¿Y qué te dijo?

— Me contempló asombrado un momento... y llamó á mi cuñado el cura.

— ¿Y qué te dijo éste?

— Que era un caso de conciencia, y que era necesario consultarlo con quien supiera más que él; que era

preciso no volver á jugar á la lotería, ni ir á los toros, y tomar un confesor entendido y mudar de vida.

— Y decía bien.

— Sí; pero el escribano decía por su parte que todo era una tontería; que no era yo el primero á quien había caído dos veces un premio grande; que el diablo no andaba por ahí metiéndose dentro de los árboles; que lo que yo necesitaba era distraccion, y que en suma, mientras que no me cayeran tres premios grandes no estaban cumplidos los términos de mi oferta ni había motivo para suponerlos aceptados por el diablo; y que lo mejor era no pensar más en ello y que yo siguiera jugando un billete en todas las extracciones, hasta que me tocara otro premio grande. El cura lo consultó con muchos teólogos, de los cuales me decía el escribano que no hiciera caso; y el caso no se atrevía, á la verdad, á resolverlo ninguno de aquéllos, y yo, con disgusto de ellos y de mi cuñado el cura, y con visible contentamiento del escribano y de las mujeres, seguí echando á la lotería y llevando con él á los toros á su mujer y á la mia, de quienes no tuvo límites el placer al verse abonadas un palco de sombra como dos duquesas.

— Mal hecho, Juan Aurelio, mal hecho; debiste seguir los consejos del cura.

— Lo mismo hubiera sido: yo ya estaba condenado, Pepe, y por cualquier camino me hubiera seguido el diablo. Escucha y verás.

— Dí.

— Echando á la lotería, y yendo á los toros, y leyendo *El Enano* y mis tauomaquias, se pasó año y medio sin que me cayeran más que cuatrocientas pesetas; y ya iba yo olvidando la historia de la onza de Florentino y del árbol desmochado, cuando no sé por qué fiesta se

dieron en 1.º de Julio una corrida de toros y un sorteo extraordinarios. La extraccion era de cuarenta mil billetes á mil reales, y sus dos premios grandes de á trescientos mil y de á ciento cincuenta mil duros, y la corrida de ocho toros, cuatro de Veraguas y cuatro de aquellos retintos, chatos y cornicortos de la antigua ganadería que perteneció á Gaviria. Aquellos retintos hacía ya años que no se presentaban en la plaza; el anuncio de su lidia me rejuveneció de veinticinco años; se me antojaba que iba á volver á la cuerda de aquel tendido quinto con Espronceda y Villalta; y con Luis Bravo y Enrique Gil y Cayetano Cortés, y que ibas á estar tú por allí acerca con Fernando Vera y Miguel de los Santos, y que allí, detrás de vosotros, en el tendido, iba á volver á encontrar á Cárlos Latorre con el espadachin Eusebi, y el ronco Elías Noren y el ingenioso pintor Aranda y los dos Guzmanes, y hasta me acordé de aquellas dos bailarinas sevillanas y de aquellas dos muchachas aragonesas que vestían de manolas con más collares y más cadenas...

— ¡ Hombre, hombre, Juan Aurelio! — dije yo á éste, cortándole el hilo de unos recuerdos que temí que iban á echarle en brazos del delirio de su locura.

— Haces bien, Pepe, en atajarme — dijo Juan Aurelio, cayendo desde su alegre desvarío en una profunda tristeza — dejemos nuestras juveniles memorias y vengamos á mi presente desventura. Aquel día, 1.º de Julio de no sé ya bien qué año, habíamos determinado pasarlo entero fuera de casa y en los alrededores de la Plaza de Toros. Tenía yo desde el día anterior en el bolsillo del pecho de mi levita mi billete núm. 2.828, número de felicísima combinacion, en el cual los dos doses parecen dos ochos recortados, y los dos ochos dos

doses añadidos; sumando siempre dos veintiochos ó dos ochenta y dos, segun al derecho ó al revés se lean, aplicándoles aquellas reglas cabalísticas de los cálculos de tus libros demonológicos, que se perdieron en un empeño de honor. A las cinco de la mañana salimos el escribano con su mujer y yo con la mía en un coche con cuatro mulas, un mayoral y un zagal, para la Alameda de Osuna, en donde teníamos encargado un almuerzo campestre, que alegremente devoramos á la sombra de unos olmos y á la orilla de una fuente; y bien almorzados, columpiados y divertidos, nos volvimos á Madrid calculando la hora de caer á tiempo en el circo taurino, como se llama hoy á la morisca Plaza de Toros. Eran las cuatro, el calor excesivo, el aire sin un pelo, la entrada llena, el bullicio inmenso y la cuadrilla hacía ya su entrada en la arena cuando abríamos nuestro palco. Una onda circular de mantillas blancas, pañuelos de seda y abanicos de todos colores se agitaba sobre la multitud apiñada en los palcos y en los tendidos, y todo era grana y azul, y oro y plata en el redondel. Una corrida de toros, Pepe mío, lo que no se ve más que aquí, y lo que vas á ver, como lo ví yo aquella funesta tarde, origen de mi desventura y de mi condenacion.

El primer toro era uno de los retintos de Gaviria, bien armado, buen mozo, cenceño y voluntario, pero sin poder; no deshonoró la ganadería, pero no hizo más tampoco; el público le vió sacar por el arrastradero sin pena y sin gloria, diciendo *¿Y qué?*

En el intermedio, y miéntras los monos sábios le enganchaban al balancin de las mulas, una voz resonó en la plaza y otra en el corredor de los palcos, gritando — ¡La lista grande! ¡Los dos gordos en Madrid! — Lan-céme al corredor, compré el papel cuajado de números,

y mientras en la entreabierta puerta contemplaba con ojos desencajados al par por el temor y la alegría mi número 2.828, colocado en segundo lugar y premiado con 150.000 duros, habían soltado del chiquero un Veraguas, berrendo y botinado de negro, que en un santiamén había dejado en la plaza dos caballos despanzurados, un picador descostillado, y un muchacho que se metió al quite, y á quien le había quitado de delante volteándole como á un dominguillo, sin sentido, á diez pasos detrás de su cola; la cual mosqueaba escarbando y husmeando la tierra, buscando con dos ojos como áscuas un objeto móvil sobre quien arrancar. Cuando yo me asomé de pechos á la barandilla del palco con la lista grande en la mano, todos los espectadores aullaban de pié, y alargaban los puños, y amenazaban con los bastones á la cuadrilla, que, sobrecogida de un instantáneo pavor, tenía abandonadas aquellas bestias muertas y á aquellos hombres heridos, entre los cuales se había emplazado la res, amenazando recargar y hacer trizas un hombre vivo ó una bestia muerta.

Entonces, acosado por la idea del premio de los tres millones, que atestiguaba mi condenacion, y por aquel espectáculo de sangre y de tumulto, iluminó mi cerebro una misteriosa intuicion, y se presentaron patentes á mi comprension las mil secretas miserias, las mil escondidas infamias, las mil ignoradas ruinas y las mil insondables desesperaciones de aquella multitud compuesta de los que habían empeñado su última alhaja, sus últimas y más necesarias prendas, su sueldo del mes, su jornal de la semana y de los usureros que les habían dado por ellos la cuarta parte á dos reales mensuales por duro, y de los rateros y de los estafadores que habían aliviado los bolsillos de los distraídos y

burlado la confianza de los amigos de buena fe, para venir en coche á aquel espectáculo de tumulto y de sangre, y comer despues en la fonda, y perder por fin la noche en un café flamenco con una venal manceba, mientras la mujer y los hijos legítimos amanecen en vela y ayunos en la desmantelada casa, junto á la cama, sin el ya empeñado colchon y sin esperanza de pan para el día que clarea. Porque los millones que gasta un rico, aunque sea en los vicios que con ellos sostener puede, siempre redundan en provecho de muchos pobres, para quienes son regalos los desperdicios del pródigo; pero el despilfarro de la clase media y los vicios del pobre no mantienen á nadie, ni conducen más que á la vergüenza, á la miseria ó al crimen. Todo esto concebía yo allí intuitivamente, como si el demonio me lo pusiera patente; y allí se me figuraba que veía y que allí estaban gritando como energúmenos, y satisfechos de hallar en quien cebar su vengativa desesperacion, los treinta y siete mil perdidosos de los cuarenta mil jugadores de la lotería, cuyos tres millones del segundo premio tenía yo en mi bolsillo, representados en el número 2.828 de mi billete; los honrados menestrales, los jornaleros menesterosos, los artesanos y empleados con mezquinos sueldos, quienes, no pudiendo jugar más que décimos entre diez ó veinte jugadores cotizados y repartidos, no pueden ganar más que centésimas partes de los premios que aciertan; de donde resulta que las loterías pueden doblar la fortuna de los ricos, pero nunca sacar al pobre de su miseria.

Y allí, entre ellos, y en aquel inexplicable vértigo mio, veía yo como si leyese sus historias escritas en sus frentes, la del empleado destituido, la del menestral desalojado por el casero, la del jornalero despedido,

la del mercader arruinado y hasta la del futuro suicida, por haber querido vivir sosteniendo vicios y diversiones más costosas que su haber. Y encima de aquel anillo móvil, viviente, vociferante, y excitado y exasperado por la doble embriaguez de la pasión y del peligro, encima de aquella muchedumbre que olvidada de la ley vigente, de las conveniencias sociales y hasta de la cortesía humana, denostando frenética á la autoridad porque no se los daba pronto, pedía bramando y rugiendo hombres y caballos que entregar á aquella pujante y emplazada fiera; encima de todo aquello, y destacándose sobre el azul del firmamento, me bailaba delante de los ojos, y sobre la línea negra del caballete del tejado de la andanada de palcos fronteros al mio, una trinidad fantástica, inconcebible é inexplicable, compuesta de Florentino Sanz y sus dos quevedos; el que realmente existió y el creado por él en su magnífica comedia; y aquellas tres figuras inquietas, flotantes y burlonas que, confundiéndose las tres en una y dividiéndose la una en tres, palmoteaban y pateaban á lo flamenco, y enviaban á mis oídos por sobre el clamoreo del público que pedía furioso caballos y hombres, estas palabras que al entrar en mis oídos sacudiéndome el interior del tórax, como si fueran puñetazos interiores que dieran en mi esternon mis pulmones:

—¡Olé por los barbianses que tienen al diablo por padrino!

Y sintiendo por primera vez un ruido como si me rompieran cien cañas en el cerebro, y en mis oídos una música lejana de campanas y violines, me desmayé, atacado por primera vez del accidente que los médicos han calificado de epilepsia, y en uno de los cuales ten por seguro, Pepe de mi alma, que Satanás se la llevará.

— Delirios, Juan, delirios — le dije yo. — Tú estás afligido por una de esas afecciones nerviosas, casi desconocidas de nuestro abuelos, y tan comunes en nuestro siglo, en el cual vivimos á escape, y sufrimos casi en la juventud los achaques de la vejez; pero, en fin, yo supongo que, conocido tu mal, habrás puesto remedio á él, comenzando por olvidarte de los toros y de la lotería.

— ¡Quiá! Yo soy más español que Riego y la Virgen de Atocha; y en lugar de ir al palco, desde donde veo la plaza bajo ese aspecto fantástico, me he abonado á la barrera del tendido quinto, donde tengo á mi espalda al pueblo, y no veo más que el redondel, y allí... ¡Olé por los barbianes!

Y esto diciendo, y excitado sin duda por los esfuerzos del ejercicio oral de su narracion, cerró los ojos, extendió los brazos buscando apoyo, y á impulso de involuntaria contraccion muscular, haciendo un mohín horrible, perdió el sentido.

No me quedaba duda; mi pobre Juan Aurelio estaba atacado de epilepsia. Aquel acceso duró apénas un minuto; pero era la muerte segura en un plazo más ó ménos lejano.

Al volver á la vida mi pobre condiscípulo, sacudiendo poco á poco el breve atolondramiento en que sus ataques le dejaban, me dijo, estrechando afectuosamente mis manos entre las suyas:

— Ya lo ves, Pepe mio, no hay remedio para mi cuerpo ni para mi alma; mi familia me rodea de cuidados y de atenciones, administra mis fondos y subviene á todas mis necesidades y caprichos, y á mi gasto en los toros y en la lotería; porque si me cayera por cuarta vez el premio grande, dicen que sería prueba contra

el diablo, que no da más de lo que se le pide. Así que, mientras, estoy resuelto á no tocar un perro chico de mi dinero, ni á testar de unos millones cuyas monedas han de convertirse despues de mi muerte en hojas secas como las de Cornelio Agrippa. Si no por eso, Pepemio, yo te daría quince ó veinte mil duros para que imprimieses tus obras completas, te despedieras de los editores y no murieras en el hospital ó en el manicomio, porvenir que no tendría nada de extraño que el diablo te deparára.

En este punto entraron en el aposento las dos mujeres y los dos cuñados; quienes, haciéndome señas á espaldas de Juan Aurelio, me obligaron á despedirme tiernamente de éste; diciéndome despues que me habían separado de él ántes de que le acometiese otro acceso de epilepsia, del que le veían amagado por el exceso de nuestra conversacion, que comprendí que habían escuchado é interrumpido á propósito.

VI

Várias veces volví á visitar á la familia de Juan Aurelio, pero ya no logré volverle á ver.

En el verano del 78 supe por mis editores Montaner y Simon, de Barcelona, que su familia se había establecido en aquella ciudad, y que él estaba muy malo en el manicomio de San Boy; y el 26 de Enero del corriente 79 recibí su papeleta de defuncion y la súplica en ella de encomendarle á Dios. Mi pobre amigo Juan Aurelio había confundido la poesía fantástica de mis

leyendas y las supersticiones de los libros de cabalística, micromancia y demonología, que yo le había dejado, con las sencillas creencias de nuestra santa fe; había tomado los toros por expresion de nuestra gloria caballeresca, el capricho del azar por intervencion del diablo, y la supersticion le había conducido á la duda, la exaltacion nerviosa á la descomposicion cerebral, y luego á la epilepsia y al manicomio y á la sepultura, y sus parientes le habían heredado *abintestato*.

Cuando la semana pasada tropecé en mi pupitre con su papeleta de defuncion, me ocurrió escribir su historia; y hoy al concluirla, me ocurre la siguiente reflexion: la mitad de los españoles tenemos aún en nuestros cerebros mal deslindadas la fe y la supersticion; tomamos por expresion y tipo de la gloria y del carácter nacionales el espectáculo de los toros y por arte lo flamenco; y tenemos, en fin, por estrella de nuestra esperanza el premio gordo de la lotería de Navidad...

No soy tan loco que añada una palabra más de lo que me ocurre sobre el porvenir como consecuencia de esta reflexion.

CORRESPONDENCIA

AL DOCTOR D. JOSÉ DE LETAMENDI

I

AL empezar esta carta, mi querido José, no recuerdo muy bien el motivo principal que á dirigírtela me impulsa; pero es posible que lo recuerde ántes de concluirla. Comienzo loco te parecerá tal vez éste; pero

de poeta, de médico y de loco,
dicen que todo el mundo tiene un poco.

Lo que yo tengo de poeta anda por ahí impreso en libros, y lo que de loco tengo, si esos mismos libros no lo probáran, bastará para probarlo el loco comienzo y la loca narracion que pienso hacerte en esta epístola, donde lo que tengo de médico voy á decirte, miéntas á las mientes me vuelve la trasmemoriada razon de esta correspondencia.

Un día de los del vigésimotercero año de mi vida me ocurrió tener que matar á un hombre en una leyenda, y no sabiendo cómo matarlo bien, determiné estudiar un poco la anatomía del cuerpo humano. Aprendí de ella lo que los poetas meridionales aprendemos de todo;

lo suficiente para no confundir las tibias con los omoplatos, ni el hígado con los pulmones. Después de haber visto pintados en las ilustraciones de los libros de Anatomía los detalles exteriores é interiores de nuestros miembros y vísceras, quise estudiar algo del natural; y después de mucho miedo y de no ménos asco, logré familiarizarme con los cadáveres, como se familiariza cualquier buen español con ver pisarse las tripas á los caballos en la Plaza de Toros.

No tuve empero paciencia para hacer un completo curso de anatomía, y me contenté con darme algunos meses á la frenología, y dí en tener en mi mesa una calavera, sobre la cual sabía darme la importancia de hacer alguna observacion más ó ménos craneoscópica; pero tuve al fin que devolverla al cementerio, porque ninguna criada quería arreglar mi cuarto ni pasar por él á mi alcoba para hacerme la cama. Con esto y con la amistad que me unió en mi juventud con el doctor Avilés, con el viejo Codorniu, y con Pepe Calvo y Martin, de quienes aprendí cuatro fórmulas de recetar y á poner unos cuantos vendajes, me dí por suficiente instruido, y conservé de mis estudios la aficion á tener amigos médicos toda mi vida. A los veintinueve de ella me fuí á París á estudiar árabe, del cual sé tanto como de anatomía y materia médica; y miéntras allí empezaba mi morisco poema de Granada, allí trabé amistad con el jóven doctor M. Julio Delmas, con quien fuí algunas veces al Hôtel-Dieu, y con quien anduve en discusiones y observaciones sobre un raro caso que traía entre manos. Una señora ya entrada en años, y á quien como á su ya difunta madre quería, padecía una especie de hipertrofia en el bazo, que resistía á todo método y tratamiento medical. Delmas concibió la idea fija de

hacerla la abstraccion completa del bazo, para cuya operacion se estaba preparando con estudios, consultas y experiencias. En este tiempo tuve yo que hacer un viaje de algunos meses á Bordeaux, y cuando volví á París y á casa de Delmas, me encontré en ella con una media docena de animales que no tenía ántes de mi partida. Un día, enseñándome un hermoso gato blanco y una liebre que comían en dos sillas á su mesa, me dijo:

— Ya los ves qué contentos andan, qué tranquilos comen y qué gordos están; pues no tienen bazo; para nada lo necesitaban.

Yo no sé lo que haría Delmas con su enferma; pero él tenía trazas de vaciar todos sus animales para estudiar la extraccion del bazo de aquella buena señora. Cuando me separé de él algunos meses despues, no lo había intentado todavía.

En el trascurso de ellos me presentó á Ricord, á cuya cátedra asistí de oyente algunas veces, y á la cual dejé de ir desde que presencié en el anfiteatro una operacion de aquel primer carnicero de París (*premier charrentier*), como dió en llamar el vulgo á aquel famosísimo operador.

Tratábase de un hombre que tenía una horrible cáries en el lado derecho de la mandíbula inferior, y habíase Ricord propuesto sacarle todas las muelas, aserrarle la parte cariada de la mandíbula y sustituírsela con una de boj que tenía ya preparada, por las medidas que el doctor le había dado, un ebanista tan jóven como diestro que á su servicio tenía. El anfiteatro estaba lleno de estudiantes y de espectadores; el individuo estaba amarrado á la mesa de operaciones; los practicantes alerta y en torno de ella, y yo en una de las galerías altas, con

unos buenos gemelos de teatro, para no perder el más mínimo pormenor de la operacion, que empezó Ricord explicando con la mayor calma lo que iba haciendo. Todavía no se había adoptado la aplicacion del cloriformo. El enfermo bramó al sentir el bisturí dividirle en tres el carrillo, y al contacto del aire en sus descubiertos huesos; los practicantes ponían nieve en la herida y recogían la sangre con esponjas; Ricord aserraba y arrancaba los huesos cariados, explicando su operacion en voz tan alta como los berridos del paciente; el ebanista midió, corrigió, pulió y acomodó su pieza de sustitucion; Ricord asentó sobre ella la dividida carne y cosió la piel como los chicos el cordoban de una pelota; y al cabo de veintisiete minutos, desde el sexto de los cuales el paciente había perdido el sentido, mandó á los practicantes que le volvieran á la cama, diciendo con la más francsa seguridad: *Messieurs, si la fièvre ne survient pas, je répons de l'individu* (señores, si no sobreviene la fiebre, yo respondo del sujeto). La operacion trajo la fiebre, y el operado murió al segundo día; pero la responsabilidad del operador quedó á salvo, puesto que él previno su condicion « si no sobreviene la fiebre. » La culpa fué de ésta.

Otro día me preguntó Delmas:

— ¿Tú no has visto nunca galvanizar un cadáver?

— Nunca — respondí.

— Si quieres verlo, M. Velpeau tiene uno que nadie ha reclamado de la Morgue, y te llevaré conmigo á ver su experiencia.

Acepté yo, y nos citamos para las dos de la tarde en el pasaje du Saumon; Velpeau vivía en la calle de Montorgueil.

El cadáver estaba cubierto con un paño sobre una

mesa de mármol en plano inclinado, colocada en medio de una sala. Unas quince personas, todos individuos de la docta facultad, conversaban en grupos en torno de ella; y el dueño de la casa, ayudado de otro jóven, preparaba una pila de Volta y todo lo necesario á la cabeza de la mesa, la cual no cubría el paño que estaba plegado sobre la cara del cadáver. Comencé yo á calcular dónde me colocaría de modo que lo que yo suponía que iba á ver no me sorprendiese, y que no me alcanzase ninguno de aquellos cuatro remos inertes que el galvanismo iba á poner en movimiento; y resolví colocarme á los piés de la mesa, desde donde vería sin riesgo de una sorpresa que pusiera en ridículo al español profano ante aquella sábia y francesa gente. Comenzó la operacion: descubrieron el cadáver; era el de un mancebo de veinte á veintitres años, que se había medido en la cabeza una bala por el parietal derecho; la muerte había sido instantánea, y no había en su fisonomía contraccion ni señal de sufrimiento; era un misterio social que dejaba sin explicar un suicidio.

Contemplaba yo aquella cabeza juvenil de Antinoo y las correctas proporciones de aquel cuerpo de mármol blanco como el Apolo del Belvedere, y pensaba con honda tristeza en la madre desolada, en la hija huérfana ó en la esposa viuda (que de él no sabían, pues no le habían reclamado) fijos mis ojos en su inmóvil cuerpo, sobre cuyos nervios y músculos no ejercía aún su accion el poder misterioso del galvanismo. A poco parpadeó, descubriendo y volviendo á cubrir sus dos pupilas fijas y sin mirada; yo apoyé mis manos en la mesa, y esperé con pavor, fijos mis ojos en su semblante: de repente hizo una mueca indescriptible, abriendo desmesuradamente los párpados, y contrayendo y dilatando

los labios, extendiendo los brazos y los dedos, y sacudiendo todo su cuerpo como para incorporarse á impulso de una contraccion de la columna vertebral; y mientras yo contemplaba absorto el fenómeno de la galvanizacion en la fisonomía movilizada por ella, el cadáver, resbalando por el plano inclinado, tocó con sus piés mi pecho, y yo dí, al retirarme despavorido, con la cabeza en la pared, excitando la hilaridad de aquellos graves doctores, que era justamente lo que había tratado de evitar. Salíme corrido y amedrentado de aquella casa, de donde sacaba mi merecido por meterme á sobresaliente en el anfiteatro.

A las pocas semanas volví á España para orar sobre la tumba de mi madre; y cuando en 1849 volví á París, ya huérfano y desheredado, ya no encontré á Delmas; á cuya vida me dijeron que había puesto fin una bala perdida delante de una barricada del faubourg Saint-Denis, asistiendo á los heridos una noche de 1848; pero no era cierta felizmente tal noticia: Delmas viajaba por Alemania ampliando sus estudios sobre el bazo, y su familia vivía esperándole en el departamento donde radicaban sus escasos bienes paternos.

El frío excesivo del 49 encrudeció unas anginas de que padecí desde un enfriamiento cogido al salir acalorado de dar leccion de equitacion del picadero del Seminario de Nobles. La condesa de Nujac me envió al famoso doctor homeópata Cabarrús, nieto de nuestro más famoso conde de Cabarrús, y médico de todos los y las cantantes, actores y actrices y bailarinas célebres de aquel entónces. El doctor Cabarrús, cuya hermosa figura, flexible carácter y esmeradísima educacion le hacían el médico más simpático para sus enfermos, que hablaba correctamente várias lenguas, entre ellas la

española, y que conocía mis obras, que le había regalado mi editor Baudry, me abrió su casa, me presentó á su hija, que era la más preciosa y poética criatura que había entónces en París, y me convirtió á la homeopatía librándome de mis anginas, no sé si por la virtud de su belladona ó por la de las abluciones y baños fríos, que he continuado usando por espacio de veintitres años. Rompí relaciones con los alópatas, leí á Hahnemann y á Hering, compré tres ó cuatro botiquines y me hice acérrimo defensor de la dinamizacion, los glóbulos y las dosis infinitesimales. Un día fuí convidado á comer por el doctor Vicente, español emigrado y establecido en una quinta de Montmorency. El doctor Vicente era alópata, y sus cinco comensales eran de la facultad. La familia del doctor era amabilísima, y los franceses son los mejores compañeros de mesa. Se comió sin etiqueta, se bebió sin exceso, y yo, que hablo el francés sin maldita la aprension, tercié en la alegre conversacion con éxito inesperado. El doctor preguntó á sus comensales, ante el Champagne, qué les había parecido su poeta castellano; declaráronme los franceses galantemente por *homme d'esprit*, y me honraron con un brindis bien colmado y un prolongado aplauso. Entónces el taimado del doctor Vicente les dijo:

—Pues para que vean ustedes lo que son los hombres de talento en todas partes; este poeta tiene una flaqueza, una aberracion inconcebible: ¡es homeópata!

Una carcajada homérica acogió semejante revelacion.

Amostacéme yo con esto un poco, y doblaron ellos su hilaridad.

—Vamos á convencerle; vamos á convertirle—dijeron.

—Yo me dejo convencer—repuse—y estoy dispuesto á dejarme convertir; pero nada de argumentos

ni de discusiones: estas embrollan las cuestiones en lugar de aclararlas: ejemplos, hechos y nada más, franceses míos.

— Hechos, hechos — exclamó el que había ocupado, sin duda por su mérito y categoría, la cabecera de la mesa. — Allá van.

— ¡Vengan! — exclamé yo.

Y comenzó él así su alegato:

— En la última invasion del cólera, el 184..., sus amigos de usted, Cabarrús, Perry, Vidal y Nuñez, que se hallaban en París, pidieron al Gobierno salas en cuyos enfermos ensayáran sus medicinas. Concedióselas el Gobierno en sus grandes hospitales, y trajéronnos sus glóbulos y sus tinturas; pero como nuestros estatutos prohiben la ingerencia en nuestros departamentos de profesores extraños y que no hayan ganado sus puestos por oposicion, tuvieron que dejar sus medicinas y sus diagnósticos confiados á nuestra administracion, bajo sus instrucciones. Nosotros comenzamos por tirar por la ventana sus globulillos, sustituyéndolos con otros inertes de simple azúcar de leche. Pues bien; fué tal el efecto del poder de la imaginacion en los enfermos, que no tomando más que agua pura no murieron más que el 17 por 100, miéntras que de los asistidos con verdadera medicina llegaron hasta el 40 por 100.

— Pues bien, señor doctor francés—contesté—yo estudié lógica en el colegio, y hé aquí la consecuencia que saco del hecho por usted aducido; el cólera no mataba más que el 17 por 100, y hasta el 40 los mataba la medicina. Por eso soy homeópata; porque, suponiendo que la homeopatía no es nada, el enfermo curado por ella lucha con sólo la enfermedad, libre de los errores de la ciencia del médico y del boticario; y como la enfermedad

la ha hecho Dios ó la naturaleza, si es usted materialista, con sus crisis y resoluciones, el enfermo en manos de Dios tiene las 99 en pro de su salvacion.

— ¡Diablo de poeta! — exclamó el francés — cualquier que no estuviera firme en sus convicciones puede que vacilára ó le diera la razon.

Veo, mi querido Letamendi, que mi carta se alarga más de lo que yo alargarla me propuse, y aún no he podido recordar qué era lo que quería decirte en ella cuando me resolví á escribírtela; voy, pues, á tomarme una semana para trabajar mi maldita memoria, y espero que en una segunda carta, ni á mí me quedará nada por decirte, ni á tí que saber de tu desmemoriado amigo.

II

En 1869 tuve el placer de hacer amistad contigo, y te hablé de un doctor Vidal, á quien había yo tratado en París y de quien tú me dijiste que no tenías noticia alguna. Viéneme aquí como rodada una ocasion de recordar breves pormenores del paso por la tierra de aquel viejo catalan, buen hombre, buen médico y buen cristiano; y plugiera á Dios que este miserable escrito mio llegára á ser tan leído y famoso como si por el mismo Cervantes lo hubiera sido, para que la memoria de aquel hombre honrado viviera tan largo tiempo como tengo yo para mí que merece.

El doctor Vidal era de la escuela de Barcelona, de donde han salido tantos y tan buenos profesores en la oscura y difícil ciencia de curar. Tenía cincuenta y seis años cuando le conocí en 1853, y la cabeza completa-

mente calva por su parte superior, y circundada por una corona de cabellos grises y rizados que se la orlaba de sien á sien por su parte occipital. Su estatura era mediana y su cuerpo robusto y ágil; sus ojos pequeños, pero perspicaces y luminosos, y lucían más en su semblante lleno de cicatrices y costurones, por haberse renovado á pedazos la piel y la carne de aquella ya casi desbarbada faz, á causa de una enfermedad de la más honrosa procedencia.

El doctor Vidal había pasado muchos años en los Estados Unidos. Nunca he sabido ni la razon de su viaje y estancia en América, ni la época en que allá fué y permaneció; porque el doctor Vidal hablaba no más que lo necesario, y no respondía jamás á preguntas officiosas ó inoportunas; porque él, que era la discrecion y la honradez personificadas, jamás las hacía; pero bien puedo jurar que nada había en su vida que le obligára á ocultar ni á desfigurar el hecho más mínimo de ella. Sé que en Nueva-York y en Filadelfia había ejercido la medicina despues de haber sufrido los competentes exámenes, y que sus relaciones con Hering y otros homeópatas anglo-americanos le habían conducido á adoptar el sistema homeopático, despues de haber tenido que enseñar el francés, el español y las matemáticas para subvenir á los precisos gastos de su subsistencia. Comprenderás, por lo que en seguida voy á escribirte de él, el por qué y el cómo no había podido jamás hacer fortuna. El doctor Vidal era el hombre más formal y severo del mundo: sus hechos eran hijos de sus convicciones: lo que sabía lo sabía bien, y cuando se encargaba de un enfermo no admitía discusion ni resistencia, ni transigía con sus caprichos, ni con las complacencias de su familia ó de los que le cuidaban. O se cumplían

al pié de la letra sus prescripciones, ó se despedía de la casa; ni esquivaba la consulta con otros médicos, ni le asustaba la discusion; pero inflexible en su rectitud, ni cobraba grandes honorarios aunque se los diesen, ni permitía, sin protestar, que los exigieran los médicos que con él tropezaban. Llevando en su cerebro un caudal riquísimo de ideas, y un gran fondo de virtud sincera en su corazon, hablaba bien en cualquiera lengua de las que sabía, y no se mordía la suya para decir la verdad, por difícil que fuera de decir ó arriesgada la ocasion en que la dijera.

Una noche, en una asamblea anual de los profesores de su sistema, les dijo, despues de un discurso que fué creciendo por minutos en vehemencia: « que él se despedía de su asociacion porque ya habían transigido con la avaricia, estableciendo farmacias en las cuales se vendían los medicamentos y se tasaban las recetas á precios más altos que en las farmacias alopáticas, y porque habían olvidado que la medicina era un sacerdocio, poniendo precio á sus visitas, exigiendo honorarios fijos por sus consultas y traficando, en fin, como los charlatanes con la salud pública y con la buena fe de la humanidad doliente. »

Como no era este, en verdad, el modo de entrar en discusion, ni de atajar la introduccion de los abusos en toda práctica de institucion ó de ciencia humanas, el doctor Vidal tenía pocos amigos, pocos enfermos, escasísima proteccion y casi ningun crédito. Respetado por cuantos le conocíamos, no era favorecido por los que favorecerle podían, y sólo era llamado por los pobres y los artesanos; de aquéllos no recibía honorarios, y de éstos sólo los que creía al alcance de su escaso caudal. Hombre sóbrio, comía sólo carne asada, patatas

cocidas y huevos; y como dormía sólo seis horas, tenía tiempo de estudiar, de asistir á los hospitales, de dar lecciones de idiomas y de cuidar de los enfermos que traía á su casa, en las cuatro camas que para ellos tenía dispuestas; porque su caridad era evangélica é inagotable, y perpétua su constancia en el estudio. Había ensayado en sí mismo y en sana salud, segun las indicaciones de Hahnemann, una porcion de sustancias medicinales, cuyas dósís había aumentado segun convenía á las observaciones de su amor á la ciencia, y no segun se lo aconsejaba la conservacion de su propia salud; así que habiendo sufrido la intoxicacion de no sé qué veneno animal, de no sé qué reptil de las regiones americanas, había pasado una larga enfermedad, á manera de lepra escamosa, que él se había curado perdiendo dos pedazos de piel y de carne, que daban á las de su rostro el aspecto de rastro de una grave y extensa quemadura.

Tal era por dentro y por fuera, es decir, en alma y en cuerpo, el venerable doctor Vidal; su rectitud y su amor á la ciencia, á la verdad y al prójimo, eran en él un fanatismo, una especie de locura; pero es fuerza convenir en que eran un fanatismo sublime y una santa y evangélica locura. Jamás quiso aceptar de mí más que mi compañía, ni quiso jamás quedarse á comer con mi mujer y conmigo, tal vez porque los días que la hora de comer le cogía en mi casa era porque él no tenía en la suya comida más que para sus enfermos. De éstos ayudaba yo á cuidar á aquel honrado doctor, y con su docta conversacion me complacía, y holgábame de aprender algo con él de aquella ciencia que ni estudié ni aprendí jamás, pero á la cual y á cuyos profesores he tenido siempre una curiosa aficion.

Y sucedió que un día del otoño del 53 ó del 54 en que el cólera se desarrolló por tercera vez (si no me equivoco) en París, volviendo de su visita el doctor Vidal, y encontrándome yo en su casa, noté en él á su llegada la coloracion terrosa (paraticianosis) que caracteriza los primeros síntomas de la invasion colérica.

Contempléle yo fijamente, sonrió él de un modo incomprendible aún para mí, y díjome:

— Sí, dentro de una ó dos horas tendré el cólera, y no me pesa: lo tenía previsto. Vamos, hágame usted el favor de llamar á M. Guyot y á su cuñado miéntras tengo tiempo de dar á ustedes mis instrucciones.

M. Guyot era un ebanista á quien el doctor Vidal había asistido en sus enfermedades y en las de su familia, y quien le había hecho en ratos perdidos una magnífica caja de medicinas, que contenía en ocho departamentos ochocientas tinturas y diluciones preparadas y clasificadas por el Dr. Vidal: el cuñado de M. Guyot tenía una tienda de mercería en la misma calle de Clichy, en donde el doctor habitaba, y aquella caja era el único mueble de lujo que en su estancia se veía. Cuando volví, á los diez minutos, con los llamados por el Dr. Vidal, ya la cianosis era en su faz visible para el más ignorante, y la exudacion viscosa, los calambres en las extremidades, y la presion en la region epigástrica comenzaban á ser más que perceptibles para mi pobre Dr. Vidal, quien tenía un papel escrito de su puño sobre su mesa, y nos dijo:

— Lean y firmen eso miéntras yo me acuesto.

Y comenzó á hacerlo en la cama que enfrente de su mesa tenía colocada.

El escrito, que muy de antemano lo estaba, decía en resúmen que en la prevision de ser atacado por el cólera,

y queriendo ensayar en sí mismo un medicamento especial, era su voluntad que le asistiese yo solo, ateniéndome al diagnóstico é instrucciones minuciosamente pormenorizadas que en un adjunto cuaderno me dejaba, y que M. Guyot y su cuñado M. Denis debían firmar como testigos aquella declaracion suya, que debía servir *en todo evento* de abono y garantía personal.

Vacilé yo en aceptar tan grave responsabilidad; pero la enfermedad necesitó tan presto tan pronto auxilios, que el día se pasó en cuidar al enfermo, mis dos testigos se constituyeron en mis ayudantes, y yo, sirviéndome de la instruccion escrita en el cuaderno del doctor Vidal, comencé casi inconscientemente á cumplir su voluntad. El del cuaderno era un trabajo minuciosísimo y de maravillosa precision: á todos los síntomas de todos los períodos de la enfermedad, estaban marcados los medicamentos, en diluciones, que había de administrar; encargándome la calma y la observacion tranquila para evitar el miedo de la responsabilidad. Al fin de cada párrafo me había puesto una nota por este tenor: «No se asuste usted por tal ó por tal otro síntoma: en éste, tal medicamento; en el otro, tal,» etc.

Pretencioso é impertinente sería pormenorizarte el curso de una enfermedad que tú conoces mejor que yo, y cuyos pormenores no son para escritos: la del doctor Vidal siguió su período álgido lenta pero inatajablemente, sin obedecer á ningun medicamento, hasta la extincion de la voz, la respiracion y latidos del corazon casi imperceptibles, la desaparicion del pulso, y, en fin, la insensibilidad física y moral: esto á las once de la noche del tercer día.

Para este caso me ordenaba en su escrito el doctor Vidal:

« En una cucharada grande de agua destilada, echa-
» rá usted siete ó nueve gotas del contenido del fras-
» co 299, que hallará usted apartado en mi pupitre; y
» forzándome á abrir la boca en postura supina, me
» hará usted deglutir la cucharada del líquido, no se-
» parándose de mí hasta convencerse de que he efec-
» tuado la deglucion, y esperará usted el efecto de cinco
» á diez horas. Si sucumbo, romperá usted el frasco,
» vertiendo en tierra y al aire libre su contenido.»

Colocaron supino al doctor entre M. Guyot y mon-
sieur Denis, y separándole yo los trabados dientes con
un cuchillo, derramé en su boca la cucharada, esperé
á que poco á poco se efectuase la deglucion, y me es-
panté y me arrepentí de haber hecho la voluntad del
Dr. Vidal. Permaneció éste inmóvil once minutos,
al cabo de los cuales estremeció todo su cuerpo un li-
gero temblor, y un ténue suspiro hizo borbujar en el
fondo de su garganta las últimas gotas de la cucharada,
y quedó inerte y comenzó á enfriarse.

Yo dije á M. Guyot que fuese á buscar al Dr. Ca-
barrús; M. Guyot me dijo que él tenía mucha fe en el
doctor Vidal, y que puesto que decía que se esperasen
de cinco á diez horas, al amanecer se avisaría á Ca-
barrús. Continuamos aún una hora observando al doc-
tor Vidal, y no hallando en él síntoma alguno de ali-
vio, ni aún de vida, les dije:

—Me parece que esto se concluyó.

Y envié á su casa á M. Guyot y á su cuñado, que
tenían necesidad de trabajar al día siguiente. Cubrí y
abrigué sin esperanza al doctor, me senté á su mesa,
que estaba debajo de una ventana enrejada, á través de
cuyos cristales se percibían las estrellas, y abrí una
Biblia, en la cual no pude leer un versículo, porque

los gritos de mi conciencia y el miedo me turbaban la razón y la vista. El cansancio pudo al fin más que mi miedo, y ahogó la voz de mi conciencia, y el sueño rindió mi cabeza sobre el libro y cerró mis ojos, cuyos párpados humedecían las lágrimas.

Cuando me desperté el sol estaba ya sobre el horizonte, y me despertaba con la conciencia de que algo que mis oídos habían percibido era lo que me había despertado. Recordé mi situación y tuve miedo, convencido de que había pasado la noche con un muerto; me arriesgué por fin á volver la cabeza, y ví inmóvil bajo las ropas el contorno del cuerpo y las prominencias de los pies y de la nariz del doctor Vidal, cuya cabeza había yo cubierto con el embozo de la sábana superior. Sentí que el terror me paralizaba, y no podía separar mis ojos de aquel lecho, á través de cuyas ropas veían el cadáver del amigo desfigurado y descompuesto ya por la horrible muerte del cólera; pero de repente una alegría mayor que el miedo me hizo saltar de la silla; descubrí la cabeza del doctor y le hallé inundado en un sudor copioso; á la impresión del aire atmosférico suspiró débilmente y abrió poco á poco los ojos, cuya indecisa mirada apercibía aún mal los objetos. Fijóse al cabo en mí, reconocióme, sonrió y me dijo:

—El sueño me ha hecho mucho bien, y me siento mejor; me parece que el lunes podremos ver á nuestros enfermos.

Era miércoles; contaba con dos menos los días de su vida; pero entraba franca y rápidamente en el período de la reacción.

Avisé á Cabarrús, á quien conté lo sucedido y quien se encargó del Dr. Vidal; pero yo, al librarme del afán

febril de mi responsabilidad, me sentí sin fuerzas para continuar á su cabecera. Sentí un malestar indefinible: el Dr. Cabarrús me condujo á mi casa en su *coupé*, y yo me acosté, persuadido de que tenía el cólera. Escapé de él felizmente con un sueño letárgico de catorce horas y un descanso de dos días.

Hé aquí lo que sacó mi petulancia de haberme metido en tan científico atolladero.

Al cuarto día el Dr. Vidal se levantó, y al quinto salió en coche á visitar; pero despues de dos meses me dijo cabizbajo y apesadumbrado:

—Ni uno solo de los enfermos á quienes he administrado el medicamento... se ha salvado. ¿Hizo usted exactamente lo que le ordenaba mi cuaderno?

—Rayé con lapiz todas las líneas de lo que hice hasta las siete gotas del frasco 299.

—¿Y á cuántas horas de habérmelas administrado sobrevino la reaccion?

—No lo sé; yo se las dí á usted á las once de la noche, y... francamente... me dormí hasta las seis de la mañana.

—Pues no lo comprendo— dijo el doctor despues de un momento de reflexion.

Cinco meses más tarde se despidió de mí y fué al Havre á embarcarse para la Habana en compañía de una familia rica que necesitaba un médico para la travesía. Cuando en Noviembre de 1859 fuí yo desde Méjico á la isla de Cuba, unas Hermanas de la Caridad me contaron la honesta vida y la santa muerte, y me mostraron la modesta tumba del doctor Vidal. En la paz de su gloria le tenga Dios, y ojalá que por estas líneas sea su memoria venerada entre los hombres.

¿Tú crearás, mi querido Letamendi, que el caso, y

la partida y la muerte por fin del Dr. Vidal me curaron de mi manía, y escarmenté, y cesé de mezclarme en los negocios y de empeñarme en la amistad de los doctores sus colegas? Pues ahora verás y te reirás de mí.

Desembarqué yo en Méjico á primeros de Enero de 1855. A lo que yo iba y por qué no esperaba volver de allí, no es ahora del caso; pero como tú vivirás probablemente más que yo, lo encontrarás en mis memorias póstumas, escritas en el album que me regaló el Ateneo de Madrid; el cual he destinado á contenerlas, para no impacientar y quitar el tiempo con él á todos los hombres de algun valer, como lo han hecho conmigo los y las que con los suyos importunan á todo el género humano. En Méjico rodó mi vida de tan extraña manera, que mis mejores y más asíduos amigos fueron médicos, y la mayor parte catalanes, como por sus apellidos conocerás: el doctor Tort, los dos hermanos Puig y el doctor Sanchíz, valenciano, que es por la fabla lèmosina lo mismo casi que catalan. Tuve empero entre estos españoles un doctor Garroni, italiano, y un doctor Clement, francés, por amigos; y puedo decir de este último que por hermano. Era éste, como normando, listo y de clarísimo talento, de universal instruccion, de conversacion amenísima y de tanto conocimiento del mundo como sábio en su facultad, y sobre todo atrevido y habilísimo operador. Bueno y caritativo como el doctor Vidal, y capaz como Delmas de meter mano en las entrañas de cualquiera á quien alguna de las suyas no hiciera muy buen servicio. Tenía Clement dos hijas, de esmeradísima educacion, que hablaban las principales lenguas de Europa, que cantaban como la Sontang, tocaban el piano como dos Santas Cécilias, tenían la

casa de su padre como una taza de porcelana, y que, sin ser hermosas, eran con su trato el más honesto deleite de los hombres de buena sociedad. Clement era viudo; no tenía más que dos pasiones, su ciencia y sus hijas; y con él y con ellas comía yo una ó dos veces por semana cuando habitaba en la ciudad, lo que no era continuo. Clement tocaba vários instrumentos, y había añadido á un piano vertical unas láminas de cristal, unidas por dobles mazos á su encordadura, que producía unos sonidos de tan armoniosa combinacion como de extraña novedad.

Una *soirée* en casa de Clement, era un trasunto del Paraiso. Clement y yo nos teníamos por locos recíprocamente, y nos perdíamos en las más locas disertaciones sobre globos y locomocion aérea, geología, mineralogía y ciencias ocultas, en todo lo cual era él mucho más instruido y más versado mil veces que el ignaro poeta que te lo escribe. Admiraba yo su destreza operatoria, y llevábame él á veces consigo para explicarme algun caso raro ó para que le ayudase en esos servicios en los cuales es útil á un operador hasta el último estudiante de primer año; como asegurar el globo de un ojo cuya catarata hay que batir, lavar y retorcer y fajar el ombligo de un recién nacido, ó recibir en la jofaina el zaratan felizmente extirpado, cosas que no necesitan más que fuerza de voluntad y de estómago. Clement recibía y operaba una vez por semana á los pobres en su casa, y en ella y en estos días era cuando se servía de mí como de su más humilde y resignado practicante, seguro de mi pasiva obediencia y de mi pasiva aceptacion de todas las ingeniosas pullas y las cultas chanzas de que en estos casos me hacía objeto.

Una tarde, en su recepcion de pobres, operaba como

in anima vili en un indio atacado, mejor dicho, roído por un virus contagioso, una de esas horribles enfermedades con cuya inoculación el inoculado lleva consigo á sus quehaceres la destrucción en vida de su carne. Clement, con su audacia y su destreza de operador, había resuelto hacer la ablación de varias partes de su rostro, que el individuo tenía ya privadas de vitalidad. Teníamos al indio sujeto de pies y manos en el sillón; tenía-le yo la cabeza, y sufría él con el estoicismo propio de su raza los progresivos ataques del bisturí y de las tijeras de Clement. Éste, al comenzar su operación, había dicho que el indio necesitaba tapas, punteras y tacones, y habíale ya cortado la parte derecha del labio superior, haciéndole otro artificial con un losangre de la piel del carrillo, aduciendo la observación de que con aquella piel no le faltaría el bigote; habíale echado abajo la nariz, haciéndole otra con un triángulo de la piel de la frente, muy chata y con un sólo agujero para la respiración nasal. El indio sufría sin chistar y yo comenzaba á sentirme mal, cuando Clement, atacando con el bisturí su ceja derecha, vacióle el ojo derecho como el de un besugo, y me lo puso en el recipiente que yo tenía en mi mano izquierda.

Quedó horrible el indio con aquella cavidad cónica, sangrienta y vacía; y en este punto de la operación entró el ayuda de cámara á anunciar la visita del ministro de Italia, cuyo carruaje habíamos sentido parar á la puerta de la casa.

— Que pase — exclamó Clement.

Y entró en la antesala el diplomático italiano, á quien Clement dijo con la más cortés imperturbabilidad:

— Sírvase usted pasar á la sala con mis niñas mientras concluyo con mis clientes; pero permítame usted

que le presente de paso al famoso poeta español Zorrilla, que me sirve de practicante.

Miróme sorprendido y saludóme un si es no es amostazado el elegante y jóven florentino; devolvíle yo el saludo en silencio y enrojecido de sonrojo; pasó él al salon, soltó Clement la carcajada, y yo, dejándole continuar sus operaciones con el criado, me fuí despechado á lavar en la fuente del inmediato comedor.

Dos horas despues entraba por los linderos de la hacienda próxima á la capital, en donde me hospedaba, sobre mi pobre caballo bañado en sudor, y no volví á la ciudad en toda la temporada de verano, por no renovar el recuerdo de la ridícula posicion en que me había puesto mi afan de meterme en lo que no entendía.

Ríete de mí, mi querido Letamendi; pero más te reirás cuando en mi tercera carta veas lo que en su primera quería decirte tu viejo amigo.

III

Te he dicho que en Méjico me hospedaba en una hacienda próxima á la capital, y que tuve allí amistad con el doctor catalan D. José María Tort. De mi estancia en aquella y de mi trato con éste, voy á darte breves pormenores.

Dista aquella hacienda tres leguas de la ciudad de Méjico; y aunque en España bastára para mantener á una familia, tenía la el jefe de la que me hospedaba como puramente de lujo y de recreo; llamábanla los vecinos del inmediato pueblo de San Angel *La Haciendita*, y había la bautizado su primer poseedor con el nombre vascongado de Goicoechea, que nadie pronunciaba

correctamente, y quien más se le aproximaba decía Guicochéa. Consistía en una casa de dos patios y de dos pisos, un jardín, una huerta de media legua de extensión, cercada de tapias, conteniendo diez y siete mil piés de diversos frutales, y unos terrenos de magueyal adyacentes. El piso bajo, que formaba el primer patio, era una fábrica avanzada cubierta de espaciosa azoteas con vistas á Oriente: su segundo piso se elevaba sólo sobre su fábrica posterior, con balcones al Poniente sobre el jardín y la huerta, y con ventanas enrejadas al Oriente sobre las azoteas ó terrados. Puesta al arranque de la subida del monte de las Cruces, respaldada por las faldas de la Sierra-Madre, y recogiendo las aguas de sus vertientes, la haciendita era un oasis de frescura y salubridad. Desde sus avanzadas azoteas se veía todo el encantador panorama del Valle de Méjico, cuya capital, de blanco y rojo caserío, dentellado de agudos campanarios, se destacaba sobre el fondo azulado de las catorce leguas de agua de las lagunas de Chalco y de Tezcoco, como las ciudades de marfil que labran los chinos en esas maravillosas cajas, en las cuales nos envían los comerciantes de Canton un abanico de sándalo ó un pañuelo de nipsis de inconcebible labor.

En el piso bajo estaban el salon de recibimiento y las habitaciones del propietario y de su numerosa familia: las habitaciones del piso superior estaban destinadas á los huéspedes que los días festivos venían de la capital: eran una série de habitaciones atestadas de camas, una crujía de piezas sucesivas, cuyas dos extremidades cerraban al Sur la habitacion del administrador y al Norte la mia: la suya sobre las caballerizas, el tinacal, el establo y los gallineros; y la mia sobre el jardín y la loma escueta, primer escalon de la montaña; esto es: al Sur

la labor, el producto, la prosa positiva; y al Norte las flores, el aire vivífico por ellas embalsamado, el cielo purísimo, la luz, la poesía de la faz de Dios á través del sol y de los millares de estrellas de aquel cielo sin nubes, sin nieblas y sin caligine; pabellon trasparente de un valle colgado, como un pensil babilónico, á siete mil piés sobre el nivel del mar. Subíase á las habitaciones superiores por un caracol que desembocaba en la tercera pieza, cortada por un cancel que franqueaba é incomunicaba con el mio los vacíos aposentos de la derecha, dando por la izquierda paso á la antesala de mi cuarto; cuya descripcion de una y otro te voy á hacer, porque es necesaria para tu localizacion en la escena ridícula y temerosa que voy á narrar.

Esta antesala, sin mueble alguno, tenía al Poniente una ventana que conservaba sus puertas de balcon lo había sido, y que cerraba hasta metro y medio de altura la fábrica de un magnífico comedor saliente al jardin y añadido á la casa por su propietario mi hospedador. Por aquella ventana se salía al terrado del comedor, ostentosa pieza aislada por sus tres lados, alumbrada por diez grandes ventanas de medio punto y tres puertas avidrieradas; diez vanos laterales y tres de frente que la inundaban de luz espléndida y de ambiente cargado de aromas. Frente á la ventana se abría en esta antesala la maciza y barreada puerta de las azoteas, habitadas y defendidas por cinco enormes perros, á los cuales se tenía por bestias domésticas, porque ladraban incesantemente en aquella hacienda *pro domo sua*, pero á los cuales podía tenerse por bestias feroces por su rara vez acreditada domesticidad. En la pared de frente al caracol se abría la puerta de mi cámara; pieza cuadrada, con un balcon á la izquierda, con vista al jardin y

al comedor, cuyo muro lateral derecho formaba ángulo recto de Oriente á Poniente con el de mi cuarto y de la série de deshabitadas habitaciones que corrían de Norte á Sur. Mi ajuar se componía de un ordinario catre de red con dos gruesos colchones de riquísima lana, una anchurosa y antiquísima mesa de despacho adosada á la pared del Norte, una de noche entre ésta y mi modesto lecho, un armario-cómoda entre el balcon y la puerta, un lavabo de agua perenne á los piés de la cama, y una percha entre la puerta y aquel ángulo, de cuya percha pendían la escopeta Lefauchaux, el revólver americano y los avíos de caza, aumentados con un saquillo de balas, por si la caza se tornaba en escaramuza, segun las costumbres de los países habitados por nuestra inquieta raza; *talis pater...*

Y en aquel aposento, aislado del ruido y de la alegría de aquella rica y bulliciosa familia, pasé yo cuatro años largos, mi querido Pepe, y una vida muy distinta de la que el vulgo de allá y de acá suponían; una existencia ahitada de deleites de Cápua; extranjero tolerado en una tierra casi enemiga de España, desterrado voluntario de ésta en busca de una muerte que creí segura en aquélla, encerrando en mi corazon hondos pesares, que aún me atormentan, y en mi cerebro amarguísimas memorias, que nunca se borrarán de la mia. ¡Cuántas veces, apechado en la baranda de aquel balcon orlado de clemátidas y de bignonias, perfumado por los jazmines, las magnolias, los cactus y los huele-de-noche, entre aquel pedazo de florida tierra y aquel giron de estrellado cielo, he pasado largas horas con los ojos arrasados de lágrimas, esperando que atravesára bajando del cielo aquel ámbito de salubre atmósfera, el ángel silencioso de la muerte, miéntras el son de la

música, el rumor del baile y las palabras de los brindis llegaban á mis oídos desde los salones y el comedor de aquella alegre casa, en donde yo sólo era extranjero y yo sólo era mirado por mi reputacion como un pájaro extraño, arrojado por el viento de una tormenta á aquella region, que no era la suya! Allí conocí al leal y modesto doctor D. José María Tort, de las universidades de Barcelona y de Montpellier, el cual, con la sinceridad y abnegacion del español cristiano, dejaba su clientela de la capital para acudir en auxilio de aquella larga familia y numerosa servidumbre, en los tiempos en que las epidemias ó las enfermedades de la estacion no permitían á otros médicos, más célebres ó más interesados, correr tres leguas y perder seis horas para asistir á un individuo ó á un siervo de una familia amiga, á la cual no exigía extraordinaria remuneracion por tan extraordinario servicio. Tort y yo paramos en muy íntimos amigos; tenía yo todas las consideraciones que su saber y carácter merecían, y tenía él toda la gratitud que creía deber á un hombre que le ayudaba en la ocasion á unir los huesos de un brazo roto y le sustituía á la cabecera de un enfermo, seguro de que durante su ausencia no le faltaría el servicio del practicante más exacto y obediente á sus prescripciones; y ejercíamos á medias la medicina y la caridad, él como jefe y yo como delegado; sabedor él de que yo no había de abandonar al moribundo por miedo ni asco á un varioloso, á un tifoideo, cuyas emanaciones contagiosas apartaba de mí Dios, en cuyas misteriosas determinaciones no estaba la de mi muerte al lado de allá del Atlántico. Este era el lazo de mi amistad con el Dr. Tort: mi respeto á su ciencia y mi caridad, basada en una ignorada desesperacion. ¡Oh delicias de Cápua!

Quedábame yo solo en una hacienda meses enteros, mientras la familia vivía en otra ó en la capital, y administraba yo las prescripciones del buen doctor catalan á los indios en sus chozas y á los campesinos en sus rancherías. Dejábame él sus instrucciones por escrito, avisábale yo por un propio de los casos extremos, que tenían algunas veces funesto desenlace entre las oraciones y los brazos de un buen fraile francisco, capellan de la casa desde su exclaustacion. ¡Oh delicias de Cámpua! Cuantas veces, despues de acompañarle por entre las miserables barracas á auxiliar á bien morir ó á enterrar á un pobre, volvía yo á asomarme y á llorar, diciendo á Dios desde mi solitario y enflorado balcon: *Domine, usque quo?*

Y sucedió que un día, estando en aquella casa toda la familia, subió á mi cuarto un ebanista que en la hacienda trabajaba, laborioso maestro tomado á sueldo por el propietario, y que para él había hecho primorosas obras de ensambladura y de incrustacion, el cual me pidió un poco de tabaco para despejarse la cabeza, que dijo que sentía pesada. Observéle un momento, y la divagacion de su mirada, el abatimiento que su faz pálida demostraba, me infundieron una sospecha, en que me confirmó su boca pastosa, su pulso acelerado, su tosecilla incipiente, y la sed y cefalalgia que me acusó. Ofrecíle unas gotas de acónito, pero no quiso tomarlas porque le había dicho no sé quién que todos mis frascos contenían venenos; y tomando el tabaco que á pedirme había venido, fué dándose por servido; pero dejándome en la conviccion de que el tabaco que iba á sorber no atajaría la invasion del tífus que sus síntomas acusaban. Bajé á poco á su taller, donde á las dos horas no bastaron para hacerle permanecer ni su mora

al trabajo ni su fuerza de voluntad. Acostóse por fin, y á las cuatro de la tarde, habiendo sobrevenido las náuseas, los cólicos y los infalibles ruidos de la fosa iliaca derecha, previne al dueño de la casa que tenía en ella un caso de fiebre tifoidea, y que haría bien en volverse á la ciudad con sus hijos y su familia, enviándome al doctor Tort, víctima en estos casos de mi manía de entrometerme en sus atribuciones científicas y caritativas.

Dejéronme en Goicoechea con el inconsciente enfermo, el caritativo franciscano y el administrador con su servidumbre, y á la mañana siguiente llegó á las ocho el honrado catalan Tort, quien calificó de fiebre tifoidea la enfermedad. Trasladamos al paciente á la tercera habitacion del segundo piso, separada de la mia por mi antesala y el caracol, para aislarle y tenerle á mi cuidado; y siguieron mis caballos canelos trayendo y llevando á Tort cada dos días, sin que sus medicinas pudieran impedir á la enfermedad entrar en su segundo período; y aumentando sucesivamente el estupor, la sordera, la postracion y el delirio, y apareciendo por fin las petequias, las escaras y la exudacion, el buen padre ex-franciscano se tuvo que encargar de encomendar á Dios su alma, que abandonó su carne enferma al undécimo día de la invasion del mal. Acosó el miedo, inherente á semejantes casos, á los habitantes de la hacienda; ayudáronnos una buena india y dos medrosos criados á amortajar el cadáver; lavaron el cuarto con el agua del depósito de la azotea, y llevándose la cama, las ropas y los muebles de la tercera pieza, colocaron el muerto en su caja en mi antesala sobre una mesa; encendímosle cuatro cirios, velóle el fraile las primeras horas, y al cabo, á las once, quedó el cadáver en mi antesala, y

recogióse el padre en su aposento del piso bajo, y acostéme yo en el mio, rendido del cansancio de seis noches de insomnio; y en ese vago intermedio de la vigilia y el sueño, en las dos ó tres veces que entreabrí los pesados párpados, ví que me servía de lamparilla la luz de los cirios, que por debajo y por los intersticios de la carcomida puerta metían en mi aposento los desgarrados rayos de su trémula claridad, que no me impidió caer pronto en un profundo cuanto necesario sueño.

En lo mejor de él sentí que despertaba sobresaltado, con la conciencia de haber sentido rumor en la cámara mortuoria. Escuché, y percibí algo que no me expliqué; pero al mirar instintivamente á la puerta, me apercibí con terror de que un cuerpo opaco interceptaba á intervalos la claridad que pasaba por debajo de ella, como si álguien pasára entre mi puerta y los cirios. Yo tengo muchísimo miedo, mi querido Letamendi, pero tengo ménos miedo que vergüenza y que fuerza de voluntad; trémulo, pero resuelto, apliqué un ojo al hueco de la cerradura, por el cual no podía ver más que los bordes del centro de la caja, colocada en medio del aposento; pero miré y escuché con cuanta atencion me dejaba mi miedo y me permitía mi temblor: seguía percibiendo algo que se movía; pero nada pasaba entre mi vista y los cirios, y sentía más claro á cada momento aquel algo de que no me podía dar razon. De repente apareció en mi visual, y al otro lado de la caja en que el cadáver estaba depositado, una cabeza chata y belluda, con la cual se vino á rozar otra de cortas y empinadas orejas, y mi miedo se dobló y se centuplicó al comprender que los cobardes indios no habían cerrado al irse la puerta de la azotea, y que los perros estaban husmeando el cadáver. Comprendí que si aquellos feroces animales

llegaban á encentar la carne muerta, yo no podría impedir el destrozo del cuerpo, ni con mis gritos, que nadie podía oír, ni con mis esfuerzos inútiles contra cinco bestias de aquella fuerza y de aquella ferocidad. Encendí mi vela y comencé por meter dos balas en los dos cañones de mi escopeta; pero la puerta de la azotea estaba á la izquierda; y abriéndose la de mi aposento sobre aquel lado, tenía yo que abrirla y quedar al descubierto para hacer fuego, quedando á merced de los tres animales, aunque cayeran dos de mis dos primeros tiros. No hay nada que aguce tanto el ingenio como el miedo, ni que obligue á salir por los más vulgares medios de las más dramáticas situaciones; tenía yo, como cazador, algunas provisiones de tal; y haciendo cuantos pedazos pude del queso y del salchichon que en el zurron tenía, empecé á echárselos uno por uno á los perros, tirándoselos lo más cerca de la puerta de la azotea que me permitía el temor de que la emprendieran conmigo. Su olfato excitó su glotonería: corrieron sobre los pedazos, que yo lancé cada vez más léjos, fuera del umbral y dentro de la azotea; y en cuanto ví en ella á mis cinco enemigos, me arrojé á la puerta y corrí el cerrojo; pero al volverme y encontrarme cara á cara con el de cuerpo presente, me sentí acometido y dominado por el horrible miedo al muerto, que no había tenido al cadáver.

Y aquí recuerdo la exacta distincion que de los dos me hiciste en Barcelona, cuando fuimos el 69 á ver el primer caso de muerte de fiebre amarilla en la calle del Cármen; ante aquel muerto tuviste miedo y me dijiste: «el cadáver es el difunto que está bajo la jurisdiccion anatómica de la ciencia, y al cadáver no le tengo yo miedo; pero al muerto, amortajado, alumbrado y dispuesto para ser enterrado bajo la jurisdiccion civil y

religiosa... á ese sí que le tengo miedo y asco; vámonos.» Y nos echamos á la calle.

Y ahora me acuerdo del motivo principal que me impulsó á dirigirte mi primera carta. Por aquel tiempo, y en aquella y en otras epidemias, cumpliste tú con tu deber sin esquivar trabajo ni riesgo, y sin querer (un poco quijotesicamente) aceptar honra ni recompensa por tu abnegacion merecidas. Supe que te se había conferido la cruz de primera clase de la órden civil de Beneficencia por tus servicios prestados en aquella y otras épocas calamitosas, y me creí en el deber de escribirte la enhorabuena; pero era domingo; mi falta de memoria y la premura del tiempo me hicieron confundir tu correspondencia con la que debía escribir para el *Lunes de El Imparcial*, y á la una de la noche del domingo 11 tuve que dar tu carta para el periódico, lo que me ha obligado á revelar en él algunas de las ridículas situaciones en que su maniática ineptitud ha comprometido aquende y allende el mar á tu pobre amigo el prosáico poeta.

ALLENDE EL MAR



HABLO en mis cartas al doctor Letamendi de sucesos acaecidos en una hacienda mejicana, de catalanes por mí tratados en aquella deliciosa tierra, y de unos canelos míos que iban y venían en busca del doctor Tort, y viéneme á la mano la ocasion de decir algo más de aquel país, de aquellas haciendas y de otro catalan con quien, camino de una de ellas, me hizo topar aquel tronco de canelos; amigos con quienes viví encariñado, á quienes debí alguna vez mi salvacion, y de quienes, salva sea la memoria de los racionales, sentí separarme al volver á Europa, y todavía me acuerdo con ternura, á pesar de haber olvidado á muchos de aquéllos.

Innata y profunda es en mí la antipatía por los que no se apegan á sus domésticos animales, únicos seres que sin interés nos sirven y en la adversidad nos aman, y aquellos pobres canelos míos obedecían á mi voz, relinchaban y dejaban de comer al sentir mis pasos, y conocían mi mano sobre las riendas, hasta marchar desiguales y encapotados cuando la de otro sentían en ellas.

Y no vayan á pensar mis lectores porque tenía caballos que yo era tan rico en Méjico que tenía caballerizas y trenes, como aquí mis condiscípulos Willahermosa ó Abrantes; porque en Méjico hay más caballos que habitantes, y más carruajes que en el mismo Nápoles, donde no andan á pié ni los lazzaroni de la plaza del Mercado. El propietario de la haciendita de Goicoechea tenía ocho, y su señora poseía con sus hermanos, en una cercana á Querétaro, hasta cinco mil caballos alzados, como puede tener cien ovejas y cinco yuntas un labrador de Castilla. Para seguir en sus viajes de una á otra hacienda, y para vivir con quienes tenían cincuenta caballos en establo y trescientos en dehesa, no podía tener ménos de un tronco y dos de silla un hidalgo bien nacido que no montó jamás cabalgadura que con su dinero no haya sido pagada. Comprado había, pues, mis canelos á un tal Huijosa, mercader español, que me suplicó que se los sacára de casa cinco días ántes de quebrar, y que en los quebrados terrenos de aquel espléndido valle me hicieron, por cinco mil reales que por ellos le dí en dos plazos, un servicio que no pagáran cinco mil duros. Porque Méjico es un país alegrísimo, en el que hay que andar siempre en movimiento, ya en son de fiesta ó en priesa de fuga, segun el tiempo y las circunstancias lo requieren; y para dar idea de este Méjico y de esta vida de sus haciendas, voy á ceder á la tentacion de copiar aquí unos versos viejos de un viejo libro que pensé publicar un día, y que hoy pienso dejar póstumo, porque me he propuesto no escribir ni publicar más versos en un tiempo y en un país en que ya los hace hasta el más humilde anunciante. ¡Qué mil diablos! Si seguimos publicando versos, ¿en qué nos hemos de distinguir ya los que por poetas hemos pasado

hasta hoy? Pero como estos míos son viejos ya, bien puedo ingerirlos en la prosa de mis recuerdos del tiempo viejo, y allá van.

Como sociedad aún nueva,
nave que, poco lastrada,
el viento ó la marejada
á veces la trae y lleva,

Méjico es una nacion
típica, única, sin par;
pero móvil como el mar
y toda contradiccion.

Méjico es chuzon, sarcástico,
un pueblo característico;
incrédulo á un tiempo y místico;
guerrillero y eclesiástico.

Sin fe en nada, lo créé todo;
con tal de andar en funciones,
á toros ó á procesiones
acude del mismo modo.

Mas pone en todo tal arte,
da á todo carácter tal,
que nada hay que le esté mal
y algo siempre se reparte.

Cantador y jacarero,
cabalgador sin reposo,
cáe en gracia, y es gracioso,
y es alegre compañero.

Y el tipo, el carácter, eso
que el andaluz llama *sal*,
indígena, natural
de un pueblo alegre y travieso;
la chispa que heredó América
de España, y modificó
segun su tipo adquirió
con su poblacion numérica,

es difícil describir
y difícil de pintar
las reglas del buen juzgar,
sin arriesgarse á infringir.

Méjico es un sevillano
con costumbres de extremeño,
y que pone grande empeño
en no parecer indiano.

Majo de rumbo y buen talle,
come guindilla que abrasa;
es extremeño en su casa
y sevillano en la calle.

Caballista y campechano,
buen jinete y mal torero,
Méjico es un caballero
que se viste de jitano.

De alamares y de herretes
cubiertos, de plata y oro
chapeados, tienen del moro
y el picador sus jinetes.

Con sus sombreros jaranos
y sus zarapes flotantes,
parecen extravagantes
picadores africanos.

Y no hay ¡vive Dios! que echar
lo dicho por mala parte;
Méjico es un pueblo de arte,
gracia é ingenio sin par,
que al tomar para su uso
lo que de fuera le vino,
se lo apropió con gran tino
cuando encima se lo puso;
y al forjar su natural
dotes y vicios tan vários,
creados y hereditarios,
supo hacerse original.

Los mejicanos son prontos
de comprension, de muy claro
perspícuo ingenio, y es raro
hallar en Méjico tontos.

Aprenden, copian é imitan
con facilidad pasmosa;
para la más árdua cosa
grande afan no necesitan.

Así es que no tienen nada
en grande estima ni aprecio;
allí sólo el pobre es necio,
porque no ha hecho su jugada.

Las mejicanas son perlas,
y sin que se ofendan ellos,
el mejor de sus más bellos
lotes de Dios es tenerlas;
pues las mejicanas son
como las flores vistosas,
y tienen, como las rosas,
perfumado el corazon.

Las *chinas* son nuestras majas,
y con sus *náguas* de picos,
sus rebozos y abanicos,
y sus cinturas con fajas
cuajadas de lentejuelas,
calzadas de blanco raso,
su avio, donaire y paso
prueban bien que sus abuelas
se bañaron en la orilla
del Guadalquivir y el Darro,
legándolas lo bizarro
de Granada y de Sevilla.

Méjico, rico de tierra,
y escaso de poblacion,
tiene siempre algun rincon
donde se anda en són de guerra.

Pero es la guerra civil
la guerra de la ambicion,
polilla, roña y pulgon
de una tierra tan gentil.

Siempre hay en Méjico un bando
que en las capitales manda,
y otro que hace propaganda
y guerra contra su mando.

Allá en el cincuenta y ocho,
llevaban la tierra á saco
en la campaña el *chinaco*
y en la capital el *mocho*.

Pedía ésta religion
fueros y moralidad,
y el chinaco libertad,
justicia é ilustracion:

mas iban, y claro lo hablo,
tras de dinero los dos;
el uno en nombre de Dios,
y el otro en nombre del diablo.

Hé aquí por qué es árdua empresa
describir ni comentar
el carácter peculiar
de una nacion como esa;

pues ni es fácil darse traza
la verdad para decirla
lo suspicaz sin herirla
de su amor propio de raza;

ni fácil deslindar es
su garbo y rumbo bizarro
del derroche y despilfarro
que da con ella á través;

y audaz será quien emprenda
una descripcion galana
de una fiesta mejicana
celebrada en una hacienda.

Dejémosla, pues, para otro día, y detengámonos en la estéril llanura que rodea la población de San Juan de Teotihuacan, dos leguas más acá de Otumba (á quien los indios llamaron Ozómpam) y dos más allá de las pirámides de Cholula; las cuales sea dicho con perdón de los sábios y prehistóricos, y valga por lo que valiere la opinión de un poeta ignorante, son una prueba irrefragable de que la raza americana es egipcia y pasó á aquellas regiones por el estrecho de Bering, tal vez ántes que una catástrofe que le ensanchó, dándole las actuales dimensiones. Mas no discutamos sobre esto, porque yo dejo á cada cual el derecho de opinar como mejor le pareciere, y volvamos al arrabal de San Juan de Teotihuacan, donde hacía alto y mudaba tiros la familia que me hospedaba en la haciendita de Goicoechea, cuando iba desde ella á la de los Llanos de Apam.

Hubiera tenido el jefe de esta familia por deshonoroso viajar en la diligencia de Otumba ó de otro modo que no fuera en vehículo propio; así que, necesitando para su familia é invitados lo ménos tres carruajes, tendía en el camino, siempre que viajaba, cuarenta y cinco caballos, es decir, quince tiros en las tres postas ó remudas en que las diez y seis leguas de camino promediaba.

Situaba además en cada posta todos los caballos de silla necesarios para los criados y jinetes, que en su servicio y guarda acostumbraba á emplear; y pasada una posta, salían sueltos y *pastoreados* por los *caballerangos* los tiros que hasta allí nos habían conducido, con cuyo sistema y costumbre, cuando llegábamos á la tercera posta éramos un torbellino de polvo y de ruido, levantado por los tres coches, los quince ó veinte jinetes que os cercaban, más los treinta caballos de los tiros y los

treinta de los criados, que nos seguían sueltos como una banda de búfalos salvajes. Si un coche hubiera volcado, si un jinete hubiera caído, todos aquellos cuadrúpedos le hubieran pasado por encima; pero creo que teníamos, como las plazas de toros y las antiguas diligencias de España, una sección de la Providencia, destinada por Dios á conducirnos salvos á los Llanos de Apam; y este dios era sin duda el de los enamorados y borrachos, que salen siempre ilesos de los más difíciles y peligrosos atolladeros.

Mudaba, pues, la comitiva de tiros en Teotihuacan, y refrescábanse mis canelos á la orilla de un jagüey (estanque), en donde mis dos criados acostumbraban á esponjarlos ántes de darles un sorbo de agua y un puñado de cebada, para animarlos á trotar las veinte mil varas que nos faltaban para el término de nuestro viaje; conversaba yo y tomaba un bocado con las señoras, y contemplaba la operación que con mis caballos hacían mis criados un hombre alto y fornido, en quien, á través del traje mejicano que vestía, delataban por español sus espesas patillas y su sombrero montado sobre la oreja y ceja derechas.

Al cabo de larga y silenciosa observación, exclamó aquel hombre como hablando consigo mismo, pero en son de pregunta, por si mis criados la recogían:

— Esos caballos no son del país ni de mejicano.

— Son cruzados y de un español — dijo mi francés Próspero; que vivió cuatro años contento á mi servicio, y que murió al quinto de pesadumbre y de una hepatitis producida por el cognac.

— ¿De un español? — repuso el que lo parecía — me alegro mucho; caballos mejor cuidados no los he visto por aquí, y me alegro de que un paisano mio no

se deje poner la ceniza en la frente en esta tierra de jinetes y caballistas. ¿Y puede saberse el nombre del español dueño de estos caballos?

— Y puede que no haya español que no lo haya oído — replicó mi pobre francés Próspero, que tenía por mí la vanidad de que yo, á Dios gracias, he carecido siempre. — Estos caballos son de D. José Zorrilla.

— ¡Voto va Deu! — exclamó el catalan, que se declaró por tal con el que echó redondo. — ¡En-Surrilla! ¿el que ha escrito *Don Juan Tenorio* y *El Zapatero* y *el Rey*?

— El mismo.

— ¿Y viene aquí?

— Y es aquél que habla con las señoras que están en el segundo coche.

— ¡Hombre! pues dígale que aquí tiene un paisano que le daría un abrazo de muy buena voluntad.

Vínose para mí mi Próspero; y yo, que había oído el final de su diálogo con el catalan, fuíme para éste, que me dijo saliéndome al encuentro y mostrándome la estima en que me tenían anteponiendo á mi apellido la partícula nobiliaria de Cataluña.

— ¿Vosté es En-Surrilla, el que escribió el *Tenorio*?

— Yo mismo — le dije, tendiéndole mis brazos, al ver con la buena fe con que él me abría los suyos.

— ¡Voto va Deu! ¿Que vosté es En-Surrilla? Nunca creí que era vosté tan chiquito. Déjeme vosté que le abrace.

Y diciendo y haciendo me levantó en sus brazos, cogiéndome por debajo de los míos; y al abrazarle yo por el cuello, me apercibí de que sus ojos se arrasaban en lágrimas.

Miré yo al cielo á través de las mias por encima de

los robustos hombros de aquel honrado Hércules catalán, y dí gracias á Dios por haberme hecho nacer español, y bendije los versos que me procuraban aquel abrazo, en el cual se me revelaba á dos mil leguas de mi patria el cariño de su pueblo al extraviado trovador de los dos famosos sevillanos: Don Juan Tenorio y el Rey D. Pedro.

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA.

DE cuando en cuando aparecen y se destacan del fondo oscuro del abigarrado cuadro de estos mis recuerdos algunas risueñas y blancas figuras, que por breves instantes iluminan su nebulosa narracion. Una de estas lumíneas, poéticas y celestes apariciones, es la de Gertrudis Avellaneda; quien, evocada por la revolucion literaria de mi tiempo, la dió con su génio vigoroso impulso y con sus obras acusado carácter. Coleccionadas corren sus obras é impresa se lee su biografía; la maledicencia se ocupó de la mujer, la crítica de sus escritos, y la opinion ha hecho justicia de su memoria. ¡Paz á los muertos! Su recuerdo no cruza por entre los míos sino para bien, y hay de ellos una página en la cual está dibujada su imágen con líneas de luz y su nombre esculpido con letras de oro. Nada más noble, más grande, ni más digno del poeta que la evocacion de un muerto para glorificarle sobre su tumba. Gertrudis vino de Cuba, su patria, precedida de naciente reputacion.

En una de las sesiones matinales del Liceo se presentó *incógnito* en los salones del palacio de Villahermosa, y la persona que la acompañaba me suplicó que diera lectura de una composición poética, cuyo borrador me puso en la mano; yo dirigía aquella sesión, y pasando rápidamente los ojos por los primeros versos, no tuve reparo alguno en arriesgar la lectura de los no vistos.

Subí á la tribuna, y leí como mejor supe unas estancias endecasílabas, que arrebataron al auditorio. Rompióse el *incógnito*, y presentada por mí, quedó aceptada en el Liceo, y por consiguiente en Madrid, como la primera poetisa de España la hermosa cubana Gertrudis Gomez de Avellaneda.

Porque la mujer era hermosa, de grande estatura, de esculturales contornos, de bien modelados brazos y de airosa cabeza, coronada de castaños y abundantes rizos, y gallardamente colocada sobre sus hombros. Su voz era dulce, suave y femenil; sus movimientos lánguidos y mesurados, y la acción de sus manos delicada y flexible; pero la mirada firme de sus serenos ojos azules, su escritura briosamente tendida sobre el papel, y los pensamientos varoniles de los vigorosos versos con que reveló su ingenio, revelaban algo viril y fuerte en el espíritu encerrado dentro de aquella voluptuosa encarnación mujeril. Nada había de áspero, de anguloso, de masculino, en fin, en aquel cuerpo de mujer, y de mujer atractiva: ni coloración subida en la piel, ni espesura excesiva en las cejas, ni bozo que sombreara su fresca boca, ni brusquedad en sus maneras: era una mujer; pero lo era sin duda por un error de la naturaleza, que había metido por distracción una alma de hombre en aquella envoltura de carne femenina.

A mí, no viendo en ella más que la alta inspiracion del privilegiado ingenio, no me ocurrió siquiera que la debía las atenciones que la dama merece del hombre en la moderna sociedad; y la encontraba en el *Liceo*, en los cafés y en los teatros como si no fuera más que un compañero de redaccion, un colega y un hermano en Apolo. Admiraba sus producciones, asistía á las repetidas representaciones de sus dramas, y al caer el telon sobre aquella dramática situacion y aquel magnífico verso último del segundo acto de *Alfonso Munio*,

¡Tremenda tempestad!.. ¡mándame un rayo!

llamé la atencion de todo el público con el frenesí de mi entusiasmo, y reventé los guantes aplaudiéndola, como si ella ó la empresa me hubieran pagado para aplaudir. Llegó al fin un día en que de esta mi extraña conducta se presentó la ocasion de darla cuenta; y dándosela yo con la más cándida ingenuidad, la vanidad de la mujer cedió ante el amor propio del ingenio; y aceptando ambos el error cometido por la naturaleza al crearla, no nos acordamos jamás de los dos cuerpos en que nuestros espíritus se albergaban, y en una brillante serenata que me dirigió, imitando extraviada las extravagantes formas que por entónces daba yo á las mías, hizo girar, variándole en todas sus estrofas sobre este tema:

Tu alma y la mía son dos hermanas.

Mi vanidad de viejo me arrastra á citar entera esta mediana composicion, halagado y orgulloso de haber sido objeto del aprécio de aquel ingenio de tan verdadera valía en esta estrofa, calcada, mejorándomela, en una de las de mi poema de *Granada*,

¿Quién dudaría

Que, aunque se visten distintas galas,
Son dos hermanas tu alma y la mía?

Más que mi vanidad, mi obligación de rendir homenaje á cuantos ingenios contemporáneos míos creo en conciencia que no merecen olvido, me hace reproducir esta prueba de la sincera admiración que me inspiró mientras vivía, y del respetuoso cariño con que recuerdo muerta á la que fué sin disputa la más inspirada, correcta y vigorosa de las poetisas de nuestro siglo.

¡Ojalá que este mi recuerdo del tiempo viejo haga vivir el suyo un día más en la memoria de los hombres;

A LA POETISA CRISTIANA, EL POETA ÁRABE

CANTILENA MORISCA

I

Preludio

Instinto con que nace
cuanto en la tierra alienta,
arraiga ó se sustenta
con nutrición vital,
á todo sér le place
unirse al sér que admira,
y á ser con él aspira
más grande, más cabal.

Es ley del universo,
es gérmen de la vida:
toda existencia unida
á otra existencia va;
lo que en sentido inverso
va nadie sabe dónde,
con algo corresponde
que en su camino está.

Cuanto en el gérmen entra

del mundo y vivir debe,
el átomo más leve,
la larva más miliar,
su par girando encuentra;
y todo en él se apila,
se atrae y se asimila
unísono á la par.

El río caudaloso
que las llanuras baña,
de la áspera montaña
atrae al manantial;
el bosque rumoroso
que el valle umbrío alfombra,
las nubes con su sombra
atrée del temporal.

Al ruido de la olmeda
responde el de la fuente,
al del voraz torrente
el estruendoso mar:
al ruiseñor remeda
el burlador sinsonte,
al mugidor bisonte
el cazador jaguar.

Como siguiendo el rastro
del sol van las estrellas,
cuanto es, sobre otras huellas
encadenado va:
El astro en pos del astro,
la flor tras la simiente,

tras lo que fué el presente,
tras él lo que será.

Reclámanse simpáticos
los átomos acordes,
compiten los discordes
con su discorde són;
y de esta discordancia,
y de esta melodía,
compone su armonía
la inmensa creacion.

Y en ese cáos de átomos
unidos ó discordes,
dos átomos acordes
se suelen encontrar:
reclámanse, y unísonos
hallando sus acentos,
derraman en los vientos
un cántico á la par.

Dos aves, dos poetas,
dos ráfagas, dos fuentes,
dos ecos, dos torrentes,
no importa quiénes, dos
esencias que sujetas
á un sér, á una armonía,
un sólo instinto guía
una del otra en pós.

Yo así, poeta errante,
cual pájaro canoro

mi cántico sonoro
me escucho con placer:
yo así, viendo pujante
volar otra ave al cielo,
compito con su vuelo
y ensayo mi poder.

¿Quién osará culparme?
El ave en la floresta
reclámanla y contesta;
su instinto natural
la arrastra; yo arrastrarme
me dejó por el mío,
y la pujanza ansío
del águila caudal.

¿Quién osará mi estímulo
tachar de orgullo vano?
El endrinal villano
quisiera ser moral;
ser cedro fragantísimo
el enebral bravío,
la alga infeliz del río
ser rama de coral.

La yedra sin apoyo
ser álamo quisiera,
la caña ser palmera,
el césped alelí:
la fuentecilla arroyo,
el arroyuelo río,

diamantes el rocío,
y el pórvido rubí.

—
Cristiana poetisa,
yo quiero ser tu igual.
¿Qué descarriada brisa
no fuera vendaval?
¿Qué pájaro sinsonte
no fuera cardenal?
¿Qué matorral de monte
no fuera palma real?

II

CANTILENA

Sobre las blancas hojas de un libro peregrino,
tus cánticos, cristiana, llegaron hasta mí;
yo espero que los míos se buscarán camino
sobre este pliego errante para llegar á tí.
Al viento los esparzo; jamás se desparrama
semilla cuyo grano no prenda aquí ó allí;
yo fio en que mis versos te llevará la fama,
fiel mensajero siempre de cuantos yo la dí.
 ¿En qué este orgullo fio?
 Todo es el mundo así;
 el pedernal del río
 quisiera ser rubí.

Mil veces he leído los versos que me envías,
mil veces te he querido con otros contestar;
mas siempre con despecho rompí las trovas mías

que no podrían viendo las tuyas igualar.
 Cristiana, de tus versos las ricas armonías
 son gratas como historia contada en el aduar;
 las hojas en que escribes tus bellas poesías,
 en hojas se convierten de rosa y azahar.

¿Por qué te doy las mías?
 Porque con él al par
 las más pequeñas rías
 quisieran ser el mar.

Tus versos deliciosos trascienden á las flores
 que el sol de Andalucía produce en su jardín,
 y saben á las frutas que engendran sus calores,
 de América, tu patria, en el feraz confin;
 en cambio de tus versos, que en sus alegorías
 por suyos aceptaran Hairiri y Azz-eddin,
 me ordenas que te envíe mis pobres poesías,
 y enviártelas quisiera, Sultana, porque al fin
 el césped inodoro
 quisiera ser jazmin,
 ser ruiseñor canoro
 quisiera el francolin.

Mas ¿cómo quieres juntos que entonen sus cantares
 la tímida abubilla y el libre ruiseñor?
 ¿Ni cómo hán, en su vuelo, de mantenerse pares
 el cárabo rastrero y el rápido condor?
 Tú cantas, y te escuchan en todos los lugares;
 á los que tú celebras, tus himnos dan honor;
 yo canto, y sólo me oyen los árabes aduare,
 y á mí los que me escuchan me prestan su favor.
 Mas ¿qué raíz terrera
 no anhelará ser flor?

¿Qué flor cedro no fuera
de inextinguible olor?

—
¡Oh ruiseñor canoro que la floresta encantas!
¿por qué, envidioso, pides sus pios al gorrion?
¿Tú, asombro de las águilas que al zénit te levantas,
tú envidias en tu vuelo las alas del pichon?
Tú, cuyos almos himnos unidas acompañan
la lira de la Grecia y el arpa de Sion,
¿envidias el que sólo los bárbaros no extrañan
de mi morisca guzla desacordado són?

Negar me desconsuela
tu noble peticion;
mas nunca una gacela
podrá ser un leon;
ni ser un cedro seco
de sombra pabellon:
canta tú, pues; yo el eco
seré de tú cancion.

IV

SERENATAS

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE

Yo, al escucharte mecida en alas
del génio hermoso de las quimeras,
de tu *Granada* veré las galas
bajo el ramaje de sus palmeras;

y del Alhambra desiertas salas
veré que pueblan sombras ligeras,
miéntras al cielo tu canto exhalas
y va la luna cruzando esferas.

Luégo en pos tuya por los vergeles,
entre arrayanes, mirto y laureles
á tu Moraima pura
diré el secreto
que el céfiro murmura
volando inquieto;
y en torno flores
se abrirán al suspiro
de tus amores.
Vate armonioso,
por sólo un eco de tus cantares
que placer vierten tan misterioso,
yo te daría
las perlas todas de índicos mares,
las flores todas de Andalucía.

EL POETA ÁRABE Á LA POETISA CRISTIANA

Sirena ardiente, fascinadora,
cisne canoro del Mediodía,
reina del canto dominadora,
hija del génio de la armonía,
lanza triunfante tu voz sonora,
rival no tiene tu poesía,
ni puede, débil competidora,
seguir sus giros mi fantasía.
Mas, ¿qué lazo ata nuestros dos séres?

¿Sabes decirme por qué misterio
imán oculto de mi alma eres?

¿Por qué mi orgullo cede á tu imperio?

—
Garza pujante que al cielo subes
y que te cierne sobre las nubes,
allá en el éter donde te ufanas,
pregunta á alguno de los querubés
si nuestras almas son dos hermanas.

La mía á tu voz siento
que se estremece,
y juzgo que tu aliento
me pertenece;
mas ya te escucho:
canta tú, que yo en vano
contigo lucho.

Sirena hermosa,
por sólo un eco de tu inspirada
voz que las auras más melodiosa,
yo rompería
todos los cantos de mi *Granada*,
todas las cuerdas del arpa mía.

—
Tú te enalteces, génio brillante,
á do los astros tienen asiento;
luz da á tus ojos el sol radiante,
y Alá fecunda tu pensamiento;
y cuando vuelves, hada triunfante,
de las regiones del firmamento,
de tu voz toman su voz sonante
cuantos murmullos dan voz al viento.
Mas ¿qué misterio de nuestra esencia
nuestros dos séres identifica?

¿Por qué mi orgullo, sin resistencia,
ante tu gloria se sacrifica?

Génio á quien dieron las nubes cuna
vigor el rayo, color la luna:
según me exaltan tus soberanas
inspiraciones, sin duda alguna
que nuestras almas son hermanas.

Aguila que á las nubes

llevas tu vuelo,

plumas para mis alas

pídele al cielo.

De otra manera,

seguirte no me mandes

hasta tu esfera.

Bella sirena;

por seguir siempre tu alma inspirada

y oír tu canto que me enajena,

yo olvidaría

todos los versos de mi *Granada*,

toda mi tosca ruin poesía.

LA POETISA CRISTIANA AL POETA ÁRABE

Muy jóven eras, de mí distante,
del mundo acaso desconocido,
cuando de pronto voló vibrante
de tu arpa un eco que hirió mi oído.
¿Por qué, responde, de aquel instante
La impresion grata jamás olvido?
¿Por qué en la tierra, vagando errante,
doquier de tu arpa seguí el sonido?

Es que un alma fraterna
reconocía
mi alma, y con voz interna
la respondía :
así, sin verte,
ya entre las dos mediaba
vínculo fuerte.
¡Génio fecundo!

Sentí yo entónces lo que hoy columbras,
lo que ni aún ora comprende el mundo.

Sí, ya sabía
que sin la gloria con que deslumbras
de tu alma hermana nació la mía.

—
¿Y tú me dices que encumbre el vuelo
y que á querubes de altiva ciencia
preguntar ose si puso el cielo
en nuestros génios la misma esencia?
Si de dudarlo nació tu anhelo,
yo, más dichosa, tengo evidencia ;
que aunque las cubra distinto velo,
un alma habemos y una existencia.

Yo, si en tí cabe duda,
puedo afirmarlo,
aunque al cielo no acuda
para indagarlo.

Pues miro y siento
que es gemelo del tuyo
mi pensamiento.

¡Vate divino!

Si cada acento que ardiente exhalas
yo lo comprendo, yo lo adivino,
¿dudar podría

que, aunque se vistan distintas galas,
son dos hermanas tu alma y la mía?

—
Por eso entrambas de amor ajenas
con lazos se unen de más valía,
y del cariño fraterno llenas
entrambas viven de poesía.

Aun á distancia partir sus penas
sabrán ¡oh amigo! cual su alegría,
y de este mundo saldrán serenas
dejando un rastro de su armonía.

Las dos una fe tienen,
un Dios adoran,
y de una patria vienen
y al par la lloran.
Así, en su vuelo,
juntas saldrán triunfantes
Del triste suelo.
¡Vate sublime!

Cuando en él suelten la vil escoria
del frágil cuerpo que las oprime,
verás que ufanas,
allá ceñidas de eterna gloria,
se dan los brazos las dos hermanas.

V

DESPEDIDA

DEL POETA ÁRABE Á LA POETISA CRISTIANA

Cristiana, tú lo dices: espíritus hermanos
las almas que se albergan en nuestros cuerpos son;

tú debes de saberlo: vosotros los cristianos
abris todas las puertas que tiene el corazon.
Aláh nos da á nosotros la fe y la poesía,
las ciencias á vosotros que alumbran la razon;
nosotros adoramos lo que su mano cría,
vosotros en el cáos buskais su creacion.

Mas aunque sea cierto
que tan distintos son,
¿no habitan el desierto
el corzo y el leon?

Aunque con otro aliento,
plumaje é intencion,
¿no viven en el viento
la alondra y el halcon?

—
Cristiana, ¡Aláh bendiga tu canto peregrino!
Cual cae sobre las flores rocío matinal,
así cayó en mi alma, y á tu cantar divino
unísono mi acento correspondió leal.
Los árabes creemos que el cielo granadino
sostiene al paraíso con su arco de cristal:
tu canto, que en las áuras de Andalucía vino,
mi alma oreó cual brisa de mi país natal.

Mas si del tuyo al lado
te escribo un canto tal,
¿no arraigan en el prado
el olmo y el moral?

y aunque de entrambos no hacen
estimacion igual,
¿dentro del mar no nacen
el alga y el coral?

—

Cristiana, ¡Aláh bendiga tu noble cortesía!
¡Aláh por tu memoria te acuerde galardón!
A tí, que has celebrado mi pobre poesía;
á tí que has consolado mi triste corazón;
á tí, que no desprecias al árabe salvaje;
á tí, que no desdeñas su fraternal union,
cristiana, á tí mis versos te envío en homenaje:
son flores del desierto, mas de mi alma son.

Cristiana, Dios ha dado
sus alas al halcon,
sus árboles al prado,
sus fuerzas al leon;
mas hizo de una cosa
mejor al hombre dón:
de un alma generosa
y un noble corazón.

HERMOSAS Y JOROBADOS



AS dos individualidades de la raza humana de quienes yo más me he esquivado, son las mujeres hermosas de solemnidad y los jorobados de nacimiento. Una hermosura indiscutible, una belleza de punta, la reina de la hermosura, aceptada como tal en la corte, en la provincia, en el pueblo, en la familia, me pone siempre sobre mí al ser presentado á ella; y cuanto más hermosa la veo, cuanto más justa me parece la primacía que goza, más me preparo á defenderme de las relaciones y compromisos sociales que mi posición, mi educación ó mi reputación pueden conducirme á contraer con ella, su familia, sus amigos y sus adoradores, y más esquivo su intimidad.

Lo primero que me ocurre, y es lo más lógico que haya acontecido, es que la madre de aquella hermosísima mujer, viendo desde niña el desarrollo de sus formas y el perfeccionamiento de su belleza, no ha sabido decirle más que ¡qué hermosa eres! ó ¡qué hermosa

vas á ser! En la natural satisfaccion y en el orgullo natural de verse padres de tan linda criatura, los suyos suelen no cuidar más que de perfumar y colocar su rica cabellera del modo que más favorezca la luz de sus ojos y el tinte de su tez; de destinar ó economizar, segun su posicion, la mayor cantidad para ataviarla; de presentarla ántes de tiempo en sociedad; de hacerla, en fin, prematuramente mujer, para verla adquirir pronto el primer puesto que su vanidad paternal cree que merece en los saraos y los convites á que piensan llevarla. Así halagada desde niña, llega esta belleza sin rival al apogeo de su hermosura, al pináculo de su fama, y á los extremos de la admiracion y del aplauso, sin haber pensado más que en su personalidad; sin haber fiado su porvenir más que en su imparejable belleza, y sin tener jamás presente, tal vez sin haberlo sabido nunca porque nadie ha tenido la prevision de hacérselo saber, que la más efímera de las cualidades de la mujer es la hermosura.

La mujer hermosa de solemnidad, si adquiere tal vez esa educacion de adorno que sirve para brillar en los salones, la música, el baile y alguno que otro idioma, no posee ninguno de los conocimientos necesarios al cultivo del corazon, al dominio y direccion de las pasiones, á la práctica de las obligaciones y de las virtudes domésticas que la mujer nace destinada á necesitar, para ser colocada en la suprema dignidad de madre de familia, á que vino á elevarla Jesucristo, y por la cual influye tan directa y poderosamente en las costumbres de las sociedades modernas. La casa, su gobierno, su orden, su economía, su decoro, su honra: éste es imperio de la mujer; y desde el santo trono del hogar honrado da á la patria hijos preparados para ser sábios ó

valientes, y á la sociedad hijas dignas de la clase y de la religion en que nacen. La mujer hermosa de solemnidad, Narciso-hembra que no se ha ocupado más que de la admiracion de sí misma, satisfecha de reinar en el círculo en que vive, suele tener toda la altivez, la impertinencia y el exclusivismo de las reinas de nacimiento y de derecho divino, que sólo conocen de sus vasallos á los que vienen á hacerlas adulatoras y servirles zalemas, teniéndose por dignas de todos los respetos y convencidas de que todo se lo merecen. Cuando yo no he podido esquivar el ser presentado á una de estas hermosuras de primer orden, *di primissimo cartello* y á *perfetta vicenda*, he tenido mucha cuenta de mostrarme lo más admirado, lo más absorto, lo más encantado de su hermosura, y he pedido yo mismo su album para librarme de que me le envíen y salvarme cuanto ántes de la tiranía de la belleza soberana, á quien generalmente no he vuelto á ver por causa del asídúo trabajo con que estoy obligado á ganarme la vida, por lo huraño de mi carácter, por mi escaso instinto social, etc.; en estos casos me guío por la regla contraria á la de los casos de honra, y es que nada me importa quedar mal con tal de salir bien — y yo creo que salgo bien cuando me puedo salir de cualquier modo del círculo de la influencia de una mujer de única, suprema é indisputable hermosura — y se la recomiendo para modelo á los pintores y escultores mis amigos.

Y vamos á mis jorobados.

Estos asombran y contristan á sus padres desde que al salir del seno materno presentan á sus ojos aquella deforme desviacion de la línea natural de su espinazo. No por esto la madre deja de amar aquella monstruosa

prenda de su amor conyugal; pero ama y acaricia con tristeza á aquel sér á quien está segura de que no han de ver con simpatía sus hermanos, y á quien cuanto más crezca más objeto de mofa va á ser entre los niños sus compañeros, de desden para con los hombres y de desamor para con las mujeres. Por mucho cariño con que sus padres y su familia le traten, por mucha consideracion que sus maestros obliguen á tenerle á sus condiscípulos, por discreta y bien educada que sea la sociedad que frecuente, niño, colegial ú hombre, no puede ménos de apercibirse de la primera mirada de extrañeza ó de compasion que echa sobre su joroba todo aquel, hombre ó mujer, á quien es presentado; esto en el caso de que no haya tenido que soportar la perpétua befa de muchachos de mala índole y de gentes mal educadas. La tristeza que á sus padres ha infundido su curvatura dorsal, se trasmite naturalmente á su alma, crece entre el cariño inexcusable de sus padres y el respeto forzado de los extraños; pero si la chacota de los mal criados, la brutalidad de los fuertes y el orgullo de los *bien hechos* le han revuelto continuamente la bilis y han excitado en él las malas pasiones, con cardenales en su joroba y heridas en su amor propio, la primitiva tristeza va convirtiéndose poco á poco en amarga melancolía, en reconcentrada ira y en perpétua sed de venganza.

Las perfecciones que á su cuerpo negó Dios suelen estar compensadas con la lucidez de su entendimiento, la rectitud de su juicio y la perspicuidad de su inteligencia; y estudia y cultiva su espíritu, y se prepara á contrarrestar la fuerza con la destreza, la agresion con la prevision, y á dominar con la inteligencia el atrevimiento de la sandez y de la mala crianza, y á devolver

befa por befa, escarnio por escarnio, aceptando por enemiga traidora á la sociedad, á quien no va á poder tener por amiga sincera. Los médicos higienistas suelen aconsejar á su familia cuando es muchacho, y á él cuando llega á hombre, los ejercicios corporales y la gimnasia para robustecer, ya que no para enderezar, su mal acoyunturado cuerpo; y sus piernas y brazos desmesurados, y la concentracion de la fuerza en el espacio desde sus clavículas á su horcajadura, acortado y ensanchado por la doble curvatura de su esternon y de su espinazo, le dan una doble ventaja de longitud y de respiracion en una sala de armas, á más de la fascinacion que ejerce un jorobado sobre su adversario en el terreno de un duelo, de lo cual aduciré despues un ejemplo al completar estas reflexiones con un relato.

¿Dónde hay tormento, ni entre los del infierno y purgatorio del Dante, como el que debe sufrir un corazon noble, generoso, tierno y enamorado colocado entre las costillas y el esternon de un jorobado?

Porque yo quiero suponer que una mujer hermosa, jóven y buena pueda aceptar el amor de uno de estos mal contornados individuos de nuestra raza; pero mientras el jorobado conquista y merece este amor, y despues cuando pasa á ser su mujer legítima, ¿qué infierno de dudas, qué cráter de iras no debe de surgir y de fermentar en aquella alma encerrada en aquel cuerpo, ocasion de las dudas, los sarcasmos y las osadías de todos los incapaces de creer en la lealtad y en la dicha de aquella union de la hermosura con la deformidad?

Y una mujer, hermosa ó fea, al cruzar las calles ó los salones del brazo ó acompañada de un jorobado marido, ¿cómo no ha de comprender, de adivinar, casi de leer los pensamientos de todos los circunstantes, los

anhelos de los hombres y los hastíos de las mujeres? Y ¿cómo puede encontrarse en tal situación un infeliz jorobado sin desear sentir en su diestra un látigo ó un florete para castigar aquellos libertinos deseos, aquellas injuriosas suposiciones y aquellas observaciones infames, hechas á media voz detrás de la seda del clac ó del paisaje del abanico?

Y una noble y santa mujer hermosa, que por razones de familia, por salvar la honra de su padre, por accidente posterior sobrevenido al hombre que eligió por esposo, ó por amor verdadero y leal al alma cariñosa y grande aprisionada por Dios en aquella corcovada humanidad, ¿cómo arrostrará en el salon y en la calle la general maledicencia, y la universal y vulgar incredulidad? Porque ella, por torpe ó despreocupada que sea, no podrá ménos de comprender que en nuestra sociedad pretenciosa y vanal, descreída y supersticiosa, fisolófica y flamenca, hay miles de imbéciles que se creerán con derecho de erigirse en jueces de sus más íntimos sentimientos y de sus más recónditas sensaciones, y que darán por venal hipocresía su noble sacrificio voluntario, por encubridor de una adúltera concupiscencia su amor sublime, y hasta por ilegítimos los hijos derechos nacidos de su recta union con un jorobado.

Hacen bien éstos en precav erse contra la sociedad: yo los he mirado siempre con compasion y con respeto, y he conocido á más de dos que han hecho temblar á más de dos Hércules, y arrodillarse á más de dos Anti-noos temidos de los hombres y queridos de las mujeres. — Aún vive tal vez uno perteneciente á una de las más ilustres familias de España, tan prevenido contra los necios y los atrevidos, que ni Cárdenas, ni Valleras,

ni Monreal, ni Julian Romea, ni ninguno de los que por los años de 42 al 47 nos preciábamos de tiradores de pistola, pudimos, nó aventajarle, sinó igualarle en seguridad ni destreza; y hé aquí para prueba su tiro de apuesta: colocaba sobre la barra vertical un duro; sobre él dos piezas de dos cuartos; sobre ellas otro duro, y sobre éste otras dos piezas hasta seis duros; y afinando sus tiros por cuartos de bala, levantaba todos los duros sin tocar á los cuartos que los sostenían. Este jorobado llevaba el apellido de la casa de H., y sobrina ó cercana parienta suya debe de ser una duquesa tan espléndida como buena moza.

Pero por echármelas de observador he divagado apartándome de mi intento, que era un episodio de la historia del jorobado conde de N., que quedará para el siguiente número.

II

Corrían para mí tranquila y alegremente los días de Junio de 1846. Entretenían y abreviaban sus horas los amenos estudios históricos de mí malhadado poema de *Granada*, y distraían mis noches los para mí nuevos entonces espectáculos de París. Era la primera vez que no tenía que afanarme para buscar mi pan cotidiano, porque los que por mí y mi *Granada* se interesaban, subvenían decorosamente á mis gastos; y aquellos cuatro meses son los únicos de bienandanza que cuento en los años de mi existencia. Trabajaba durante el día en una obra de mi gusto, por mí elegida é ima-

ginada, y no forzada ni impuesta por editor ni empresario; y esparcía mi ánimo desde el anochecer á la media noche vagando por aquellos teatros y jardines, que constituyen el paraíso de los tontos para explotar sus bolsillos, pero en los cuales ha habido siempre un fondo de arte y de poesía, en que se apoya el mundo fantástico de ilusion que brota y fermenta en la atmósfera de la capital de Francia. Entónces como ahora, sobre el cieno social y las tinieblas del vicio, se alcanzaba allí á ver el resplandor del arte y la luz de la ciencia; porque París es como una arca de doble fondo, como un infierno bajo un paraíso, en donde el tonto entierra vergonzosamente su pasado y su porvenir, su vida y su dinero en la orgía de un inmenso lupanar; pero el hombre inteligente, imágen y semejanza de Dios, extrae de aquel caos, á la luz de la esperanza que alumbraba sus vigiliás, su nombre puro y las creaciones encantadoras, y los beneficios humanitarios del progreso de la ciencia y del arte.

Habíame venido recomendado de Bordeaux, por amigos valiosos de mi padre, un español emigrado, mozo y rico, calavera y carlista, á quien su padre, amigo del mio (y como él adherido en cuerpo y alma al primer D. Carlos Pretendiente y segundo Carlos V de España), pasaba fuertes mesadas, para que en la emigracion se mantuviera y no pensara en volver á Navarra, su patria, donde galanteos extremados y rivalidades políticas le habían hecho héroe de extremadas fechorías y de mal olvidados desafueros. Llamábase Fermin (sin apellido en este relato); tenía el grado de coronel en el disuelto ejército absolutista, veintinueve años, un cuerpo robusto y un bolsillo repleto; con lo cual llevaba consigo el tesoro inagotable de la alegría de la juventud

y la osadía farfantonada del militar rico. Su padre era un opulento hacendado, y él un buen mozo, con todos los defectos y las pretensiones de un chico mal criado, un poco adelantado con las mujeres y un algo más atrevido con los hombres, pero de un corazón excelente y de una arrogancia capaz de recibir consejos pasada la exaltación primera, que daba siempre lugar á la reflexión. Tal era mi Fermin: y tal como era, era un compromiso viviente, y el andar continuamente con él un continuo riesgo de meterse en un berengenal, y con efecto, dimos en uno por fin.

Un doctor, Delmas Hippolite, de quien hablo en otro lugar, médico francés que conocía su París al dedillo, nos acompañaba de día las horas que su profesión le dejaba libres, todas las tardes á comer y algunas noches hasta no muy tarde, porque no era trasnochador.

Comíamos á escote, condición francesa que había puesto Delmas, que era un hombre muy delicado y pundonoroso, y comíamos donde la hora de comer nos cogía; en la barrera Rochechouard ó en el bosque de Boulogne, en San German ó en Versalles, en el boulevard Beaumarchais á dos francos, ó en el de los Italianos á dos lises. Fermin, que acostumbrado al vino navarro de las bodegas de su padre, bebía como limonada el Bordeaux, no se embriagaba nunca, pero se excitaba siempre; porque como rico y pretencioso, quería regalarnos diariamente con una botella de Sillery-mousseux, que era el Champagne que prefería.

Empezábamos una tarde nuestra comida, en el último saloncito de cuatro mesas del café inglés, delante de una ventana que sobre el boulevard de los Italianos se abría. Delmas, celoso del buen crédito de los viñedos franceses, había ido haciendo probar á Fermin

varios de esos vinos no famosos, pero con razon apreciados y con delicia bebidos por los *burgueses* parisienses, y gustaba Fermin saboreándose un viejo *Moulin-à-vent* que por primera vez le presentaba el doctor, cuando una ligera briska tirada por dos bayos húngaros vino á pararse y á echar ante la puerta del restaurant á la más hermosa mujer que hasta entónces habían visto mis ojos, acompañada de un caballero vestido de negro, en quien no tuvimos tiempo de fijarnos, atraídos y absortos por la belleza de aquella femenil aparicion.

Mientras el doctor observaba doctoralmente que en París se veían las más hermosas mujeres del universo, y mientras Fermin y yo contemplábamos aquél perfectamente emparejado tronco de bayos-lobos, dignos por su finura y gallardía de su incomparable propietaria, entró ésta en el aposento, haciéndonos volver á mirarla con el rumor de la crujidora seda de la falda de su vestido y el suave perfume de que impregnó el ambiente al atravesar la estancia, para ocupar la mesa del rincon del fondo opuesto al nuestro de la ventana. No debió ella extrañar, ni de notarla dió muestra exterior, nuestra insistencia en admirarla, acostumbrada como debía de estar á ser admirada; ni el extraño compañero que traía se dió por entendido de nuestra insistente admiracion, ni pareció comprender las altas y demasiadamente claras palabras con que su admiracion manifestaba mi compatriota Fermin. La educacion nos hizo á Delmas y á mí coartar nuestra ya inconveniente manifestacion admirativa; pero Fermin, con la presumida petulancia de buen mozo y de valiente, comenzó á flecharla sus asesinas miradas, y á decir en castellano lo que á la boca le venía en pro de la hermosísima recién llegada y en contra de su compañero, en quien

no podíamos ménos de reparar al fin, y formaban, en verdad, ambos la más desaparejada pareja del mundo.

Era ella alta y esbelta, y de al parecer correctísimas proporciones. Su busto escultural, flanqueado por dos brazos de intachable dibujo, sostenía sobre su gallardo cuello una cabeza de Juno, coronada de una abundante cabellera; cuya mata central sujetaba en su vértice una peineta condal de puntas perladas, y cuyos rizos orlaban abundosos sus sienes, serpeando en bucles sobre sus hombros. Cortaban su frente despejada y nacarina dos cejas tan finas como espesas, y entre sus párpados, rematados en ricas y largas pestañas, se movían dos pupilas turquíes, tras de las cuales brillaban dos chispas de la luz del paraíso.

El que la acompañaba, y de quien sólo veíamos el escorzo de la cabeza, con su oreja derecha, el pómulo saliente de su mejilla y su diestra mano, que manejaba el cuchillo con notable distincion, trinchanto con admirable destreza, era un hombre de cuya estatura y conformacion completa no se podía juzgar, porque desfiguraba su dorso una joroba, no descomunal ni dislocada, pero suficiente para desencajar el más proporcionado conjunto de humano individuo.

Vestía todo de negro, rebosaban sus movimientos aristocrática distincion, apoyaba sus piernas con seguridad en el pavimento, sus piés enjutos estaban primorosamente calzados, y la mano que veíamos era larga y huesosa, pero fina, blanquísima, y de cuidadas y acanaladas uñas. Parecía, en suma, un hombre perfectamente educado y correctamente vestido, pero cargado por la naturaleza con una joroba que envilecía la nobleza de su representacion personal. La mujer nos daba la cara y el jorobado la espalda, mejor dicho, la joroba;

uno y otro hablaban francés con el criado, y aleman entre sí; lo ménos y lo mejor que de ambos dijo en español mi desataentado Fermin, fué que ella era una ondina escapada de una laguna helada de Escandinavia, y él el Gnomo que la guardaba; porque la hermosa permaneció fría é impasible á todos los avances del desatinado Fermin, y sordo el jorobado á sus ya casi insolentes y provocadoras palabras.

Ellos tomaban en su mesa una especie de tente en pié, preparativo para más tardía comida, compuesto de unas pequeñas codornices asadas y una multitud de golosinas, regadas con una botella de Kænisberg, cuyo empolvado vidrio y cuya colocacion cuidadosa en una salvilla de plata acusaban derechos á una respetable antigüedad. Nosotros hacíamos una formal comida, en la cual la presencia embriagadora de aquella desconocida y las contínuas libaciones del *Moulin-à-vent*, comenzaban á poner la cabeza de mi compatriota Fermin en una exaltacion que veía yo crecer con recelo. Los dos extranjeros hablaban bajo y en aleman; y nosotros, sobre todo Fermin, alto y en español, que el doctor Delmas chapurraba, aprovechando nuestra compañía para perfeccionarse en él, como buen francés que no perdía ripio.

La hermosa y el jorobado comían serena y pausadamente, sin ocuparse de nosotros: Fermin se desesperaba de que la mujer no se apercibiese siquiera del fuego de sus baterías, y Delmas y yo le suplicábamos sin cesar que se moderase; porque aunque los dos extranjeros no comprendieran una palabra de español, era imposible que no les chocase al fin la entonacion mofadora y provocativa, la impertinencia de su risa y sus miradas, y la infraccion sobre todo del buen tono, que general-

mente reina en los establecimientos de primer orden.

Trajeron, por fin, el Sillery para nosotros, y la cuenta para el jorobado: destaponó Fermin su botella al tiempo que éste, tomando su sombrero, nos dió la cara para salir del gabinete, mostrándonos la recia contes-tura de su ancho pecho y la roseta de gran cruz de la Legion de Honor en su hojal; y cuando iba Fermin insolentemente á ofrecer su copa á la imperturbable ondina escandinava, oimos con asombro al jorobado que le decía en buen castellano, aunque con acento francés y con la más desdeñosa sonrisa: «Caballero, aunque la española no es ya una lengua tan comun en Francia como en el tiempo en que no se ponía el sol en los do-minios españoles, no debe de hablarse delante de perso-nas á quienes no se conoce, y en ninguna debe decirse lo que Vd. ha estado diciendo, y de lo cual felizmente no ha comprendido una palabra esa señora que ha sa-lido delante de mí, y que es mi mujer. Pero como casi todo lo que usted ha dicho ha sido absolutamente ofen-sivo para ella ó para mí, aquí tiene usted mi tarjeta y las señas de mi casa, y espero que me dé Vd. la suya, para que si mañana no recibo noticias de V., pueda yo írselas á pedir.»

Los cuatro estábamos de pié: Delmas pálido, y yo rojo de vergüenza; pero Fermin, cuya audacia crecía con el riesgo, no cambió su tono chungon al cambiar su tarjeta con el incógnito; y poniéndole la punta del índice en la joroba al dársela, le dijo: «No pase usted mala noche en la incertidumbre; mañana á las doce, porque teniendo tan hermosa mujer se levantará usted tarde, irán estos dos amigos á visitarle en mi nombre, y haga Vd. cuanto pueda, pimpollo, porque no pueda yo ir solo á aspirar el aroma que exhala aquel boton de

rosa que le dió á Vd. Dios por mujer para condenacion de ella.»

Tomó el jorobado la tarjeta de Fermin con una sonrisa que me enfrió el corazon: echóse á reir Fermin apurando su copa, y partieron los bayos húngaros arrastrando hácia los Campos Elíseos aquella doble aparicion de Venus y Polifemo, á quien designaba como conde de N... la tarjeta del jorobado.

III

Tengo para mí que el valor no es más que un exceso de miedo: todo hombre de pundonor es valiente, por miedo á ser tenido por cobarde; pero hay tanto que decir sobre el valor y los valientes, que si á dilucidar me parara esta cuestion del valor, interrumpiría mi narracion por tiempo indefinido con casi interminable discurso. El P. Mariana no dice de nadie en su historia que fuese valiente: lo que dice de alguno de nuestros grandes reyes ó personajes históricos es: « anduvo valiente en tal ó cual ocasion, » y creo que dice muy bien el P. Mariana, quien tuvo el valor de escribir lo que hoy no se atreven los más valientes, porque tenía el valor civil, pasivo, sereno, perenne, de conviccion, que dan la fe y la idea, muy distinto del valor irreflexivo, impetuoso, ciego é inconsciente que dan sólo la osadía y la fuerza bruta.

En nuestros países meridionales, en nuestra España particularmente, cuya historia cree el vulgo que estriba sólo en unos cuantos siglos de batallas y trompazos,

el valor civil es apenas estimado y pasa casi desapercibido para el vulgo; aquí se cree que no hay más valor que el militar; que el ser valiente consiste no más en estar siempre dispuesto á romperse el bautismo con cualquier prójimo y por cualquier cosa; el tipo, en fin, del valiente es mi D. Juan; tengo yo sobre mi conciencia el haber hecho germinar en nuestra tierra muchos mozos insolentes y el haber entontecido á miles de muchachas casquivanas.

Mi Fermin era valiente sin duda; pero por considerar el valor como el vulgo en España lo considera, solía dar en pendenciero, provocativo y aparecer como procaz é impertinente bravucon; él conocía su defecto y se arrepentía de sus arrebatos; pero criado en esta idea vulgar del valor, se reconocía y se arrepentía siempre, pero rara vez cedía ni se enmendaba, y sostenía su sinrazon con sus puños, teniendo en más ser valiente que racional.

Cuando la pareja de arrogantes bayos húngaros nos quitaron de delante de los ojos aquella tan desaparejada pareja de seres humanos, Fermin no volvió á acordarse del hombre, sino de la hembra á quien por mujer tenía; y excitado su cerebro por el *Moulin-à-vent* y el *Sillery*, llegó hasta creerse paladín libertador de aquella hermosura; que, segun él, debía de vivir en poder de aquel jorobado, como una dorada luciérnaga enredada en los hilos de la tela de una araña. Yo ví que sería inútil pretender traerle á la razon y hacerle reflexionar sobre lo mal hecho y lo mal dicho por él hasta que hecha la digestion y libre su cabeza de vapores, pudiese escuchar y reflexionar en calma mis amistosas, justas y claras observaciones; pero no había remedio: á las doce del día siguiente era forzoso que Delmas y

yo fuéramos á casa del jorobado á darle satisfacciones por Fermin, ó á pedirle su hora y sus condiciones.

Tomamos café, paseamos, llegamos hasta la media noche en un jardin público, y nos despedimos en el boulevard, á la esquina de la Chaussée d'Antin, en cuyo número 36 vivía yo entónces, y sólo al despedirme dijo Fermin dándome la tarjeta del jorobado: « Ha sido una impertinencia mía; pero no hay modo de volverse atras; toma, y no olvideis de ir á las doce en punto. »

—Antes iré yo á hablar contigo—le dije.

—Es inútil—me contestó—me levantaré tarde; yo sé lo que he hecho; pero quien tal hizo, que tal pague; yo obro siempre de mi cuenta y riesgo.

Y con un apretón de manos echó por el boulevard, dejándonos poco ménos que plantados.

Delmas, que contra su costumbre había permanecido con nosotros hasta tan avanzada hora, se despidió de mí diciéndome: « Yo abreviaré mi visita, y á las once y media vendré á buscar á Vd. con un carruaje; pero si su compatriota de Vd. no piensa dar excusas, haría mejor en madrugar é ir á la sala de Grissier á hacerse un poco la mano.

—Mi amigo es fuerte y diestro—le respondí.

—Supongo—dijo Delmas—que su atrevimiento se apoya en su fuerza, ó en su destreza; pero yo tengo mucho miedo á los jorobados, y éste tiene una mirada que me fascina.

—Yo veré mañana si convenzo á Fermin y le traigo á la razon. Si no...

—Me pesará en el alma—exclamó Delmas dándome las buenas noches.

Peró no lo fué la mía. No se cómo la pasaría Fermin: probablemente de un sueño; porque su juventud

y su robustez, y lo poco en que tenía al jorobado, cuya estatura era naturalmente poco aventajada, harían que la materia dominase al espíritu, y las cosas de la vida toman la forma de la luz á que se las mira. Yo soñé toda la noche con el conde de N., y me vestí casi al amanecer como si hubiera sido yo quien con él estaba expuesto á batirse; y tan cabizbajo me tenía el pensar en el jorobado, que cuando á las nueve de la mañana me aboqué al día siguiente con Fermin, despertándole, díjome éste riéndose:

— Pero, hombre, desde que tenemos negocio con el jorobeta parece que te va á salir á tí una joroba.

Lo cual me hizo comprender que él tambien pensaba, á pesar suyo, en el jorobado conde de N.

No le pude convencer de que su insolencia para con éste había sido tan excesiva como inmotivada; de que el punto en que se hallaba nuestra comida cuando aquél entró en el gabinete, y la primera botella *Moulin-à-vent* ya vacía sobre la mesa, podían ser, y eran efectivamente, un motivo muy fundado, si no muy decoroso, en que basar una explicacion; el conde parecía un hombre de clara inteligencia, de esmeradísima educacion y de bastante mundo para no comprender nuestra lealtad á la primera palabra, sin dudar de su valor; yo hablaba el francés y el conde el castellano con suficiente correccion para no interpretar mal ni tomar una palabra por otra; y en fin, que era más racional, más digno de seres inteligentes reconocer una falta y corregir una torpeza, que exponerse á morir como un conejo en un asador por sostener una sinrazon.

Escuchóme Fermin sin pestañear, y respondiόμε tranquilamente:

— Todo eso me lo he dicho yo ya á mí mismo; pero

no podría volver á Navarra, ni me admitirían en mi regimiento cuando otra vez nos volviéramos á levantar en las provincias, si se supiera que yo había dado satisfacciones sin batirme. A lo hecho, pecho; es el insultado: es posible que esté prevenido para casos como este, si insiste en eleccion de armas y derecho á condiciones, acéptalas todas sin vacilar; yo no soy ningun ñoño, y tengo dos puños de jugador de pelota; le cansaré, le desarmaré, le aturrullaré, y á la primera ocasion de interrumpirnos, haré y diré todo lo que tú quieras; y tú lo dirás por mí, que sabes hablar francés, porque en castellano ni yo diría más que una barbaridad, ni te aguantaría probablemente lo que dijeras, aunque fuera en unas décimas como las de don Juan á doña Inés.

Convencido de dos cosas: primera, de que efectivamente el valor es un exceso de miedo, y segunda, de que el miedo de Fermin á que dijeran que se había dado satisfacciones era mayor que el que tenía á ser atravesado como una chocha por el jorobado, dejé á mi terco navarro que tornase á envolverse en las sábanas de su cama, donde yo le sorprendí y de donde no había salido, y le dejé volver á arrebujaarse en ellas, miéntras yo iba á realizar un pensamiento que me acababa de ocurrir.

IV

Desde el hotel en que Fermin se alojaba en la calle de Choiseul hasta la plaza de la Bolsa, en donde tenía Grissier su sala de armas, no había más que cuatro calles que atravesar. Grissier, el profesor de esgrima más

prudente, más moderado y ménos pendenciero del mundo, decía que «él enseñaba á los hombres á matarse para enseñarles á respetarse.» Casi nunca se había verificado un desafío en el cual hubiera él sido padrino de uno de los combatientes; sus razones eran más fuertes que sus estocadas, y más útiles y oportunas que su más poderoso desarme.

Conocía el juego, la escuela, el secreto y el flaco de todos los tiradores conocidos en Europa, porque todos habían pasado por su sala; y prevenía á sus discípulos contra todas las estocadas bajas de la escuela italiana, los deslumbradores y teatrales ataques de la estudiantil berlinesa, y las peligrosas y estudiadas estratagemas de los espadachines.

Conocíale yo por haber asistido algunos meses á su escuela, con recomendacion del dueño del tiro del *Bois de Boulogne*, M. Pirmet, y él casi no quería conocerme, porque la debilidad de mis brazos y mis piernas sietemesinos, y la viveza ratonil é irreflexiva de mi imaginacion, me vedaban hasta el derecho de pensar, sin deshonra de su escuela, en darme por su discípulo.

Expúsele mi caso, presentéle la tarjeta del conde N., y tomándome equivocadamente por su provocador, me dijo tristemente leyendo su nombre escrito en ella: «Vd. no es hombre de tener pié tres segundos enfrente de él: déle Vd. satisfaccion.»

Manifestéle el error en que caía: díjele las cualidades de fuerza y de conocimiento de las armas de mi amigo, que era militar; y despues de escucharme con atencion y de meditar un momento, me dijo: su parte de Vd. es mala; la razon está de parte del conde, y de no satisfacerle, no respondo del resultado. No puedo dar armas contra el conde; pero prevenga Vd. á su

ahijado, si es tan fuerte de muñeca como Vd. me dice, que procure no perder un instante de serenidad, ni una pulgada de terreno y cansar á su adversario; y Vds. sus padrinos estén muy ojo avizor para interrumpir el duelo al primer lance dudoso ó discutible que se presente.

Ví claro como la luz del Mediodía, que ya se acercaba, que Grissier no quería hacer ni decir nada contra el conde N., ó por tener éste la razon toda, ó por no exponer á un francés á merced de un español, cuya escuela, fuerzas y persona no conocía. Salí, pues, más receloso y preocupado de lo que había entrado en ella, de la casa de Grissier, y corrí á encontrar á Delmas, que ya me esperaba en la mía. Minutos despues de dar las doce en todos los relojes de París, nos apeábamos de nuestro simon ante la verja del jardin en que se elevaba aislado en el barrio de San German, el hotel-palacio del conde de N. Dimos nuestros nombres, é introducidos en un saloncito del piso bajo, nos encaramos con dos caballeros de mediana edad que, al parecer, nos aguardaban en él. Saludámonos fría y ceremoniosamente; y yo, á quien correspondía exponer el primero el objeto de nuestra mision, dije que siendo el señor conde el ofendido y el provocado, á pesar de ser él el primero en presentar su tarjeta y precisar la situacion, nuestro ahijado le dejaba el derecho de imponer, aceptándolas sin restriccion, todas sus condiciones.

— En ese caso—dijo el mayor de aquellos señores, en cuyas patillas negras blanqueaban ya no pocas y acaso prematuras canas—hé aquí las condiciones usuales del señor conde: el florete de combate ó la espada de ceñir, hasta la rendicion, el desarme, ó la muerte suya ó de su adversario. El señor conde proponía tambien el sable; pero teniendo en cuenta nosotros, sus padrinos,

la ventaja del brazo y la estatura de M. Fermin sobre las del señor conde, y creyendo además que siendo el sable un arma de caballería, y no estando ya en uso los duelos á caballo, como en la Edad Media, no debíamos proponerlo, nos atrevemos á suprimirlo.

Dimos Delmas y yo nuestro asentimiento con un « está bien, » y continuó diciendo el caballero francés de la barba gris:

— Si del duelo á espada quedase uno ó ambos fuera de combate, pero no satisfecho, se verificará, cuando hubiere lugar, un segundo duelo á pistola: una en cada mano, treinta pasos de distancia, y marchando uno sobre otro, á tirar á discrecion.

Volvimos á dar Delmas y yo una señal de asentimiento con la cabeza, y concluyó el buen caballero francés de esta manera:

— Pero hay una circunstancia que ignoro aún cómo podrá influir en el ánimo de Vds. y cambiar el aspecto de nuestra situacion. El señor conde ha vivido en Bilbao, Pamplona y Barcelona como cónsul de Francia, y allí ha sido amigo, tenido negocios y recibido favores del padre de M. Fermin; y al reconocerle por su tarjeta, si éste se aviene á una explicacion con el señor conde y á recibir de él, en nombre de su señor padre, una leccion de educacion, á la que tan groseramente ha faltado con él, el señor conde se dará por satisfecho y ofrecerá su casa y su amistad al atolondrado hijo de tan respetable padre.

Hubiera yo dejado de ser de la tierra nuestra, si no me hubiera dejado llevar del espíritu farfanton de mi bocon sevillano. Había ido á buscar un medio de impedir el duelo, por su intervencion, á casa de Grissier, y ahora que aquel caballero me lo ponía como en la

palma de la mano, tomé la cortesía, y tal vez la gratitud, por miedo; y más ciego, más imprevisor y más temerario que Fermin, eché á éste de cabeza en aquel berengenal, poniéndome en pié y diciéndole con desdeñosa sonrisa:

—Nuestro ahijado es ya mayor de edad y no se aventurará á recibir lecciones de nadie, ni á permitir á nadie tomar el puesto de su padre. Sólo nos resta saber el día, la hora y el sitio.

Pusiéronse tambien en pié los dos caballeros franceses, y con la dignidad de quien está en su derecho, y con una espartana concision, dijo el que había llevado la palabra:

—Mañana, á las ocho, bosque de Vincennes.

Y nos despedimos de los padrinos del Conde jorobado, y dimos al cochero las señas del hotel de Fermin.

Al contarle yo á éste las justas observaciones del francés sobre el desafío á sable, las tremendas condiciones del segundo duelo á pistola, y la facilidad del conde en darse por satisfecho de la injuria del hijo, por respeto al padre, cayó, como yo, en el error de tomar la cortesía por miedo; y yo, creyendo sandiamente haber hecho una hombrada, le precipité á concebir una barbaridad, que formuló en esta estúpida frase:

«¿Con que en el lugar de mi padre quiere ponerse? Mañana voy á ponerle yo en el de mi perro. Ya verá quién es el hijo de mi padre.»

V

Ignoro lo que en aquel día hizo Fermin; tenía yo que acompañar y despedir á una familia que se volvía

á España con el correo de aquella noche, y sólo le ví un instante en el café Napolitano para acordar la hora en que iríamos á buscarle á la mañana siguiente Delmas y yo. Era el 23 de Junio, verbena de San Juan en nuestra pátria, y Fermin se me escapó, diciéndome que iba á celebrar un recuerdo de la fiesta nocturna de España con una reunion de españoles, donde irían los Ciebras con sus guitarras y unas muchachas andaluzas con palillos y pandereta.

Yo comprendo cómo se baila y se bebe una noche, para aturdirse y olvidar que se bate uno á la mañana siguiente; pero no comprendo que teniendo que batirse á las ocho de la mañana, se baile la noche anterior, á peligro de llegar al terreno insomne y fatigado.

Junio es para mí el mes más alegre y poético del año; es el mes de las verbenas y de los holgazanes; tiene tantas fiestas como días, y tantas vigiliass como noches; tantas supersticiones como aniversarios, y tantas leyendas como verbenas; es el mes de los buenos augurios y de las esperanzas para las muchachas, y el de la cosecha para los libertinos; es el mes de las primeras frutas que calientan la sangre; de las moriscas albahacas que excitan los sentidos, y de las tradiciones que exaltan el cerebro; no recuerdo quien cantaba allá en un pueblo de Castilla:

« Tiene Junio tres verbenas
que empiezan con San Antonio;
y son tres noches muy buenas
para dar gusto al demonio,
comprar un saco de penas
y hacer un mal matrimonio. »

Y no recuerdo tampoco quien cantaba, bajo el emparrado de la puerta de un cortijo de Andalucía:

« Junio es un mes de infortunio;
palabras que en él se dan
vienen con San Juan en Junio
y con San Pedro se van. »

Junio es para mí el mes de los recuerdos y de los delirios; paso sus noches soñando venturas en exaltacion nerviosa, y sus días en recordar aventuras pasadas, sumido en una especie de perezoso letargo; pero ¡ay de mí! siempre en Junio me ha sucedido alguna desgracia, ó me ha dejado su hez amarga en el corazon algun desengaño; en Junio se verificaban los exámenes en la Universidad, y yo salía de ellos como un pollo que se cayese en una caldera de agua caliente; y en Junio, en fin, se casó con un escribano la primera mujer á quien amé.

Y un 24 de Junio, á la seis de la mañana me presenté en casa de Fermin en un coche, en el cual nos empaquetamos á las siete Delmas, Fermin y yo con una caja de pistolas y dos espadas de combate, tomando rumbo al bosque de Vincennes. Delmas, que era hablador de suyo y cuya conversacion era siempre viva, chispeante y pintoresca, como que sabía mucho, iba callado y sombrío en la banqueta delantera al lado de la caja de las pistolas, colocado entre los piés un estuche de cirugia, y á su espalda tendidas las dos espadas.

Fermin parecía soñoliento, y casi aún no despierto, y yo me dejaba arrastrar inconsciente contemplando los árboles, entre cuyas hojas revoloteaban cantando alrededor de sus nidos los inquietos pajarillos y las brillantes gotas del rocío que comenzaban á evaporarse en las puntas de las ya crecidas yerbas.

Yo no sé por qué el día de una desgracia y los momentos antes de cualquier catástrofe, me ha presentado

siempre la naturaleza un bello y tranquilo espectáculo que contemplar: siempre en los momentos de supremo pesar ó de inminente riesgo por que ha pasado mi descarriada existencia, Dios se me ha presentado á través de uno de los más risueños cuadros de su maravillosa creacion; pero yo no he sido nunca más que un poeta; y mis alegrías y mis tristezas, mis creencias y mis errores, mis desventuras reales y mis ilusorios deleites, las agonías de mis desesperaciones y las fortalezas de mi fe, han brotado todas como vapores fantásticos y perfumados de la superficie tranquila de mi imaginacion poética: que es un lago trasparente y sereno, circundado de flores y follaje, donde la luz del cielo refleja siempre la faz de Dios. Hé aquí por qué en todas las situaciones difíciles de mi vida camino yo al peligro en la vaguedad inexplicable, casi estúpida, de quien no puede jamás formarse idea cabal de lo que le pasa, del que vive sin conciencia de la vida real, en la divagacion y el delirio de la existencia de los países imaginarios de la leyenda, la tradicion, la fábula y los romances; de la poesía, en una palabra.

Haría ya seis minutos que dejaba nuestro cochero ir sus caballos sin apurarlos, avanzando por uno de los caminos abiertos á traves del bosque de Vincennes, esperando órden de direccion ó de parada, puesto que por los efectos que nos había visto colocar en su vehículo, no podía ignorar á lo que íbamos, cuando un jinete que en una hermosa yegua alazana por la misma calzada que nosotros íbamos nos precedía, se acercó á la ventanilla derecha, á la cual me había yo asomado para admirar la esbelta bestia en que cabalgaba; y tocando con su mano derecha el ala de su sombrero, me dijo inclinándose sobre el cuello de su dócil cabalgadura:

— Suponiendo que como extranjeros podían ustedes no ser prácticos en este lugar, he tenido la previsión de constituirme en su guía.

— Mil gracias — le contesté — y dí orden de que le siguiera á nuestro impasible automedonte. El jinete era el más jóven de los dos caballeros con quienes habíamos topado en casa del conde el día anterior.

Aquí, Fermin, como sacudiendo su importuna mordorra, exclamó:

— ¡Diablo, qué callados habeis venido! Yo vengo muerto de sueño, porque el vino era de Jerez, las muchachas de Málaga y una carta que he escrito á mi padre para que me la echen hoy al correo diciéndole que estoy bueno, me han impedido dormir más de tres horas; pero este aire de arboleda me despeja, y ya estoy listo: ¿aparece ya por ahí mi jorobeta?

Fermin no habia comprendido las frases francesas á mí dirigidas por el de la yegua; pero era claro que había comprendido la situacion.

— No — le dije — ese caballero es uno de sus amigos; probablemente de sus padrinos.

— Que traiga con él muchos ó pocos no me importa; pero sentiría que hubiese dado á la policía el ¡quién vive!

— Creo — le contestó Delmas — que podemos estar sin cuidado sobre ese punto; yo he tomado ayer mis informes, y el jorobado no tiene torcido más que el espinazo; el espíritu lo tiene recto.

— Me alegro — dijo Fermin.

Y de lo dicho saqué yo esta doble consecuencia: que Fermin seguía pensando mal del jorobado, por lo que ha dado en llamarse espíritu nacional, ó por recelo de bravucon, y que Delmas, por el primer motivo, defendía y ponía en buen lugar á su compatriota; todo lo cual

encontré yo perfectamente en el carácter de los países á que pertenecíamos.

El carruaje se detuvo; abrí la portezuela y saltamos los tres á tierra; Fermin se apoyaba en una rica caña de Indias, y echó una mirada alrededor como buscando algo; como en respuesta á aquella mirada, dijo el caballero francés: «aún no son las ocho,» y mostró su reloj que marcaba las ocho menos nueve minutos.

— Hemos venido antes, dije yo atajando á Fermin, que iba á decir, sin duda, alguna inconveniencia, por si un extravío nos hacía perder tiempo.

— Así lo he comprendido; y el Sr. Conde será exacto.

— ¡Como no lo sea!.. exclamó Fermin.

— Tomaré yo su lugar para que Vd. no espere, le dijo con altivez é interrumpiéndole el caballero francés.

Ahogué la palabra en los labios de Fermin con una mirada, y Delmas con el anuncio de un carruaje que se acercaba por la avenida al trote resuelto de sus dos caballos.

Volvimos todos la cabeza; era un *coupè* negro, que arrastraban los dos bayos húngaros. Apeáronse de él, á la vera de la calzada, primero nuestro conocido de ayer, el de la barba gris, y tras él el Conde: un lacayo sacó del *coupè* dos espadas y una caja de pistolas, y encaminándose hacia nosotros, se alejó su carruaje, llevándose tras sí al nuestro.

Y aquí pasó algo tan difícil de contar como fácil de comprender, teniendo en cuenta el carácter, la tierra, la posición y las opiniones de mi Fermin.

El Conde, vestido de negro, estaba muy pálido, y nos pareció muy preocupado, al saludarnos tan cortés como secamente; y tomando el de la barba gris la

direccion de la escena: — Internémonos un poco más, nos dijo; cerca hay un recodo sin veredas, donde nadie nos podrá ver ni venir á interrumpirnos. — Y echando adelante y siguiéndole el de la yegua con las espadas y la caja, echó tras ellos el Conde, Fermin tras éste, y Delmas y yo, con nuestras armas, tras de Fermin: y he aquí lo difícil, pero inexcusable de narrar.

Caminaba el Conde un paso delante de Fermín, haciendo á su pesar y por su propio descuido la mala figura que hace siempre un jorobado, visto por la joroba: y Fermin, cediendo á una de esas diabólicas tentaciones, á que ceden desdichadamente los valientes fanfarrones de nuestra raza, tuvo la malhadada ocurrencia de apoyar su caña de Indias en el mollar del antebrazo derecho del jorobado, y empujándole hacia la izquierda, la pasó rápidamente sobre su cabeza, deteniendo el impulso que le había impreso apoyándose en el mollar del brazo izquierdo, como hacen los muchachos con el palo y el dominguillo. El jorobado se cernió de derecha á izquierda y roció su equilibrio, obedeciendo al impulso y á la repulsión de la caña de Indias; pero ni volvió la cara, ni dijo palabra, como si lo que le hubiera tocado hubiera sido la rama salvaje de algun arbusto de exuberante vejetación.

Yo sentí la paralización del asombro, invadir mi cuerpo; Delmas se pasó la mano por los ojos, como para quitarse algo de ante su vista; y dando en esto vuelta á un grupo de árboles, entramos en una especie de glorieta entre ellos naturalmente abierta y oculta. Era un círculo informe de veinticinco á treinta pasos de diámetro, cercado, á propósito ó por descuido, de espesa é inculca maleza.

Su suelo, á pesar de la perpétua sombra en que el

alto arbolado le conservaba, era duro, seco y escaso de menudo césped; lugar, en fin, sin igual para lo que se le había buscado. Los caballeros franceses, colocados á la izquierda, formaron grupo, teniendo tras ellos al Conde, pálido, sombrío y con los ojos constantemente bajos; y así midieron y prepararon sus armas. Hicimos otro tanto Delmas y yo, teniendo á nuestra espalda á Fermin, derecho, erguido y con los ojos fijos con desdeñosa sonrisa en el grupo enemigo. El de la barba gris trazó en el suelo una línea que partía el terreno. Colocó una espada á la derecha y otra á la izquierda, delante y detrás de la línea, después de habérnoslas dado á reconocer: y dijo: « Cuando Vds. gusten. » Despojóse el Conde de levita y chaleco y se adelantó hacia la línea tomando su arma, haciendo Fermin lo mismo. Al alzarse el Conde, cuadróse, mostró su pecho desnudo, alto y deforme de esternon, abrióse para que Fermin midiese su espada y se colocase á distancia; hízolo Fermin noblemente, y cuadrándose á su vez, se abrió y mostró desnudo su pecho de Anteo y sus brazos de Hércules. Tendióse el Conde á medir su arma, y tocó, tal vez por descuido, la camisa de Fermin sobre la carnosidad interna de la tetilla derecha. ¡En guardia! dijo el de la barba gris; y al caer el Conde con una precisión intachable en la guardia de Grissier, con su brazo izquierdo atrás, su cabeza erguida y sus ojos clavados en los de Fermin, el jorobado sufrió una trasfiguracion: yo creí que la joroba se le había metido en el pecho, y al ver su tranquila inmovilidad y su imperceptible sonrisa, surgió en mi cerebro, sin que la redujera á palabras, esta idea: « Fermin es muerto. »

Atacó éste con una impetuosidad y una rapidez que amenazaba poner en un minuto fin al combate, que

fué ni visto ni oído, cinco golpes y cinco paradas: á la sexta dijo el Conde *¡touchè!* y se enderezó, parando con una expulsión la sétima estocada de mi amigo. Un hilo de sangre corría del pecho de Fermin en el mismo sitio en que tocó el Conde al medir su florete. Pasóse Fermin la mano izquierda por la herida y diciendo «nada,» pero rojo como un apoplético, dió un paso adelante para colocarse en su lugar.

— ¿Nó satisfechos? preguntó el de la barba gris.

— No, respondió con rabia Fermin.

— No, dijo con calma el jorobado.

— En guardia, volvió á decir el francés extendiendo su brazo derecho entre los dos.

— Volvieron á caer en guardia, bajo su extendido brazo, y gritando *¡en avant!* y retirándole con presteza, volvió á suceder lo mismo; tres estocadas furiosas, tres paradas inquebrantales, otra expulsión del jorobado; otra voz de *¡touchè!* como si estuviera en la sala de armas, y otro hilo de sangre en el pecho del casi ebrio de ira Fermin. Delmas y el caballero de la barba gris se metieron entre los dos combatientes: yo no sabía lo que me pasaba y permanecí inmóvil; sentía frío, tenía miedo.

— ¿Todavía no? volvió á preguntar el francés.

— No, no, dijo el navarro como respondiendo por sí y por el otro.

¡En guardia! *¡En avant!*

Y se vino Fermin ciego sobre el Conde... y no sé lo que pasó: no lo ví; creo que no lo miré; creo que cerré los ojos. Sentí cuatro golpes de hierro con hierro; el silbido chirreador de una expulsión ó una finta; un estertor de esfuerzo del Conde y una blasfemia del español.

Cuando me arrojé, instintivamente, sobre éste, Delmas le sujetaba ya por el brazo izquierdo, y los dos franceses estaban interpuestos entre él y el Conde, que tenía en la derecha su espada, y en la izquierda la de Fermin. Este no podía ni hablar, ni respirar; rugía:

— ¡Que me mate! — y los cuatro le sujetábamos.

El Conde tiró las espadas, fué á coger la caña de Indias de Fermin, y trayéndola en la izquierda, se le puso delante, y mientras él rugía, dijo con una dignidad que nos subyugó:

— Tenedle, y que calle para oirme: y marcándoselas con el índice de la mano derecha, siguió diciendo al trastornado Fermin, que cesó de ahullar: — ¡que me mate! para oirle estas palabras:

— Por cualquiera de estos dos puntazos ha podido entrar la muerte; y esta caña debía de romperse en tu rostro (y la rompió en su rodilla); pero yo debo la vida á tu padre, y no he querido matarte hoy, que es día de su santo.

Dentro de ocho, si no has venido á pedirme perdon, escribiré á tu padre lo que conmigo has hecho, y nos volveremos á batir á pistola; pero no podré detener la bala, como he detenido el florete.

Tomó el jorobado su levita; perdió Fermin el sentido, y desaparecieron los franceses, arrebatados en el *coupè* negro por el trote tendido de los bayos húngaros.

Nuestra situacion era comprometida á más no poder. Fermin había perdido el conocimiento en un paroxismo de cólera y de vergüenza: Delmas temió que al volver en sí le afectara el cerebro la apoplejía ó la locura. No podíamos permanecer en aquel sitio, con aquellas armas al lado, sin arriesgarnos á dar irremisiblemente con impertinentes curiosos ó con gendarmes y polizon-

tes, á los cuales no podríamos dar explicacion alguna, que no pareciese un arbitrio premeditado para impedir el segundo duelo, si la terquedad insensata de Fermin, á quien ya no podíamos abandonar, nos arrastraba á verle morir en él. Delmas no quería separarse del navarro, para no perder el más mínimo pormenor de la manifestacion vital cuando en conocimiento volviera; ni yo me resolvía á dejar solo con él á Delmas, por si esta manifestacion se verificaba bajo la influencia de un trastorno cerebral.

No era fácil, por fin, conducir en hombros hasta el carruaje á un hombre tan corpulento como Fermin, y las malezas nos impedían ver y llamar por señas á nuestro cochero, á quien no era posible llamar á gritos, sin que otros que él los oyeran. En estos angustiosos momentos, sentimos con terror pasos de alguien que, dando la vuelta al recodo, penetraba en la escondida glorieta en que nos hallábamos; mas mi angustia se cambió en satisfaccion al reconocer al de la yegua, que con su lacayo acudía en nuestro auxilio; tal vez más por afán de sacar de compromiso al Conde su ahijado, que á nosotros de nuestro atolladero. Como quiera que fuese, el caballero francés, Delmas y el criado cargaron con Fermin, y yo con las armas y el estuche de Delmas; y con él y con todo, dimos en nuestro coche; cuyo cochero tenía de las bridas la yegua y el caballo de nuestro ayudador y de su criado.

Arreglámonos nosotros en nuestro simon, cabalgaron amo y criado, y con un silencioso saludo, partimos de vuelta á París. El movimiento del coche hizo volver en sí á mi compatriota, de cuyo rostro no quitaba Delmas sus ojos. Abrió Fermin los suyos, mirónos un instante con vaguedad, aspiró y respiró como si sus pul-

mones tuvieran la fuerza y necesitaran el aire de un fuelle de fragua; sentóse á plomo, miró y compuso su camisa y su corbata, buscó y vistióse su levita, que se abrochó hasta el último boton; y comprendimos que conforme iba componiendo su exterior, iba en su interior dándose cuenta de la situación, con tan poco desconcierto suyo como asombro de Delmas y mio; que seguíamos contemplándole y esperando en silencio la manifestación de sus ideas por sus primeras palabras.

Pero los valientes son poco más que bestias brutas: creen que la ferocidad es antes que la dignidad humana, y que matarse es más digno que reconocerse. Mi Fermin, estirándose los puños y frunciendo las cejas, dijo: «La cólera me ha cegado á mí como su destreza » le ha valido á él; pero aún hay ocho días para ir mañana y tarde al tiro; lo que siento es haber perdido el » sentido delante de él, no sé cómo; pero si ha creído » que fué de miedo, ya se convencerá de que no lo » tengo. »

Delmas y yo callamos, por no saber qué decirle: él, despues de mirar por las ventanillas, como para reconocer dónde se hallaba, miró su reloj, y arrellanándose en su rincón, nos dijo: «Lo que tengo es sueño: he pasado tan alegre noche como triste mañana;» y cruzó los brazos y cerró los ojos, dejándonos estupefactos.

Durmiera ó no, no dijo palabra más. Al cruzar la barrera, ví al jinete de la yegua, que allí acaso nos esperaba por si los guardas fijaban su atención en nuestro coche; pero ya porque por él con ellos estuviéramos abonados, ó porque nada ellos de nosotros recelaran, entramos en París sin percance ni detención, hasta casa de Fermin, en la calle de Choiseul. Apeóse Fermin, diciéndonos: No os incomodeis: mañana hablaremos;

hoy tengo necesidad de dormir; y nos volvió la espalda. Delmas y yo tuvimos en casa de éste una larga conferencia, de la cual resultaron las conclusiones y decisiones siguientes:

1.^a Que Fermin, avergonzado de su vencimiento y humillacion despues de sus arrogancias, no quería hablar más de lo pasado.

2.^a Que ciego por las preocupaciones y las absurdas teorías de los valientes sobre el valor y el honor, prefería hacerse matar por el jorobado á darle satisfacciones; pero que reconociendo en conciencia la razon y el derecho en aquel, y no queriendo reconocer que debía la vida á su destreza y generosidad, iba á preferir exponerse por segunda vez á que se la quitaran de un pistoletazo, por temor á que los valientes le tuvieran en menos, por dar satisfaccion noblemente á quien estúpida, brutal é injustificadamente había ofendido y provocado.

3.^a Que no siendo decoroso que nosotros, padrinos de Fermin en su primer duelo, le abandonáramos en el segundo; que no debiendo tomar nosotros la iniciativa para explorar las intenciones del tan diestro y prevenido como altanero y jorobado Conde, ni meternos en los secretos de interés ó de amistad que entre éste y el padre de Fermin existiesen, ni á tomar por nuestra cuenta el papel de mediadores en favor del Conde contra nuestro ahijado, lo mejor era que yo escribiese claro lo acontecido al padre de Fermin y él tomase la determinacion que mejor le pareciere; si las circunstancias y el curso natural del negocio le daban tiempo para venir á París, escribir al Conde, á su hijo, ó á los dos, ó plantear, en fin, la cuestion sobre la base que más le conviniera.

4.^a Que ni Delmas ni yo procuraríamos abocarnos con Fermin si éste no nos llamaba, y dejaríamos correr el tiempo y los sucesos, hasta que el padre nos contestara ó el hijo reclamara nuestros servicios; como amigos para impedirle, ó como padrinos para llevar á cabo el segundo duelo á pistola propuesto por el jorobado.

En consecuencia de cuyos acuerdos, Delmas se fué á sus visitas y yo á mi casa á escribir al padre de mi amigo.

Díle en mi carta cuenta exacta de los hechos, sin atenuaciones de las demasías de su hijo ni exageracion de los derechos que asistían y del miedo que yo tenía al jorobado, y dándole las señas del palacio del Conde, de la habitacion de Fermín y de la mía, eché al correo la carta y me volví al alcázar moro de Granada á vagar por él con la sombra de la enamorada Moraina de mi poema; en cuya fantástica y deleitosa ocupacion se me pasaron siete días, sin acordarme del mundo real ni de los azares de mi terrena existencia.

VII

El 1.^o de Julio, harto de trabajar y ganoso de movimiento, aire y distraccion, tomé un *coupè* de remise, y me hice llevar al Bois de Boulogne, con el objeto de perderme y cansarme en aquellas arboledas, para descansar después, comiendo en alguno de sus kioskos, consagrados por las modernas costumbres en pequeños templos de alegría pagana y de católica gula. Eran las cinco de la tarde: despedí mi carruaje á la entrada de las alamedas, y me eché por entre los árboles buscando en el ejercicio, aire y apetito. Al dar la vuelta á un án-

gulo formado por dos caminos que se cruzan, sentí los pistoletazos del tiro de Pirmet; entré, más que como tirador curioso, como amigo de Pirmet para saludarle, y dí al entrar con las espaldas elevadas y robustas de dos amigos; es decir, de un amigo y un enemigo en quienes no pensaba: el amigo era Fermin, y el enemigo el contrincante con quien él sostenía una apuesta en aquel momento; un Polaco emigrado que me había metido una vez el resuello, corrigiéndome veinticuatro tiros y ganándome veinticuatro luises, además de humillar mi amor propio de tirador; destreza de que entonces tenía la necedad de vanagloriarme.

El Polaco me propuso partir doce balas, tiro tan vulgar como vistoso: partí yo todas las mías; pero pesadas y medidas las mitades de nuestras balas, él partió todas las suyas más por mitad que yo: me dió otras doce de revancha, y volví á no errar un tiro, pero á perderlos todos por corregírmelos él; con lo cual sentí yo no poderle meter en la cabeza la bala del tiro veinticinco — ¡tal me sentía de quemado! — Y cuando me dijo con sorna, embolsándose mis monedas: «Tira Vd. muy bien,» le respondí con despecho: «Veinticuatro luises gana Vd. por saberlo;» y le volví la espalda, y no le había vuelto á ver. Con este Polaco hallé empeñado á mi amigo Fermin; y el Polaco, que alcanzaba una elevada estatura, era tan cargado de hombros, que bien podía dársele por jorobado.

Cuando entré yo, acababa el Polaco de hacer con Fermin lo que conmigo había hecho hacía dos meses; y Fermin acababa de proponerle la revancha con las nueve balas colgadas á nueve distintas alturas, que era el tiro de Valleras, y que yo le había enseñado.

Embebecidos él y el Polaco en su apuesta, y yo in-

móvil por la sorpresa del encuentro, permanecí mudo y desapercibido espectador entre los varios que allí encontré. Tiró el Polaco y casó ocho balas: erró, y dejó colgada la novena y comenzó á tirar mi Fermín, y yo llevaba el alma en sus nueve balas, como si en ellas fueran con mi honra y la del pabellon español, mis veinticuatro luses perdidos dos meses antes. Casó las cinco primeras, la sexta, la sétima, nadie respiraba: casó la octava.

Al servirle Pirmet el arma para la novena, se le disparó la pistola: quiso el Polaco por tal azar igualar la partida y turbar al tirador; pero Pirmet y los circunstantes se pusieron de parte de Fermin, quien sin discutir ni alterarse, colocó el cuerpo sólida y rectamente, recogió con firmeza su brazo, dobló lentamente la muñeca, y apuntando con calma, se llevó la novena bala entre el aplauso de los franceses, para quienes el Polaco era poco simpático, y mis brazos que le ceñí por la cintura.

Recogió su dinero, saludamos á Pirmet, y trabamos, saliendo, Fermin y yo el siguiente diálogo:

— ¿Has comido, Pepe?

— Pensaba comer aquí.

— Siete días van que aquí como después del tiro:

— ¿De modo que estás resuelto á no dar satisfaccion al Conde?

— Sí; pero nó en Francia.

— ¿Pues en dónde?

— En el otro mundo. Vamos á comer, Pepillo mío. Dar satisfacciones á un francés y jorobado, es echarse encima cincuenta silbas ó cincuenta duelos al volver á España.

Así dijo Fermin llevándome al restaurant; y decíame

yo á mi mismo mientras al restaurant nos dirigíamos:

— « ¡Dios mío! ¡Pero qué bestia es la humanidad! ¡El hombre es la única criatura que deshonra á su Criador! »

VIII

Comió Fermin como acostumbraba, pero no bebió como solía: mostró el mismo humor de siempre, y habló de las mil y una banalidades de que hablan en París los extranjeros ociosos, que no van más que á gastar su dinero en ver el París exterior; y ya estábamos esperando el café, y esperaba yo aún que me hablase algo del jorobado: pero ni le mentó. Comprendía yo perfectamente que por lo pasado con el Conde, humillando su amor propio, le repugnara el recordarlo; pero no comprendía que preparándose para él, como acababa de demostrarme su presencia en el tiro, olvidara su segundo duelo, aplazado por el Conde en un término fijo, que iba á cumplirse.

Viendo, pues, que Fermin no la tocaba, determiné abordar la cuestion, y lo hice sin circunloquios, diciéndole:

— ¿Y qué hacemos?

— ¿De qué?

— Pues del segundo duelo; si cuentas con Delmas y conmigo, creo que es ya hora de pensar en algo.

— ¿En qué?

— En el jorobado.

— Déjale venir: tomar nosotros la iniciativa tendría visos de provocacion ó de impaciencia; no recibir satisfaccion mia... ya sabe lo que quiere decir.

— Pero, en resúmen, le debes la vida, Fermin; dos veces pudo matarte: no creo que te deshonrarás reconociéndolo.

— Si no me mató, fué por consideracion á mi padre: que arregle con él sus cuentas, que no son las mias.

— Las tuyas con él, Fermin, son una serie de insultos tan inmotivados como excesivos: reconocer una falta es nobleza, no cobardía.

— Tú no eres militar: mal hecho está lo hecho por mí; pero no puedo volverme atrás. Déjale venir. El ó mi padre se explicarán.

— ¿Has escrito á tu padre?

— Preguntándole solamente qué hay entre él y el jorobado. Aún no he recibido contestacion, dijo Fermin secamente y mostrando que el diálogo no era de su gusto.

Me guardé muy bien de revelar á mi amigo que tambien había escrito yo á su padre, y que ya me extrañaba no haber tampoco recibido contestacion; pero no me atreví á inquirir más sobre su carta, porque no entrara en sospechas de la mia.

Y tomando el café, volvimos á tomar un coche, y la vuelta de París por la avenida de los Campos Elíseos.

A los dos días de mi encuentro, comida y conversacion con Fermin, interrumpió mi trabajo la presentacion por mi criado de una tarjeta, cuyo nombre me era desconocido. Salí al recibimiento, donde el portador me esperaba, y reconocí en él al padrino del Conde, el de la barba gris, quien, con su espartano laconismo, me dijo:

— Puesto que han trascurrido los días del plazo, y vuestro ahijado no ha dado al Conde satisfaccion...

— Habrá que proceder al segundo duelo, respondí yo interrumpiéndole.

— Pues nosotros, dijo él, esperamos la aquiescencia de vuestro ahijado, y estamos á las órdenes de sus padrinos.

— Nosotros, respondí con la misma ceremoniosa tiesura con que él había entrado en escena, esperábamos la iniciativa del Sr. Conde; y aunque sabemos que nuestro ahijado está siempre pronto, como es mozo y forastero en París, y no lleva en él una vida muy ordenada, por si no podemos verle en el día, proponemos la entrevista para pasado mañana, á la hora y en el sitio que el Sr. Conde designe; á no ser que sea tal su impaciencia...

— ¡Oh! no, exclamó interrumpiéndome á su vez el de la barba gris, al contrario; el Sr. Conde esperaba satisfaccion á cambio de su generosidad, y que Mr. Fermin estimara en más la consideracion que el Sr. Conde tiene á su padre. Ha pasado ocho días muy tristes, y asistirá con la mayor repugnancia á su segundo duelo, en el cual tendrá que quedar indudablemente sobre el terreno uno de los dos adversarios.

— ¿Pues por qué no desiste de él? dije yo cándidamente.

Miróme con extrañeza mi interlocutor, y preguntóme al fin:

— ¿Cree usted que quien debe desistir es el señor Conde?

Yo no respondí: decididamente no entiendo ni el *Christus* del código de los valientes, y comprendí que el valor debe de consistir sin duda en no ceder jamás; pues yo me veía metido entre dos valientes, ninguno de las cuales quería darse por satisfecho, ni confesarse culpado. Fermin, emperrado en matar ó ser muerto por un hombre, á quien deber la vida le encorajinaba más,

me parecía un ingrato é indomable gato salvaje; y el Conde, que en vez de contentarse con la superioridad, por su noble grandeza adquirida en el primer duelo, se empeñaba en el segundo de tan mortales condiciones, me pareció una pantera sedienta de sangre. Había yo alimentado, casi inconscientemente y sin darme hasta entónces cuenta de ello, la esperanza de que el padre de Fermin, hubiera en contestacion á mi carta escrito al Conde, á Fermin, ó á mí otra que hubiera sido base más ó ménos sólida en que afirmar un arreglo que evitara un desastre; pero no habiéndole llegado á Fermin ni á mí, no osé, aunque tuve la pregunta en la punta de la lengua, arriesgar la más ligera indagacion sobre la que pudiera el Conde haber recibido, y por primera vez me encontré con profundo disgusto, envuelto y arrastrado á hacer tan desagradable papel en tan mal conducido negocio.

— Mañana, dije al de la barba gris, tendremos el honor de presentarnos en el hotel del Sr. Conde, completamente á su disposicion; y me puse en pié.

No sé por qué quise yo ganar un día.

Despidióse el de la barba gris, y no me permitió volver á mi trabajo la inquietud en que me dejó, y el hastío ó el miedo que me causaba el segundo duelo.

Aboquéme con Delmas aquella mañana, y ambos con Fermin aquella tarde, y con los padrinos del Conde al día siguiente: y amaneció, por fin, aquel día por mí tan temido, á las siete, de cuya mañana volvimos á los mismos preparativos del primer viaje para este segundo á Vincennes. Delmas iba cabizbajo, y Fermin fumaba: llegamos al sitio, pero aún no hallamos á nadie; el cielo estaba un poco encapotado; la mañana fresca, y si el objeto de nuestro viaje no hubiera sido el que

era, hubiéramos podido prometernos un delicioso paseo.

Hicimos alejar el coche, y no apercibiendo la proximidad de alma viviente, nos acomodamos sobre la yerba, afectando la indiferencia de desocupados y madrugadores paseantes, por si había por azar quien apercibirnos pudiera. Pero pasaba el tiempo y no parecía nadie; la hora era la de las ocho y el lugar de la cita el mismo; y pasaron diez minutos, y veinte de las ocho, y no acertábamos á darnos cuenta de la tardanza del exacto Conde. Las ocho y media, las nueve ménos cuarto, y nada. Iban á dar las nueve, y Delmas opinaba que habíamos cumplido y que debíamos retirarnos, aguardando explicacion del Conde, cuando un torbellino de polvo, que por el camino real se venía acercando, nos hizo suponer que traía en su móvil nube un carruaje que, corriendo, le levantaba.

A los pocos minutos pararon en firme los bayos húngaros que arrastraban al *coupè* negro del Conde.

Temblé yo, perdiendo la esperanza que el retraso del jorobado me había hecho concebir, y me dispuse á presenciarse algo, que me hiciera dormir mal muchas noches y guardar en la memoria para siempre un mal recuerdo y una aciaga fecha. Pero con grande asombro de los tres, vimos apearse del *coupè*, nó al Conde, su propietario, sinó al padre de Fermin, que era un navarro corpulento, moreno, cano, musculoso y de bruscos modales, pero rebosando en su fisonomía la expresion de la más franca honradez y la inflexible tenacidad de la buena gente de su país.

— Buenos días, dijo con una voz de robusto timbre y poderoso aliento; y dirigiéndose á mí, me apretó las manos entre las suyas, á riesgo de triturarme los dedos, continuando: Gracias por su carta de usted y por haber

servido de buena fe á mi hijo en tan infame calaverada; pero ni yo quiero que el jorobado me lo mate, como debe de hacerlo, ni que mi hijo mate á mi mejor amigo; lo que merecería, que yo matase á mi hijo. El Conde no viene: Fermin y yo vamos á su casa, donde nos espera. Vamos, Fermin.

Este dió un paso atrás y comenzó á decir:

— Padre, si es para...

Pero el viejo no lo dejó continuar. Dió hácia adelante el paso que él hácia atrás había dado, y cogiendo con su izquierda la muñeca derecha de su hijo, le asió con la derecha por la garganta, y le dijo con voz serena, pero temblándole la barba:

— ¿Qué idea tienes tú de tu padre? ¿Crees, miserable, que ya no es en tu casa tu padre la imágen de Dios, ó que no tiene ya puños para obligarte á obedecerle ó extrangularte?

Brotaron á los ojos de Fermin dos lágrimas, tal vez de arrepentimiento, tal vez de ira, tal vez de vergüenza... pero no hizo el más mínimo esfuerzo de resistencia.

El viejo le empujó hácia el carruaje y en él le metió poco ménos que á la fuerza; y volviéndose á nosotros y tendiéndonos una mano á Delmas y otra á mí, nos dijo grave y resueltamente:

— Gracias, señores: Fermin no necesita ya más padrinos que su padre. Esta es una cuestion de familia, y mientras yo viva, represento á Dios en mi casa y nadie mandará en ella más que yo.

Subió al *coupè*, cerró la portezuela, y el cochero que había vuelto sus bayos hácia París, se llevó al padre y al hijo, dejándonos á Delmas y á mí estupefactos.

IX

¿Qué lazo, qué interés ó qué misterio unían al jorobado Conde con el viejo y vigoroso navarro? ¿Qué pasó en casa de aquél entre él y los dos Fermines? Nunca lo supe. Cuando algunos días despues fuí á visitar á Fermin ya no habitaba en el hotel, había partido con su padre fuera de París. Una tarde del mes de Setiembre, volviendo del hipódromo, ví al Conde que subía por la avenida de los Campos Elíseos hácia el arco de la Estrella en su victoria, con su mujer.

Vióme y saludóme; saludéle, y viendo que mandaba á su cochero quebrar hácia mí, le esperé, y me tendió él las manos, y su mujer fijó en mí sus hermosos ojos con evidente curiosidad.

Díjome él que por los navarros sabía quien yo era, que había comprado mis obras en casa de Baudry para que las leyera su mujer, y me ofreció su casa para el invierno, porque en aquella semana salían para sus sesiones de Normandía.

Yo, absorto en la admiración de aquella mujer tan hermosa, pregunté como quien habla consigo mismo: — ¿Pero esta señora comprende el castellano?

Sonrió el Conde jorobado, y respondiόμε ella, y el aliento de su boca y el sonido de su acento oreó mi faz con un áura del Guadalquivir, y halagó mi oído con el murmullo de las hojas de los naranjos:

— Como que he nacido en Sevilla, aunque mi familia y mi apellido son alemanes.

Y partió la victoria al trote de los caballos húngaros, y yo me quedé diciendo:

—¿Quién será esta mujer tan hermosa, y por qué lo será de este jorobado?



EL JURAMENTO DE LA MULATA

I



HA Y en los años de mi vida dos meses que por los más felices y los más desventurados en ella cuento, y son los pasados en la fresca soledad del cafetal de Calvo en la Habana: Febrero y Marzo de 1859. Felices por la paz y tranquilidad del aislamiento en que trascurrieron, en el trabajo asídúo de unos librejos, cuyo producto me sirvió para hacer bien y para sacar de aquella isla al honrado Anselmo de la Portilla con su numerosa prole, y al más desatinado y más incondicionalmente sumiso de mis perdidos amigos, Agustín Aynslie, desventurados, porque allí la muerte y la voluntad de Dios me dejaron solo y sin sombra, como al Judío Errante sobre la tierra; y ya sin temor de nada, y de nada sin esperanzas, determiné volver á Méjico, donde esperaba morir á fuerza de hastío de mí mismo, de abandono de la Providencia, y de haber perdido las poéticas creencias de mi fe, y convencido de que estaba condenado á no amar nada, á no ser amado de nadie, á vivir en la escasa medianía del trabajo forzado,

y á morir en casa ajena, hospedería, cárcel, hospital ó manicomio; fin natural de un poeta loco, única cosa que le parangonará con Camoens y con Cervantes. Si despues de su muerte los supervivientes le perdonan la vida, al decir de él: «*¡En paz descanse!*» Entónces lo pensaba y no lo temía; hoy lo veo sin miedo, y lo encuentro lógico, y sigo procurando olvidarme del porvenir, acordándome de lo pasado y escribiendo de mis recuerdos lo que de ellos en vida puedo escribir para entretenimiento de desocupados ó de mujeres curiosas; porque pensar que nadie ha de escarmentar en cabeza mía, ni á nadie han de convencer mis razones, ni interesar mis delirios, ni desvanecer las calumnias, ni acarrearne amigos, que por más que me quieran me sirvan de algo, no me ha pasado jamás por la cabeza; y si alguna vez me hubiera ocurrido, tiempo he tenido de ver mi pasajera ilusion disiparse como el humo para no volver.

Don Manuel Calvo, asombrado de verme trabajar doce horas sin interrupcion, en aquella isla donde el trabajo es por el clima centuplicadamente penoso y abrumador, comer distraido, no contar el dinero y no procurar ni descanso á mi tarea, ni placer á mi cuerpo, ni esparcimiento á mi espíritu, pensó, por mucho que me honrara á sus ojos la constancia de mi espíritu en el trabajo, que no era probable que lo soportara mi miserable naturaleza, me sacó del cafetal á la fuerza y me comprometió á ir los sábados á la ciudad, permanecer en ella el domingo, comer en el palacio del capitán general y asistir al teatro de la Opera, donde me abonó para que el espectáculo escénico, la música y la sociedad dieran lenitivo á mis pesares, ahuyentaran de mi cerebro las melancólicas preocupaciones, y volvieran á mis miembros con el movimiento y el ejercicio su

natural tension y á su circulacion mi sangre. Asistía yo como indiferente espectador y como desinteresado curioso á aquellas ruidosas representaciones de la *Traviata* y de la *Lucía*, y baste para prueba de la situacion de mi espíritu, saber que no puse los piés en el escenario, que el nombre del empresario me era desconocido, y que no crucé una palabra con ninguna cantante ni bailarina, no sabiéndose de mí en el teatro por dentro sino que alguna vez asistía al teatro por fuera, pagando mi localidad, cosas que hasta entónces no me habian sucedido ni en la extranjera ni en mi pátria tierra.

¿Era malo el espectáculo, artísticamente considerado, hasta el punto de no excitar mi interés ni procurarme distracción un solo momento? Nada ménos que eso: jamás he asistido á más interesantes representaciones, ni jamás en el teatro me han ocurrido consideraciones más trascendentales; y van á juzgar de ello mis lectores, si alguno tan benévolo me queda en *El Imparcial* que me siga aún por entre los zarzales espinosos de mis enmarañados é infructíferos recuerdos.

No recibía yo periódicos, ni sabía, ni me curaba en el cafetal de Calvo de lo que sucedía en el mundo: mi alegre escocés Aynslie me había dicho que se divertía la gente mucho por aquél país; que todo era danzas y tangos de blancos y negros, que había por donde quiera diversion y jaleo, que la Habana era un bullicioso y universal Belen los días de fiesta y que, sobre todo, en el gran teatro de la Opera, la competencia de dos artistas y los bandos en que el público por ellas se hallaba dividido, daban á las representaciones el atractivo del entusiasmo y la importancia de solemnidades; y fuí al teatro, porque Calvo me hizo ir y porque me lo aconsejó como conveniente la familia del capitán general marqués de la

Habana, á quien debí las más delicadas atenciones y las consideraciones más afectuosas.

La primera noche que asistí daba la *Traviata* la Gazzaniga: no es la *Traviata* una partitura de mi predileccion, ni Verdi mi maestro favorito, ni me pareció la Gazzaniga una cantante tan merecedora de aquellas flores con que al salir la recibieran, de los continuos y estrepitosos bravos y aplausos que durante toda la representacion se la prodigaron, ni de la ovacion y quíntuple llamada final con que se la dieron las buenas noches. Supuse que había alguna circunstancia personal que la hacía particularmente estimada en la Habana, alguna enfermedad de la cual milagrosamente había escapado, algun beneficio dado por ella á favor de algun objeto popular ó simpático en la Isla, sus relaciones, en fin, con personas en ella queridas ó influyentes; algo, en resúmen, que avalorara y enalteciera sus dotes artísticas, que á mí me parecieron en mi primera audicion en visible decadencia: la voz ya ligeramente velada por el cansancio, las maneras un tanto vulgares y un amaneamiento pretencioso, como de niña mimosa, sobre el proscenio: y ya no era niña la Gazzaniga.

Plúgome mucho, sin embargo, que fuese tan aplaudida, porque no me gusta que el público desaire ni aco-se á los cantantes, cuyo arte es el que necesita para su ejecucion mas serenidad y confianza; y pensaba yo que valía mas que los artistas extranjeros llevaran, al volverse á su pátria, una idea exagerada de su galantería y benevolencia española, de su exigente é inapelable severidad; y pasé, sin dificultad, por los calurosos aplausos á la Gazzaniga, sin darme cuenta de la razon de la parcialidad de sus entusiastas admiradores.

A la siguiente representacion tocaba poner en escena

la *Lucía* á la Gassier, española que llevaba el nombre de su marido, al uso de Francia, y tras el cual se me escondía una muchachuela, á quien había visto estreñarse (aún no se debutaba) en el teatro de la Cruz, que era su apellido. Cruz se llamaba, no sé si de apellido ó de nombre, y no sé si sería cruz para su marido en el matrimonio; pero me pareció, á su presentacion, una Cruz muy agradable de abrazar y una voz deliciosísima de oír. La Cruz conocida mía, trasfigurada en la Gassier, era trigueña, redonda de cara y de formas, rica de pecho y de cabellera negra, riza y profusa; cejas bien acusadas, ojos tan iluminados que relampagueaban, y con unos brazos olímpicamente modelados que remataban en dos manos pequeñas y llenas de hoyitos, compañeras de un par de piés, por los que deliran Méjico y Andalucía. No era hermosa ni punto ménos; pero tenía el atractivo exterior, los efluvios vitales y simpáticos de las feas que matan á celos y quitan los amantes á las hermosas.

Saludaron su presentacion en la escena nutridos aplausos, en los que no tomaron parte ninguno de los que á mi alrededor estaban, y á quienes había visto la noche anterior energúmenos por la Gazzaniga. Cesó el aplauso y lanzó la Cruz en el espacio las primeras notas de su garganta: su voz fresca y vigorosa, extensa y flexible, parecía timbrada en el cristal y templada en el agua, como las espadas de Toledo: vibraba en el tímpano y en el corazon, y su marido, que era un gran barítono y un gran actor, había perfeccionado su escuela y su accion: era la Cruz Gassier una cantante y una actriz: al concluir de cantar, el aplauso fué espontáneo y universal, pero las butacas de mi alrededor no se rompieron los guantes al marcar dos palmadas que no lo

parecieron porque no sonaron. Parecióme' la Gassier muy superior á la Gazzaniga; jamás había oído la parte de *Lucía* tan magistralmente cantada; pero la Gazzaniga era siempre superiormente aplaudida. ¿Qué había entre aquellas dos mujeres?

La política americana. La Cruz representaba y era sostenida por los españoles: la Gazzaniga representaba las estrellas de la bandera yankée: los separatistas, los filibusteros, Cubita libre.

La noche del beneficio de la Gazzaniga sus partidarios la ofrecieron muchas alhajas y un arpa (cantó la Saffo) de plata, con las cuerdas de oro y las virolas de brillantes.

A la Gassier se la ofreció en el suyo: en el primer entreacto una cartera vieja en una bandeja rota, pero que contenía 25.000 duros en billetes; en el segundo entreacto 12.000 duros en que los españoles dotábamos á su hija de ocho años, y en el final hasta las cuatro mil onzas.

Así estaba el teatro de la Habana cuando fuí yo á Cuba en 1859.

II

El estado del teatro era genuina expresion del estado de la isla. Acababa de ser duramente reprimida y sangrientamente castigada por el capitan general una atrevida expedicion filibustera; del Liceo habían desertado las familias principales y ricas, aristocracia del país; y ante una sociedad muy mezclada y poco conocida, cumplí yo mi compromiso de hacer seis lecturas: que aquellos nuevos socios oyeron casi con impaciencia

por bailar en seguida aquellas habaneras, un poco emparentadas con el tango y la sopimpa que por entónces se bailaban; y apercebido, en suma, de aquel estado de la Isla, me resolví á pasar por ella como un viajero casi desconocido; rehusé todas las ofertas y casi todas las invitaciones que se me hicieron; limité mis relaciones á dos ó tres familias españolas, y de la capitanía general al cafetal de Calvo y de éste á casa de Isidoro Lira, que me hospedaba en la ciudad, me pasé seis meses sin ver más que los árboles del camino y los buques del puerto; tragando y digiriendo como pude, en la soledad y en el trabajo, la amargura del tránsito y de los pesares con que hilvanó Dios los días de mi existencia, sin duda por pecados míos y de mis padres.

Dejando, pues, á un lado mi juicio sobre la situación política, y mis ideas personales sobre nuestra posesion de la perla de las Antillas, voy á dar por *últimas hojas traspapeladas de mis* RECUERDOS las de una extraña historia, cuyos pormenores en mi memoria guarecidos surgen hoy por haberme venido á las manos, entre los papeles de mis legajos, la papeleta de defuncion de uno de sus principales protagonistas.

Es una historia difícil de narrar y no muy fácil de ser comprendida, á pesar de tener por base nuestra creencia católica y la fe del catecismo; pero como esto de la fe es hoy como el honor, que cada nacion, cada raza, y tal vez cada individuo lo entiende á su manera, lo toma por la parte que se lo dan, y lo profesa y acata segun el prisma á través del cual lo mira, más puro ó más descompuesto por la luz de su educacion, la niebla de sus supersticiones ó las tinieblas de su ignorancia, siempre resulta que en todos los corazones hay un fondo de creencia y de honra, desde la vírgen

inocente y casta que aspira á la santa beatitud en el silencio del cláustro, hasta la infame ramera arrojada al lodazal del vicio y del crimen por un hombre que, más infame que ella, pervirtió su alma y prostituyó su hermosura para comerciar con ella.

Estas dos criaturas, que son á mi juicio las más repugnantes y las que ménos honran al Criador, quien no crea ninguna tal sino la sociedad que las malea y corrompe, llevan sobre sí, usan ó guardan en algun rincón un rosario, un escapulario, una cruz, algo en fin, que les recuerda la chispa de una fe, el albor de una creencia, la remota pero imborrable idea de un Dios y de un honor, de quienes se acuerdan, por quienes juran y á quienes acuden algun día, siquiera sea en la última hora de una existencia, de cuyos días no han podido ó no se han curado de darse cuenta, hasta que al abandonarla se les presenta reducida á un punto de sombra en el pasado, y á una chispa de la luz de la esperanza en la eternidad.

Y ese es Dios, porque Dios existe, y á Dios se le ve en todas partes, y el hombre que, por sabio ó por impío, por maniaco ó por bestia, se empeña en negar á Dios, le ve dentro de sí mismo cuando cierra los ojos, y le confiesa cuando le niega; al pensar en Él, al negarle, ya duda, y si duda... teme, y si teme que Dios exista, ya cree en Él. Dios es Dios, como dicen los árabes; y yo comprendo todas las rebeliones de la humanidad, todas sus dudas y todas sus resistencias á todo lo escrito y á todo lo establecido, porque toda ley y toda institucion humana son susceptibles de error, de vicio y de tergiversacion; pero no concibo la negacion de Dios, y sobre todo la necesidad ni el empeño sistemático de negarle.

En un álbum que me presentaron en no sé bien qué población de Cataluña para que en él escribiera, hallé una página con estas palabras:

«El hombre no será hombre mientras Dios sea Dios.»

Tal proposición, que me arrancó una espontánea carcajada, estaba firmada por mi amigo Suñer y Capdevila; porque yo soy amigo de Suñer desde que le conocí al volver de América en 1866; vivimos en Barcelona en distintos pisos de una misma casa; y á Suñer le sucede con Dios lo que á D. Quijote con la andante caballería; Suñer es un hombre sincero, servicial, honrado, buen padre y amantísimo de su familia; buen amigo, leal compañero y de simpática sociedad y amena conversacion; pero está contra Dios, y se empuerra en vivir en continúa pelea consigo mismo, como un monomaniaco que se empeñara en desprenderse de su propia sombra; y cuando escribió «el hombre no será hombre mientras Dios sea Dios,» con el vervo *ser* afirmó, en vez de negar, la existencia de Dios, y estampó una inexplicable é incomprensible paradoja, parodiando las de Víctor Hugo, que las tiene extremadísimas.

Tengo yo para mí que mi amigo Suñer, cargado de ver á Dios tan traído y llevado por calles y callejones, por libros y por periódicos, puesto tan continúa y malamente por encubridor de ambiciones mundanas, de extravagantes hipocresías sociales, y de cábalas y bribonadas políticas, ha dicho: «Hay que regenerar esta sociedad, que tan sin ton ni son mete á Dios en todo y para todo; con que ¡fuera Dios!» Y no quiere Suñer oír hablar de Dios, porque no le ve en medio del tumulto que levantamos por Dios los que en Él creemos y los que en Él se apoyan para vivir bien á su sombra sobre esta tierra de María Santísima.

¿Y á qué viene toda esta estrambótica digresion, y qué tiene que ver con Dios y con Suñer la mulata del juramento? habrá ya dicho tal vez algun lector de *Los Lunes de El Imparcial*.

Pues, como dice un refran, que por todas partes se va á Roma, puede que por la churrigueresca portada de esta excéntrica digresion, hayamos entrado lógicamente en materia y demos á vuelta de hoja con mi mulata y su juramento.

III

Todas las noches que al teatro de Tacon asistía en la Habana, ocupaba yo una butaca de esquina central, y tenía cuidado de ir á la hora justa, para no llamar la atencion entrando ya la representacion comenzada; y todas las noches, ya comenzada, entraba en un palco central una hermosísima criolla, de un poco más que mediana estatura, de busto y brazos esculturalmente modelados, ojos negros, luminosos y ricos de pestañas; de tez pálida y un si es no es esmaltada con ese tinte cobrizo con reflejos de oro que irradia la piel de algunas mujeres de los climas tropicales. Con aire señoril y desdeñoso, lujosamente vestida, caprichosamente peinada y ostentosamente cargada de anillos y pedrería, sentábase aquella encantadora muchacha en un palco de cara al público, y apoyaba en el rodapié, calzados de raso blanco, los dos piés más pequeños y provocativos sobre que ha podido presentarse en teatro español bailarina malagueña, ni alma tunecina en café

marroquí ó serrallo de Constantinopla. Era aquella una criatura de las que echa el Criador á la tierra para perdicion ó desesperacion de algun hombre, para gala y asombro de algun país; pero era una belleza cuyo atractivo era todo material, y despertaba todas las sensaciones, todos los deseos, todos los apetitos de la passion, pero hablaba poco al alma; electrizaba el sistema nervioso, pero no poetizaba el espíritu; no excitaba los sueños respetuosos, los delirios castos de un primero y juvenil amor, sino el ánsia nerviosa, la rábia concupiscente de una passion fogosa que no acepta obstáculos.

El rojo encendido de sus sensuales lábios, sobre los cuales pasaba de cuando en cuando su lengua fina para librarlos de la sequedad de una atmósfera de cuarenta grados, el casi imperceptible bozo que apénas la sombreaba el superior, los dos hoyuelos que cavaba en sus mejillas, un mohin graciosísimo é indescriptible que hacía al sonreir y al romper á hablar, el vello finísimo, perceptible sólo con los gemelos, de sus desnudos brazos, las curvas voluptuosas de sus formas ligeramente acusadas bajo sus ligeras vestiduras, y el aplomo con que se exponía á ver y á ser vista, sin miedo á la más insistente contemplacion, ni á la inspeccion más minuciosa, persuadida sin duda de su perfecta y atractiva belleza, la constituían en espectáculo de los entreactos y en distraccion durante las representaciones de los que al alcance de la vista la teníamos.

Era el ejemplar más castizo de esas seductoras y apasionadas hermosuras cubanas que han hecho perder, primero el juicio y despues la ilusion, y alguna vez, al fin, la paciencia y los estribos á muchos europeos que no han sabido resistirlas.

Pero no se imagine nadie por lo dicho que aquella primorosa criolla era una muchacha descocada y audaz, provocativa ó despudorada, no; aquella firmeza en el mirar, aquella serenidad en el presentarse como exponiéndose, era sencillo, digno, natural en ella, como en las frutas y los árboles de su país tropical es natural la exuberancia de hojas, lo jugoso de la sustancia, lo activo del dulce y lo subido del aroma.

Era una hermosísima criatura, en la cual fijaba yo mil veces los ojos en aquel teatro, y con cuyas miradas se cruzaban mil veces las mías; cuando yo la miraba con unos gemelos de poderosos cristales que me prestaba el malgrado Isidoro Lira, creía yo ver salir y respirar el aliento de su boca, y percibir las perfumadas emanaciones de su cuerpo cargado de esencia de rosa; pero entre aquella mujer y yo no había simpatías ni atractivo alguno; no había más que la curiosidad, en mí de su hermosura, en ella de mi celebridad y de mi enlutada figura, porque yo vestía constantemente mi sombrío y siniestro luto. Había además entre ambos un motivo pueril de enojo en el pasado, y un instinto presentimiento antipático para el porvenir.

IV

Tenía en la calle de la Muralla una tienda, variada y ricamente surtida de esos objetos múltiples que constituyen lo que, traducido bárbaramente del francés, ha dado en llamarse *bisutería*, un tal Corugedo, cuya tienda estaba bautizada con un título algo extravagante, y

que aquél giraba bajo la razon social de *Corugedo hermanos*. Uno menor tenía consigo á quien paternalmente aleccionaba para dejarle su floreciente comercio, ántes de volver á establecerse y morir en la provincia de España, en la cual habían ambos hermanos visto la luz, creo que en las Asturias.

Y este Corugedo, el mayor, es uno de los hombres á quienes Dios me ha hecho encontrar sobre la tierra para enseñarme á estimar á la humanidad, á respetar la honradez y á despreciar mi miserable ingenio, que no ha sabido más que meter ruido sin utilidad de nadie, empezando por mí.

Recorriendo una tarde la ciudad con un corredor español que me la enseñaba, díjome éste que había por allí un comerciante que no se atrevía, aunque tenía gran deseo de ello, á invitarme á su mesa, porque temía que yo no aceptara su invitacion, descendiendo desde el olimpo de los palacios y salones de los personajes por quienes, andaba yo festejado, á su humilde trastienda, como él llamaba á la vivienda que tras de su mostrador tenía escondida.

Cuál fué mi asombro al encontrarme en su interior una biblioteca de miles de volúmenes, adornadas sus paredes con los retratos de Ercilla, Quevedo, Lope, Calderon y todos los que forman la coleccion grabada que publicó la Academia Española, más los del Duque de Rivas, Hartzenbusch, García Gutierrez, Espronceda, conde de Toreno, etc., recogidos de las ilustraciones modernas. Tenía allí el buen Corugedo ánforas, armas y antigüedades por él recogidas, y tras de aquel salón-biblioteca dos cámaras de dormir, frescas, enfloradas, coquetas, con todo el comfort inglés de las modernas instalaciones.

Pero lo que más me asombró de hallar, entre aquel interior del hombre estudioso é inteligente y aquel mostrador y anaquelaría de mercader, cargados de chinas y inglesas porcelanas y argentería y diamantes, fué la sencilla modestia de aquel asturiano, de exterior vulgar, que me contaba, complaciéndose en tales recuerdos, cómo había desembarcado en la Habana, sin más que lo puesto; cómo había dormido la primera noche en el pórtico de una iglesia, por no haber encontrado á un paisano para quien traía una carta de recomendacion, y cómo, arrostrando trabajos y devorando afanes, cuarto á cuarto, peseta á peseta y duro á duro, á fuerza de aceptar arriesgadamente y cumplir casi por milagro plazos y compromisos, había cimentado el capital y el crédito que aquel almacén y su razón social representaban. El orden y la limpieza con que tenía colocados y clasificados todos los heterogéneos artículos de que su comercio se nutría, demostraban, como su biblioteca, comprada libro á libro, todo sin un átomo de polvo ni una empañadura de humedad, la honradez jamás desmentida y la tenacidad perpétua, con las cuales aquel hombre había logrado hacer al par, por sí solo, su fortuna y su educacion; porque aquel hombre había leído y sabía lo que decían todos aquellos libros suyos: el P. Feijóo, el P. Mariana, César Cantú, etc., y todos los setenta tomos de los clásicos de todos los países, publicados hasta entónces, de la colección Bandry, en donde halló y se enamoró de mis versos, por los cuales me tenía por uno de los primeros hombres del mundo. Jamás pude convencerle de que él valía más que yo, puesto que más que yo poseía, y que mi gloria no era más que un zumbido tenue, como el del mosquito, y un resplandor efímero,

como el del relámpago. Jamás pude obligarle á suprimir el respeto y las deferencias con que me trataba, ni pude jamás manifestar ante él un deseo ó una necesidad que no me realizara ó no me cubriera. Hablé de sustituir con cerveza el agua de la Isla, que no me sentaba, y me envió un tonel de doscientas botellas de la mejor de Inglaterra: oyó decir que no cazaba en el cafetal porque no tenía armas, y me envió una finísima escopeta belga con todos los arreos de caza, y por él y en su casa nació la ojeriza con que me miraba con sus gemelos la hermosa criolla del teatro de Tacon.

Trabé yo, pues, con Corugedo una amistad sincera y por mí agradecida, aunque poco cultivada por la ausencia de la ciudad, á que me obligaba y en que me tenían mi asídúo trabajo y mis íntimas pesadumbres; pero no dejaba de pasar media hora en su tienda, ó de almorzar con él en su almacén, siempre que del campo volvía á la ciudad.

Gozábame en registrar sus escaparates, en admirar los caprichosos dijes y valiosas joyas que en ellos encerraba y en preguntarle su uso, su precio, su origen y su historia. Un día tropecé con un estuchito de nácar que encerraba un anillo:

— ¡Precioso topacio! — exclamé al ver dentro el que me lo pareció, orlado de brillantes blancos.

— Mírelo usted bien á la luz, que no es topacio — me dijo Corugedo.

Era un brillante rojo brasileño. Son raros, y recordé que eran muy estimados en Méjico, y que había una persona de familia á quien debía yo favores que de uno de ellos tenía antojo; pregunté á Corugedo el precio del suyo; registró su libro, y respondió:

— Factura del Brasil, cincuenta onzas.

Contemplé y admiré, y alabé la piedra, pero volví á colocar el anillo en su estuche y la cajita en el lugar en que la había hallado.

Días mas tarde, un sábado, iba yo á despedirme del buen asturiano despues de haber almorzado con él, cuando una volanta, chapeada de plata, tirada por dos caballos castaños, conducidos por un negro vestido de grana y galoneado de oro, paró á la puerta. En la volanta venía la hermosa criolla del teatro de Tacon, toda de blanco, calzada con chapines de seda, como en *Des-habillé* de mañana, pero toda cubierta de encajes, y exhalando aromas, necesarios á las morenas en tan cálidos países. Vióme y la ví; pero como no había por qué decirnos nada, yo me senté tras el mostrador á hojear un libro ilustrado, y los dos Corugedos fueron llevando cajas y compartimentos de sus escaparates para que escogiera lo que á buscar venía. Las señoras no se apean allí de sus carruajes para entrar en las tiendas á hacer sus compras. Pidió, buscó, revolvió, desdeñó, apartó, desechó y regateó muchos objetos; y dejando marcados los por ella elegidos, partió sin dar su tarjeta, ni las señas de su casa; era sin duda parroquiana ó conocida de los comerciantes, y curioso yo de saber quién fuese, pedíle de ella noticias á Corugedo.

No sé más, me respondió éste, que lo que se dice: es hija única de un cubano que heredó un cafetal á medias con una hermana, y hoy es una buena finca que posee solo por fallecimiento de su coheredera. La finca dicen que produce de 60 á 70.000 pesos, y ha vivido en ella y á su cuidado hasta hace dos años, que se estableció con su hija en la ciudad en casa que compró. Se cree que tiene una suma fuerte, impuesta en un Banco de Inglaterra ó de los Estados-Unidos, fruto de los ahorros

de diez años, suyos y de su difunta hermana, que fué siempre avara y murió doncella. Esta tuvo mucha predileccion por un hijo de un primo, que se pasó la vida conspirando contra el gobierno y que murió emigrado en Nueva-York; y parece que la tía quería casar á este primo segundo con esta muchacha, para que toda la hacienda quedara en los dos chicos, que son los últimos individuos de la familia. Hasta hace año y medio todo marchaba por este rumbo; pero el padre, que desde que se vió sólidamente acaudalado, echó ambicion y vanidad sin saber en qué fundarlas, ha pensado en un matrimonio de esta muchacha que sea más ventajoso para él, satisfaciendo las aspiraciones de su orgullo, y su fortuna se lo ha deparado. Un jóven de la nobleza de España, cuyo padre tiene grande influencia en Palacio, vino á Cuba con una comision secreta é importante para el capitan general, y á recoger al propio tiempo un puñado de miles de duros que le dejaba aquí un togado, que murió viudo despues de veintidos años de permanencia en la Isla.

El jóven de Madrid, que desde chico anduvo en la carrera diplomática, se enamoró de esta criolla; procuró al padre no sé qué cruces y bandas de España, de Roma y de Nápoles, y el mes pasado se volvió á Madrid para arreglar sus papeles, y tornar el que viene á casarse en el de Mayo. Al padre le atribuyen los chun-gones la pretension de convertir el cafetal en condado y titular; pero no es probable ni que él se desvanezca tanto, ni que tanto pueda en Madrid el novio; que por otra parte, pasa por el más cumplido caballero que ha pasado el mar. Esto es todo lo que se dice, y tal como se dice se lo digo á Vd., sin salir garante de nada. El padre y la hija andan, como los ve Vd. en el teatro,

muy fachendosos; aquí, en mi casa, compran continuamente; pero la chica regatea siempre; ha sacado, por lo visto, algo de la tía doncella; por cinco onzas ha rehusado el brillante del Brasil; y la verdad es que no he querido rebajarla una de sesenta y cinco que la pedí, porque he visto que á Vd. le gusta, y prefiero que Vd. lo lleve á Méjico; le servirá para hacer un buen regalo.

Calló Corugedo, y ofrecióme el estuchito de nácar.

—Es muy caro para mí—le dije.

—No tiene Vd. que desembolsar una peseta; yo comercio en todo; págueme Vd. en libros, y aún ganaré.

Velis nolis, me hizo un pedido de libros, disparejo del valor de su joya, y me metió el anillo en el bolso.

Yo soy tan tonto como otro cualquiera, y al día siguiente, domingo, llevé el brillante en el dedo al teatro.

Al fijar mis gemelos en la hermosa criolla, las facetas de la piedra descompusieron la luz de la araña, bajo la cual tenía yo mi asiento, y pintaron nueve chispas de luz en el espejo que había en su palco; tomó ella sus gemelos, y reconoció el anillo; frunció el entrecejo, y mi vanidad pueril me atrajo sin duda una mujeril enemistad.

V

La de aquella criolla no pasaba de una historia vulgar; como otros mil, su padre, hombre vulgar, adquirió vanidad con el dinero; y como cualquier otro padre vulgar, pensaba en casar á su hija con quien por ella le diese honores, y por su influencia en la córte, relaciones y posición, que el dinero sólo no suele dar; á no que sea tanto, que su poseedor se convierta en

becerro de oro y sea por consiguiente adorado. Padres como el de la criolla he conocido muchos; becerros de oro, algunos; y alguno que, á pesar de su oro, no pasaba de becerro.

Que la hermosura de la chica hubiera fascinado al jóven de Madrid, y que por ello la chica tuviera vanidad en exhibir aquella hermosura que había conquistado aquel buen partido, con envidia y despecho de otras muchas, que probablemente se creerían de él desahuciadas por ella, era la cosa más natural en el modo de ser de nuestra sociedad.

Que el primo segundo, á quien para marido de la chica destinaba la difunta doncella, viéndose pospuesto al forastero, odiase al español y rumiara allá en sus adentros una venganza más ó menos positiva, hija de su casi justo despecho, no pasaba tampoco de una de esas vulgaridades de que la vida social se compone; y yo leía todas las noches, desde que me la contó Corugedo, las breves páginas de aquella vulgar historia en las tres figuras que llenaban el palco de aquella seductora Venus cubana; el padre, erguido y grave, y el primo, pálido y de ojos inquietos y recelosos.

Pero he aquí un ejemplar del extraño modo de ser de los poetas que lo vemos todo á través de nuestra fantasía, prescindiendo casi siempre de la lógica y del sentido comun. ¿Qué tenía para mí aquella hermosísima criolla, que el cuadro de tres figuras de su palco estaba como fotografiado en mis ojos, y flotaba sin cesar en el vacío de mi imaginacion? Me estorbaba para trabajar la imágen de la criolla; me faltaba tiempo para llegar temprano al teatro; cuando ella tardaba no podía yo atender á la representacion, inquieto como si sobre espinas estuviera sentado; y hasta que ella entraba en

su palco no me parecía á mí que había nadie en el teatro. ¿Era la simpatía en que empieza á germinar el cariño, que es el soplo que aventa la ceniza que cubre el incendio del amor? No; en aquella adorada Vénus de Milo, la materia, la carne palpitaba demasiado bajo su piel aterciopelada, y bajo sus formas demasiado redondas irradiaba un calor demasiado concupiscente; no era el suyo el tipo de la mujer que yo imaginaba para el amor; yo he simbolizado en la doña Inés, de mi don Juan, la mujer toda espíritu, que da su alma por el que ama; que no podría dar un beso á su amado sin transmitirle su alma por los labios; y aquella sin par y hermosísima criolla era una hurí de las que pobló Mahoma su paraiso de deleites carnales; y el amor no podía adorarla como ángel de luz, ántes de hallársela entre los brazos ángel caído por el pecado; aquella mujer no era más que pecado; vehemente, delicioso, irresistible, capital, como el de Eva; pero un pecado sólo de la materia, y yo he pecado siempre con el espíritu; y sin duda mi espíritu se rebelaba á no hallar en aquella mujer más que la materia, y luchaba por darla un espiritualismo, una importancia poética, que ó no tenía ella, ó escapaba al análisis poético de mi espíritu.

¡Cosas de los poetas! En cuanto damos con una mujer bonita, ha de ser una heroína de novela, una misteriosa ondina de una balada, ó nos damos por engañados, vendidos y arrastrados por la tierra entre los gusanos y el polvo.

Un día de fiesta daban por la tarde una opereta bufa las segundas partes de la compañía; funcion de muchachos, negros y amas de cría. Quise conocer aquel público especial, y mandé reservarme mi butaca; pero no me apresuré para ir, puesto que no esperaba encontrar

en semejante fiesta á la orgullosa criolla. Me había equivocado: estaba ya en su palco, cuyo fondo y personajes formaban un cuadro risueño y encantador, completamente distinta del serio y almidonado de las representaciones de la noche.

La criolla había venido sin su padre; su primo se apoyaba en el respaldo de su sillón, risueño, decididor, galán con su prima; no parecía sino que había tenido carta del español anunciándole que no volvía, y que podía recobrar sus derechos. En un asiento más bajo, casi á los piés de la criolla, jugando, riendo y saltando de gozo, asistía á la representación la más preciosa criatura que ha nacido de mujer; una *mulatica* de diez y seis años, de boca fresca y sensual, de ojos saltadores, de inquietud de ardilla y de hermosura y formas incomparablemente provocativas. Llevaba un pañuelo rojo, de seda, coquetamente anudado al rodete; encuadrando su frente una espesa corona de rizos naturales, bajo los que chispeaban los dos ojos más juguetones que se miraron jamás en los cristales del Darro y del Guadalquivir. Con esa audacia de la mujer de los climas cálidos, había anudado á su cintura el chal ligero que sobre sus hombros traía; y bajo una simple camisa de batista, orlada de encajes, dibujaba con sus movimientos el pecho firme que nunca había oprimido corsé, mostrando desnudos desde el hombro dos brazos perfectísimos, que tal vez tampoco habían nunca cubierto mangas. De estos brazos se servía aquella criatura con una gracia que no cabe en explicación, dándolos un arqueado y unas ondulaciones como los cisnes á su cuello y las panteras á su cola. Sus ojos inquietos acudían á todo, y las ventanas rosadas de su nariz aleteaban al respirar; había algo de la raza

felina en aquella muchacha, y en la suavidad con que besaba la mano y se frotaba los carrillos contra los brazos de su señora, y en la rapidez y flexibilidad con que sus manos jugaban con las borlas del ceñidor de la criolla, había algo de los gatos chiquitos entre cuyas manos entrega su madre un ovillo. Hacía ya diez minutos que se había concluido el acto, y no perdía yo, encantado, gesto ni movimiento de aquella mulata tan incomparablemente graciosa.

Y no vaya á figurarse lector alguno al leer *mulata* una mujer hocicona, chata y cobriza: la mía era blanca y rosada; sólo un ojo de capataz podía apercibir alguna suavísima tinta parda en las comisuras de sus labios, en las ventanas móviles de su nariz ó en el arranque fino de su pequeña, recogida y delicada oreja; signos á veces imperceptibles para ojos de europeo que no ha habitado largo tiempo aquellas regiones, donde los individuos de la raza humana están clasificados como los caballos y los perros de caza. La naturaleza se complace en producir una de estas criaturas en una estirpe de mónstruos, como tiene el capricho de hacer brotar una mata de fragantes azucenas en un fétido pantano.

Estas mujeres son muy apetecidas y buscadas por los viciosos, los libertinos y los viejos extragados por los excesos: yo no he tenido tiempo de estudiarlas; pero las pocas que he conocido me parecieron, más que hijas de nuestra engañada madre Eva, de la serpiente que la engañó.

La de esta historia era una criatura preciosa, de la cual no se podían apartar los ojos, una vez fijos en ella; porque la figura de sus facciones, la proporción de sus formas y la gracia infinita de su mirada, su

sonrisa y sus movimientos, atraía y encantaba; ella lo sabía, pero aparentaba con tal naturalidad no saberlo, que todo parecía en ella espontáneo, siendo todo artificial; nada escapaba á sus ojos ni á sus oídos de cuanto en su derredor sucedía, y juzgaba con la más calculadora exactitud el más mínimo efecto que producía en los que la contemplaban. Una gata que escondía las uñas: tal me pareció la primorosísima mulata.

Al concluirse el espectáculo, me aposté en el vestíbulo para verlas pasar: ellas esperaron á que se aclarara el monton de gente que se precipita por salir pronto, y tal vez á que se formaran las dos filas de curiosos impertinentes que pasan revista á las mujeres en estos pasos, para atravesarla y salir en triunfo: vanidad mujeril excusable en las hermosas. En el umbral del pórtico dí con el doctor Zambrana, que aguardaba parte de la familia que había enviado á la funcion de la tarde, y juntos vimos aparecer á la desdeñosa criolla, seguida de su aceitunado primo y de su primor de mulata. Acercóseles su volanta; adelantóse Zambrana y dió á la criolla la mano para tomar el estribo; sentóse el primo á su izquierda, y trepó al taburete central, y se acurrucó á los piés de su ama la mulatica, como si fuera una de esas diminutas galgas inglesas que parece que de finas se transparentan.

— Adios, doctor — dijo la criolla.

— Adios, Olimpia — la dijo Zambrana saludándola.

Y partió la volanta como el carro del sol en el cuadro de Guido Reni, entre un destello de luz y la bocanada de perfumes que exhalaban los vestidos y los ramilletes de aquellas dos mujeres; de las cuales me dijo Zambrana con el guiño, la acción y el dejo peculiares de los habaneros:

— Compadre, de eso no hay por allá.

— En verdad, doctor, que son dos criaturas preciosas — respondí.

— Y que puede que se las lleven á Madrid; porque en el paquete próximo viene el prometido de Olimpia, y es natural que quiera enseñar la corte á su novia.

— ¿Y quién es él?

— Pues usted debe de conocerle: él habla de usted y de su padre, y es todo un caballero y un buen mozo.

— ¿Cómo se llama?

— Leandro Nuñez de Valdenebro.

La sombra indeterminada de una reminiscencia confusa oscureció un momento mi memoria. Uno de los pliegos cerrados que el difunto Cagigas me dejaba, estaba sobreescrito con este nombre, y varios Valdenebros cruzaban por mi mente entre los recuerdos de mi niñez.

— No caigo, doctor — le dije al fin; pero es posible: cuando vuelva lo veremos.

— Si entretanto quiere usted que le presente á Olimpia y á su padre...

— Ya encontraremos ocasion: aunque no sea más que por volver á ver á la mulatilla.

— Es un demoniejo, capaz de revolver medio mundo.

— ¿Y cómo se llama ese precioso *chisgaravís*?

— Se llama María; pero la llamamos la Golondrina.

VI

Y se acabó la temporada del teatro, y me volví yo al cafetal de Calvo, y siempre, en medio de mi asídúo trabajo, me bailaban por encima de mis papeles y por

entre las líneas de mis versos, las imágenes de aquellas dos incomparables criaturas que se llamaban OLIMPIA y la GOLONDRINA.

Y muchas noches, en ese intervalo inapreciable en que se flota entre la vigilia y el sueño, me ocurría preguntarme á mí mismo: «¿Quién será y qué tendré yo que ver con este D. Leandro Nuñez de Valdenebro?»

VII

Había pasado un mes, y con él habían pasado la Gassier y la Gazzaniga y las luchas del teatro, que se había cerrado ó cuyo abono había yo dejado: no lo recuerdo ya. No se me cocía el pan, como vulgarmente se dice, por salir de Cuba y volver á Méjico, adonde me obligaba á tornar la palabra dada á Cajigas á la hora de su muerte: con cuya palabra estaba ligada la de entregar el pliego que con su nombre dejaba sobreescrito á aquel Leandro Nuñez de Valdenebro; á quien, como á aquellas dos mujeres que con él andaban desperdigadas por mi imaginacion, no había olvidado, pero á quienes el afan perpetuo de mi forzado trabajo no permitía ya entorpecérmele con su continua aparicion.

Dejé un sábado el cafetal para entregar mis manuscritos á Isidoro Lira, y como Corugedo no me supiera decir nada de la criolla, que por su tienda no había vuelto, me ocurrió pedir de ella y de su novio noticias al doctor Zambrana, que era su médico. Fuíme á comer con él el lunes, único modo seguro de dar con él; mas cuando, suponiendo que no había indiscrecion en preguntarle por Olimpia, puesto que era una de sus clientes, solté su nombre en plena mesa, ante su familia,

el de la criolla le hizo fruncir el entrecejo, y ví con sorpresa que afectando una indiferencia completa me respondió: — «No sé de ella; puede que se haya ido al cafetal con su padre.»

Quedéme perplejo y como tonto en vísperas ante aquella evasiva del doctor, y más curioso y empeñado que nunca en averiguar en qué misterio estribaban la torpe inoportunidad de mi pregunta y la inesperada puerta de escape, por la cual se me había salido el doctor, dejándome sin respuesta. Generalizamos la conversacion; y concluida la comida, y con el café aún en los labios, díjome Zambrana «vámonos á su casa de usted: me leerá lo que ha traído para el Diario;» y me sacó de la suya, pero no llegamos tampoco á la mía. Al cruzar el paseo de Isabel II, donde ya no se paseaba nadie, no pude yo con mi impaciencia; y deteniendo al doctor, le dije: «comprendo que he cometido una torpeza; pero no comprendo por qué. ¿Qué hay, doctor? ¿El nombre de esa señorita Olimpia no puede pronunciarse en su casa de usted, ni delante de su familia?»

— Sí se puede, hombre: pues ¿por qué no se ha de poder? Lo que no se podía hoy en mi casa y en mi mesa era contar lo que sucede en casa de esa señorita Olimpia.

— Pues ¿qué sucede?

— Nada que no sea vulgar y que no haya sucedido ya cincuenta veces; pero que nadie podía esperar que sucediera por quien ha sucedido: lo que constituye en un villano *sin vergüenza* á un mozo de tan alta posición social, como su paisano de usted D. Leandro Nuñez de Valdenebro.

— Explíquese usted, doctor, exclamé. Yo tengo unido en mis recuerdos de niño y en mi conciencia de

hombre con la honra y la caballerosidad el nombre de los Valdenebros: supongo que éste es hijo de alguno de los que yo estoy acostumbrado á respetar y á honrar; y aunque no le conozco más que de oídas, tengo para él un pliego de un hombre que no pudo conservar relaciones póstumas con villanos tan *sin vergüenza*, como usted supone á ese paisano mío peninsular.

— Que supongo ¿eh? Va usted á juzgar de mi suposición: el D. Leandrito debió venir con el paquete de Febrero; pero no viene hasta pasado mañana con el de Inglaterra. Una carta ha venido en su lugar, que anuncia su llegada con todos sus papeles en regla, con el beneplácito de su familia, el permiso de su jefe el ministro de Estado, y la enumeracion de los regalos y los honores que para el padre y la hija trae; expresando con vehementes y apasionadas frases su deseo de que su matrimonio se efectúe inmediatamente.

— Nada más natural, doctor.

— Aguarde usted, señor poeta; hay otra cosa más natural todavía, me dijo el doctor apoyando su mano derecha en mi hombro izquierdo.

— Ya, repliqué yo; la alegría natural del padre y la hija: del uno, porque logra su ambicion, y de la otra, porque se calza con el mejor partido que ha arribado á las Antillas.

— Pues es un calzado que la viene muy estrecho y no quiere calzárselo, y escuche usted. Mientras el padre y la hija leían la afectuosa carta del novio y la rica enumeracion de los regalos, la GOLONDRINA, que estaba presente, comenzó á ponerse muy pálida, hasta que cayó en tierra con una convulsion. Acudieron á ella padre é hija, y la crisis nerviosa se resolvió en amargo y copioso llanto, entre quejas y exclamaciones y demandas

de perdon; que concluyeron por alarmar á la hija y al padre, con el más desagradable temor del mundo.

En una palabra, hay cosas que los médicos tenemos que decir cómo se hacen, pronto y brutalmente; yo fui llamado para reconocer á la *mulatica*, que está embarazada de cinco meses; y el padre de lo que trae en el seno es el D. Leandro, á quien sirvió ella mientras estuvo hospedado en el cafetal. Esto es lo que hay.

Un mal pensamiento y una mala sombra acudieron á un tiempo á mi imaginacion, pero no me atreví á revelárselos al buen doctor Zambrana, porque no tenían más base que mi loca fantasía.

Contemplábame con una sonrisita un si es no es burlona el doctor, y callaba yo abismado en mis reflexiones. El caso era tan vergonzoso, como de difícil solucion. Un hombre noble, que hospedado en casa de su novia, paga aquella hospitalidad deshonrando la casa y haciendo imposible el matrimonio á que aspira, prueba, en efecto, que es un villano; y además que es el más torpe ó el más desvergonzado de los hombres, faltando á su prometida antes de que sea su mujer. ¿Qué mujer, no siendo como él desvergonzada y villana, ha de aceptar el porvenir que semejante pasado la promete?

Una consideracion me absorbía sobre todo; y era la levadura que, fermentando allí hace ya muchos años, ágría y afloja la union y los lazos de fraternidad entre la Isla y la madre patria: el recuerdo de lo por mí visto en el teatro; la sonrisita y el tono del doctor Zambrana, quería decir en estilo cubano: ¿qué tal, compadre, qué le parece á usted lo que nos viene de allá?

Y yo me sentía de parte del español, como sentía al doctor de parte de la criolla.

— Doctor, le dije al fin rompiendo el mutismo en que estas reflexiones me habían sumido; usted tiene razon, hay hechos brutales que hay que revelar brutalmente; pero á mí no me caben juntas en la cabeza la brutalidad y la hidalguía de que tiene fama el Nuñez de Valdenebro. Aquí hay algo que no alcanzamos todavía. Dejémoslo venir; y puesto que usted es el médico de la mulata y yo he de tropezar por un pliego que para él tengo con el D. Leandro... dejemos que amanezca Dios y nos veremos las caras.

— Hay que ver la que él pone á la revelacion de la mulata, dijo Zambrana.

— Esa y en tal ocasion es la que yo quiero ver; pero no sola; quiero otras caras enfrente de la de Valdenebro. Yo pienso dar la mía en este mal negocio, si el que ha de venir me la pide: ¿me promete usted, doctor, no negarme la cara si necesitamos de usted?

— Yo soy hombre que no la vuelvo nunca cuando una vez la doy, dijo gravemente Zambrana; y en esta cuestion entro con mi cara y mi conciencia; pero aquí, mi querido poeta, la cuestion va á reducirse á la de aquel abogado, á quien viéndole divagar para exponer un caso semejante, dijo el presidente del tribunal:—Al hecho, señor abogado, al hecho.

Y el abogado, echándose por el arroyo, dijo:— El hecho, señor presidente, es un muchacho hecho y derecho; el que lo ha hecho niega el hecho; este es el hecho: y se echó á reir el buen doctor y poeta Zambrana.

— Pues bien, le dije yo. Del dicho al hecho... Doctor, dejemos venir á Nuñez de Valdenebro.

Y con un apretón de manos nos separamos; Zambrana riéndose y negando con la cabeza, se fué á ver

sus enfermos, y yo á corregir mis pruebas á la imprenta del *Diario de la Marina*, dando vueltas á un mal pensamiento que excitó en mí la preñez de la mulata.

La de siempre: cuidados ajenos mataron al asno. ¡Qué tenía yo que ver con aquellas gentes! ¡Quién mil diablos me metía á mí entre la mulata, el español y la criolla!

La fantasía, el espíritu del romanticismo, que en todo veía leyenda ó drama: tenía razon el doctor; el caso era de lo más prosáico y vulgar del mundo, y la solucion iba probablemente á ser escandalosamente ridícula; pero yo soy el Quijote de los poetas, y en los más vulgares hechos se me ha antojado encontrar las más poéticas aventuras.

VIII

A no escribir un capítulo de uno de esos libros concebidos en el fango del vicio para glorificar la desvergüenza del pecado, que hoy se llaman obras literarias del realismo, no hay modo de relatar los vulgares hechos en que estriba la situacion de los personajes de esta historia; que como tal y verídica y realmente sucedida, está naturalmente basada en la realidad de la verdad.

No sólo no faltara, sino que hubiera muy de sobra quien disculpara, y áun envidiara al que por mi preciosísima mulata se arrojara á un desatino y cometiera con ella un sabrosísimo atropello; pero no seré yo quien, adoptando la brutal claridad y la realidad repugnante del género Zola, ponga desnuda á la vista del lector á la Golondrina, le haga aspirar las emanaciones

animales de la mujer, y excite bestialmente su concupiscencia con la exposicion de su desnudez, para justificar la traicion del amante y la alevosía del caballero, en la inconcebible conducta de Leandro Nuñez de Valdenebro con su prometida la criolla y con su padre, cuando en su cafetal le hospedaron.

Si la mulata decía verdad, y sólo ella debía saberla, el futuro esposo de su ama era el padre del hijo concebido en pecado, que ella en su seno sentía gestar y crecer; y ántes de que un hijo legítimo naciera de aquel apalabrado matrimonio que á efectuar volvía Valdenebro, debía nacer en aquella casa el fruto del placer ilegítimo; la prueba irrecusable de la villanía del novio, del insulto hecho por él á la criolla, de la deshonra de ésta si la aceptaba, y de la desvergüenza de su padre, sí, á trueque de unos efimeros honores y de una vacía importancia, admitía para su hija un marido que, miéntras juraba amor y fidelidad á su hija, engendraba la deshonra del hogar doméstico en donde iba á establecerla.

La situacion era inverosímil. ¿Qué pensaba hacer Leandro de la mulata y de su hijo? ¿Abandonarlos? ¿Reconocer al hijo y poner casa á la madre, á uso de la ley musulmana? ¿Conservar á ambos en la misma casa con su mujer? ¿Creía poder obligar á ésta á aceptar tal bigamia ilegal y anticristiana, y tan monstruoso concubinato? Porque él volvía en el supuesto de llevar á cabo su boda con Olimpia, y anunciaba en su carta que traía todos los documentos legales necesarios para la ceremonia nupcial, y los presentes de la boda que anhelaba celebrar inmediatamente; insensatez absurda sin haber asegurado el silencio y la anuencia de la mulata, comprándoselos á fuerza de oro ó haciéndola desaparecer de la escena por fuerza ó por voluntad.

En esta situación, y en tales circunstancias, desembarcó Leandro en la Habana, sin hallar en el puerto á su novia para recibirle y abrazarle, ni mensajero ó billete que de la razón de su ausencia le previniera, ni del lugar en que le esperaba le informase. Asombróse de tal conducta de Olimpia, y al saber que hacía pocos días padre é hija habían salido de la ciudad para el cafetal, supuso que no habían recibido su última carta, y que el laboreo de la finca, exigiendo en ella la presencia de su propietario, la hija había acompañado al padre; tomando, pues, la noche por forzado reposo, partió con sus documentos y sus regalos á la mañana siguiente para el cafetal de Olimpia.

IX

A pesar de la discreción del doctor Zambrana, quien sólo conmigo había hablado del caso, y del interés que en el secreto tenía la familia criolla, los que de ello podían ocuparse se ocuparon, y en el círculo en que padre é hija vivían se propagó el escándalo.

¿Por quién y cómo? *Vox populi?*.. ¡Quién sabe!

Yo había permanecido en la ciudad, y el nombre y la historia de aquel Valdenebro bullían sin cesar en mi mente, ocupando mi imaginación las móviles figuras de la criolla y de su mulata, del padre y el primo de la primera, y de aquel novio tan insensato cuyos hechos y cuyo carácter hallaba yo en completa contradicción. De las vidas ajenas me he preocupado yo poquísimo en la mía. No podía darme razón de la curiosidad y el cuidado que sentía por el recién llegado Leandro, hacía quien me arrastraba mi simpatía de español, y contra

quien me predisponía lo por él hecho con la mulata; para lo cual es preciso tener presente que hay en mí una repugnancia instintiva por las mujeres cruzadas como por los perros mestizos; y me molestaba, sin acertarlo á comprender, que un hombre tan bien educado, y de las cualidades, posicion y circunstancias que la fama suponía á Valdenebro, hubiera dado semejante resbalon y cometido tan inesperada sorpresa, de la cual creía yo capaces sólo á aquellos hombres groseros que se enriquecen en un tendejon ó en cualquier inno-ble tráfico, entre gente tabernaria, contrabandista, ru fianesca y maleante, para cuyo gusto no hay manjar acre, en cuyas costumbres no entra nada delicado, ni alimento, ni manjar, ni bebida, ni mujer, ni palabra. Entre éstos es la mulata una hermosura de gracia y atractivo carnal imponderable, pero con cuyo tipo no he podido yo nunca simpatizar. Hay gustos y gracias en nuestro continente y en nuestras islas, que jamás he podido contraer y que no me han seducido jamás, porque me han parecido sólo degradaciones del gusto, degeneraciones de la gracia y pruebas lastimosas de la decadencia de épocas ó de razas.

Lo mulato de allá es para mí como lo flamenco de acá; inconcebible é inaceptable. La mulata de allá es para mí como la jitana de un café flamenco de acá; en vez de cantar, aúlla; en vez de bailar, pateo, y en vez de cautivar con la hermosura y la gracia, excita el instinto brutal del macho con la desvergüenza provocativa de lúbricos movimientos y contorsiones lupanarescas. Pero vaya usted á oponerse al paso del tiempo y de la moda: miéntas pasa, vamos pateando y aullando para arrullar el sueño de la vecindad; y ¡olé! y ¡venga de ahí! hasta que amanezca Dios y mañana sea otro día.

Y por esto no podía yo concebir en el español Valdenebro, ni perdonarle su pecado con la mulata: hermosísima criatura, si en la voluptuosa belleza de su cuerpo no hubiera habido un alma atravesada y mestiza como la sangre: opinion que no pasa de extravagancia de poeta excéntrico y estrafalario, cuya curiosidad excitaban un caso y unas personas con quienes ningun lazo le unía.

Por fin dí con el doctor Zambrana, con quien yo procuraba hacerme el encontradizo. Llévemelo á mi hospedaje en hora en que mi hospedador, Isidoro Lira, asistía á la redaccion del *Diario de la Marina*; y á solas con él, y templando el calor con una botella de cerveza inglesa, de las del regalo de Corugedo, le dije:

— Doctor, -yo deseo ver y entregar á Leandro Nuñez de Valdenebro un pliego que para él tengo: pero temo cometer la menor indiscrecion si, como es posible, me veo en la necesidad de intimar con él relaciones, ignorando á qué atenerme en las suyas con Olimpia. ¿Qué hay, pues? ¿Qué sabe usted y qué puede decirme?

— Lo sé todo, porque todo lo he presenciado — dijo el doctor — y todo puedo decírselo á usted, porque tal vez usted pueda sacar de él más partido del á que él quiere darse.

— Doctor — exclamé — tenga usted en cuenta que no es la mía meterme en negocios ajenos; sólo deseo saber el terreno que piso en éste, porque es de aquellos cuyo hilo pára siempre en una maraña.

— Usted hará lo que le convenga; pero despues que sepa lo acontecido, no podrá usted dar traspíe por ignorante.

— Diga usted.

— Yo soy médico y amigo de la casa; conozco á

Olimpia desde muchacha, y puede usted suponer que he sido llamado como amigo y como médico en esta ocasion, y con este doble título me hallaba en el cafetal á la llegada de Valdenebro.

— ¿Y qué?

— Que sintiendo el carruaje en que venía, se abalanzó al balcon Olimpia, y al ver quién era, llamó á la Golondrina con un furioso campanillazo. Presentóse Valdenebro en la sala, seguido de dos negros cargados con cajas, que colocaron en los muebles, y apénas ellos idos y sentado Valdenebro, se le puso delante Olimpia, arrastrando con ella á la mulata, á quien arrojó á los piés de su novio, diciéndole:

— Tome usted; ahí tiene usted á su mujer; llévesela usted á Madrid y legitime á su hijo. Usted es rico y puede llevarla sin dote, y nosotros sus amos, no necesitamos su precio: llévesela usted de balde, y no vuelva usted á acordarse de una familia y de una casa de la cual escapa usted bien con no salir apaleado por un negro.

— ¿Y qué hizo él? ¿Usted lo veía? Acaba usted de decirme que lo presencié todo.

— Tras de la vidriera del gabinete, y encargado de sacarle de la casa, de la cual salieron Olimpia y su padre para evitar toda discusion.

— Pues bien, ¿qué hizo él?

— Tomó y levantó la cabeza de la mulata entre sus manos, y la dijo mirándola:

— ¿Que tú debes ser mi mujer, y que yo debo legítimar un hijo tuyo?

— Y tuyo — respondió la Golondrina, fijando sin vacilar sus ojos en los del hombre.

— ¡Mío! — exclamó éste con el más natural y bien representado asombro.

— Tuyo — repitió ella — con promesa de libertad y palabra de matrimonio.

— ¡Yo he dicho eso y he hecho eso! — dijo él.

— Eso has dicho y esto has hecho — respondió ella.

— No lo entiendo — exclamó Valdenebro, echando por tierra á la Golondrina y disponiéndose á alborotar la casa, á cuyo punto salí yo.

Y debe ser el más astuto diplomático y el más consumado cómico, porque yo lo metí en mi coche en un paroxismo nervioso perfectamente sostenido.

— ¿Tal cree usted, doctor?

— Estoy casi seguro de ello.

— Pues bien, doctor, yo dudo.

— Y lo comprendo : los poetas ven ustedes un drama ó una novela tras los más vulgares acontecimientos; pero aquí estamos en lo del abogado : el que lo ha hecho niega el hecho : éste es el hecho.

— Pues, *¿y quién sabe*, doctor? Yo voy á llevar el pliego de Cagigas á Valdenebro. Acompañeme usted á su casa, y preséntenos uno á otro.

— Con mucho gusto; vamos.

Y fuimos.

X

Costónos trabajo hacernos recibir por el apesarado Valdenebro, quien hacía cuatro días que en su aposento encerrado escribía y enviaba una carta diaria á Olimpia, de la cual no recibía contestacion.

Era un mozo de veintinueve años, bien apersonado, de fisonomía aguileña, de piel suavemente colorada, de

ojos grandes y serenos, cabello rizo, cejas espesas y patillas inglesas; pulcra y correctamente vestido, tenía el tipo de esos gaditanos y bilbainos con pretensiones á ingleses, por más afectos al formalismo severo de Albion que á la inquieta ligereza de la alegre Francia; había algo en él del aplomo del banquero y del atildamiento del diplomático; pero estaba sumido en una profunda tristeza, y comprendí á primera vista que las pasiones se daban en su corazón una tremenda y silenciosa batalla; estaba pálido, insomne y predispuesto á una de esas afecciones nerviosas con tendencia á la epilepsia, que tan comunes han hecho en nuestro siglo el trastorno de las horas, el desórden y variacion de las comidas y de los vinos, el afan del oro y el abuso del café, del té y del tabaco, tres sustancias poderosamente medicinales que hemos convertido en bebida y alimento ordinarios.

El pliego de Cagigas contenía documentos y cuentas, tal vez de familia, acaso de negocios, y quién sabe si de política; sirviómé á mí de introduccion con Valdenebro, en cuya familia había efectivamente habido individuos amigos de mi padre, y en la cual era yo conocido por los recuerdos de sus viejos y por los delirios por mí extendidos en las páginas locas de mis efímeras poesías. La amistad entre Valdenebro y yo se entabló á nuestra presentacion, y la intimidad se estableció en el primer cuarto de hora; la amistad se basó en la simpatía de la primera impresion; la intimidad en el tacto con que el doctor Zambrana logró diestra y delicadamente ingerirme y darme influencia en la historia y el ánimo del apesadumbrado y nervioso mancebo, que teniendo perentoria y absoluta necesidad de expansion, me aceptó como un viejo y perdido amigo, nueva y

providencialmente encontrado en un paso difícil del camino de su existencia.

Despidióse á poco el doctor Zambrana; y el pobre Valdenebro á solas conmigo, á las primeras frases que de nuestra conversacion se cruzaron, rompió á llorar como un niño, ocultándome el rostro con las manos. Aquel hombre estaba noble, exclusiva y sinceramente enamorado de Olimpia, y negaba el hecho porque no era su hecho, y no era el supuesto hecho con la mulata lo que ofendía su dignidad, sino la injuria de Olimpia al creerla sin oírle, el desamor de aquella mujer de quien él había hecho su ídolo y en cuyo amor había cifrado su porvenir en la tierra y la salvacion de su alma en la eternidad; y aquel desamor que probaba en ella su repentino desvío, aquella pasion de la criolla, fundada sólo en el orgullo y en la fiereza, tan rehacia á la reflexion como incapaz de perdonar, apagaba la esperanza, desencajaba, rompía y arrancaba algo en el corazon de aquel hombre, que era desgraciadamente uno de esos á quienes Dios condena á no sentir más que un amor, que mata cuando muere, porque es el gérmen de la vida del sér condenado al amor único. Estos séres que no saben, que no pueden, que no intentan siquiera tener más que un amor, no tienen tampoco más que un fin: ó su amor y el de Dios ó amar ó morir: de esos se han hecho muchos santos y santas y de esos han vuelto muchos al seno de la madre tierra sin alzar más ruido, sin dejar más rastro que la espuma de una ola en la arena de la playa, ó el polvo de una hoja seca arrastrada por un otoñal remolino. Ese era Leandro Nuñez de Valdenebro, á quien preocupaba, á quien obcecaba el afan de probar á Olimpia que lo hecho no era hecho suyo ántes de abandonarla para probarla que

era indigna de él, puesto que no podía comprenderle; y el pobre Valdenebro, tal vez creyendo halagarme, me citaba el pensamiento de mi *Sancho García*:

...en casos por mi honor medidos,
cree primero á mi honor que á tus sentidos.

¡Miseras razas meridionales! ¡Siempre guiadas y deslumbradas por la poesía, y reduciendo á versos sus axiomas! Valdenebro me declaró que en la primera exaltacion de su enojo, en la primera carta que escribió á Olimpia, suponía que la mulata jurara sobre un Cristo y los Evangelios que era verdad lo que de él decía, y que si ella juraba y Dios no la castigaba, él se resignaba á dotar á la madre y á cuidar del hijo; pero no á casarse con aquélla ni á legitimar á aquél. El amor ciega y entontece al más lince y avisado; y Valdenebro me decía, llorando: pero esa mujer es capaz de jurarlo todo; ¿qué sería un perjurio para ella? Si la hubiera Vd. visto con sus ojos fijos en los míos, sin rubor, sin miedo, con la más cínica desvergüenza repetirme en mi cara: « tuyo, sí, tuyo; bajo promesa de libertad y palabra de casamiento. » ¡Dios mío, y es una inconcebible impostura! pero ella sigue un plan, obedece á un impulso que yo no alcanzo, y juraría... y el mundo echará sobre mí lo que ella es capaz de echar á la misma faz de Dios.

— No — exclamé yo — no; Dios es Dios, como dicen los árabes, y aunque ahora hemos dado en suprimir á Dios poniendo en lugar suyo á la Naturaleza, va usted á ver y voy á probarle á Vd. que Dios y la Naturaleza son una misma cosa, porque ésta no sigue más impulso que el que AQUÉL la da con el soplo de su espíritu.

Vístase Vd., y vamos á ver al Obispo mejicano M., que ahora está aquí expatriado, que es un varon evangélico, sábio, justo y de tan sólida virtud como recto juicio é inflexible carácter... y déjenos Vd. hacer, que si la Golondrina no canta de plano y se retracta, será que Dios nos deje de su mano.

Y diciendo y haciendo ayudaba yo á vestirse á Valdenebro, añadiendo miéntras se vestía estas pérfidas palabras de perversa intencion:

— Pero júreme Vd. abandonar á una mujer que no ha tenido un momento de duda, ni una palabra de perdon, ni una lágrima de pesar, porque no tiene corazon ni hay en su alma un átomo de cariño más que para sí misma.

¡ Miserable de mí ! Yo había parado en aborrecer á la criolla. ¿ Por qué ? ¿ Había tenido, tal vez sin darme de ello cuenta, el intento de llamar su atencion en el teatro ? ¡ Qué quimeras me habia yo forjado en mi fantasía, qué huella había dejado en mi corazon, ó á lo ménos en mi memoria, la vista nocturnamente repetida de su hermosura !

Miserias, polvo, levadura de Adan, olvidadas y corrompidas en los pliegues del corazon humano.

El Sr. Obispo aprobó mi idea; y siendo él persona á quien por su dignidad episcopal y su autoridad eclesiástica no podía negarse nada en la católica morada de la soberbia pero cristiana Olimpia, él propuso, arguyó, discutió y resolvió, en vista de la inflexible tenacidad con que la mulata sostenía su dicho, que la Golondrina juraría ante el altar y sobre los Evangelios que el hecho que ella afirmaba, y negaba Valdenebro, era cierto; y que por más que ella adorase á su señorita Olimpia, por más que viese el trastorno que en la casa oca-

sionaba, por más que abandonada de todos ella viviera y muriera en la esclavitud, y esclavo fuera su hijo, siempre aquel hijo esclavo lo sería de Valdenebro.

Y exclamaba éste anonadado y sin encontrar la clave de la conducta de la Golondrina: « ¡Dios mío! esta infame no cree seguramente en Dios, y me deshonrará y me hará cargar con tal deshonra, y con ella y con su hijo, y tendré por fin que pegarme un tiro. »

Y el doctor Zambrana se encogía de hombros y me miraba de soslayo, lo cual equivalía á decirme: « ¿Lo ve Vd.? estamos en la misma del abogado. »

Y yo le decía: « Deje Vd. amanecer á Dios y veremos claro. »

Empezó Valdenebro por intimar conmigo, y concluyó por abrirme su corazón y fiarse en mí; y en consecuencia de esta intimidad entre él y yo establecida, y de esta confianza por él en mí fundada, le presenté una noche al respetado y virtuoso varón mejicano el señor Obispo M., á quien los disturbios y las persecuciones políticas de su patria tenían en Cuba desterrado, esperando en Dios y en mejores tiempos.

Era este Prelado un modelo de sacerdotes cristianos, honra del alto clero católico mejicano, gran teólogo, buen jurista, de amabilísimo trato y de intachable conducta. Era... ó había sido rico; pero, verdadero apóstol del Evangelio, jamás había contado lo que tenía más que para repartirlo en limosnas entre el viejo imposibilitado, la viuda y la huérfana de la guerra civil, y cuanto desvalido encontraba, con lo cual su equipaje se reducía á un baul, que contenía un rico traje episcopal para las ceremonias del templo, un poco de ropa blanca, un anillo, un pectoral y una cruz de oro con su cadena; del valor y legitimidad de todo lo cual dudaba

yo, sospechando, no sin fundamento, que hacía tiempo que debía de haber tenido que reducir á moneda las esmeraldas, los brillantes y el oro de la cruz, anillo y pectoral finos, que alguna vez había yo visto brillar sobre su morado capisayo en la capital de lo que fué reino de Nueva-España.

A este santo Prelado, cuya caridad era inagotable, cuya fe en Dios era tan ardiente como inextinguible, cuyo conocimiento del corazón y de las pasiones humanas era profundísimo, acudían los tristes por consuelo, los desesperados por esperanza, los perdidos por guía, los ciegos por luz, y todos, en fin, los náufragos en el mar de la vida, por una mano segura ó un pasajero apoyo, que si no les sacaba salvos á la playa, les sostuviera al ménos sobre las olas. Y á este Sr. Obispo M. confió por mi consejo su historia y una idea que yo le sugerí mi nuevo amigo el atribulado Leandro Nuñez de Valdenebro; por ampararle y servirle y poner mi idea en ejecucion, fué dos veces este Prelado al cafetal del padre de Olimpia, y con su episcopal y venerable representacion y su persuasiva palabra hizo al fin aceptar mi idea á aquel padre indignado y á aquella orgullosa y ofendida criolla, los cuales, apoyados en la tenaz afirmacion de que no había medio de hacer desistir á la mulata, insistían en que al dar á luz á su hijo, se la llevara consigo su seductor, ántes de que ellos la vendieran á quien quisiera comprársela ó aceptarla de balde con el feto que en su seno gestaba y que no querían ver salir en su casa á la luz de la existencia.

Y aferrados, la mulata en su afirmativa y en su negacion Valdenebro, se encomendó al fin á Dios el esclarecimiento de la verdad, sobre la fe de un juramento

solemne, que de tomar se encargaba el Sr. Obispo, encomendando á Dios la venganza del perjurio sobre aquel que ante Dios lo cometiere.

Valdenebro desconfiaba del éxito de aquella prueba de la Edad Media, en que la fe, la influencia del clero, el temor de Dios ó el miedo al diablo, infundían al pueblo, creyente de veras ó descarriadamente supersticioso, gran repugnancia á las consecuencias tradicionales del perjurio; pero la mulatica, á pesar de sus pocos años, criada en la incuria de la educacion religiosa con que el clero, poco escrupuloso de ciertos puntos de las Américas, mira á la niñez esclava, y abandonada hasta que el desarrollo de su maravillosa hermosura la hizo favorita de sus amos, á la compañía y corrupcion de negros y mulatos, sospechaba Valdenebro que ni sabía seis palabras del Catecismo, ni tenía casi temor de Dios, ni miedo del diablo, y que sería capaz de jurar y perjurar ante el altar y el Prelado, como había hecho hasta entónces ante él mismo; que ni comprendía su por qué de atribuirle á él semejante hecho, ni la obstinacion y desvergüenza con que sostenía tal impostura.

No contaba yo más que él con ningun buen instinto ni con ninguna santa creencia de la Golondrina; pero contaba con la supersticion y la naturaleza de la mujer, al fijar los términos del juramento, que sólo había yo fiado al señor Obispo y que éste debía hacer oír á Valdenebro en el momento oportuno.

XI

Una noche de Marzo, en que dió la casualidad de que el mar bramaba y el viento rugía á impulso de una de aquellas repentinas perturbaciones atmosféricas

precursoras de los turbiones primaverales de los trópicos, entrábamos en una pequeña iglesia. El señor Obispo, seguido de media docena de clérigos, Olimpia, su padre, su primo y tres servidores de su casa, que traían en medio á la Golondrina, Valdenebro y yo, y hasta una docena de personas más; entre las cuales contaban un venerable magistrado de la Audiencia, un alto empleado en Administracion, Isidoro Lira, director del *Diario de la Marina*, Juan Ariza, el castizo poeta de quien apenas ya nos acordamos, mi atolondrado secretario Agustin Ainslie, el general Wolf que fué despues hecho mariscal por el desventurado Maximiliano, y tres ó cuatro señoras á quienes no sé si conocía, porque conservaron los velos sobre el rostro durante aquella extraña ceremonia en una capilla lateral, sobre cuyo altar se elevaba un gran crucifijo, nos fuimos acomodando todos; miéntras el sacristan encendía seis grandes y fúnebres cirios, y el señor Obispo y sus eclesiásticos se endosaban las sobrepellices y estolas éstos. y aquél su capa y su mitra, y con su báculo pastoral en la derecha, y alumbrado por el sacristan y dos acólitos, colocó en un atril cubierto de un paño negro el libro de los Santos Evangelios.

Arrodillóse y arrodillámonos todos los láicos, y respondimos amén á las preces latinas, con las cuales invocó el favor y ayuda del Redentor: despues de lo cual hizo el señor Obispo hincarse ante el atril á Valdenebro y á la mulata, á quien yo observaba con la mayor atención, sin ver en su fisonomía la menor emocion, ni muestra de asombro ante aquellos imponentes preparativos. Valdenebro tenía razon: había poco que esperar del santo temor de Dios de aquella criatura pervertida desde su niñez.

Olimpia estaba casi al pié del altar, del lado de la epístola, y tras ella no quitaba ojo de la mulata el primo de aquella, sombrío y pálido como siempre.

El señor Obispo, despues de una breve plática en la cual expuso la situación y exhortó á la mulata y á Valdenebro, en nombre de Dios, á aclarar la verdad de los hechos, y les demandó si se ratificaban él en su negativa y ella en su afirmacion:

— *Sí* — dijo sin vacilar la mulata — y *sí* dijo alto y claro Valdenebro.

— ¿Estais prontos, resueltos y firmes para ratificar y jurar ante Jesucristo y sus Santos Evangelios la verdad de vuestras palabras? — volvió á preguntarles el Prelado.

— *Sí* — tornaron á responder los preguntados.

— Pues bien — siguió el sacerdote, pasando el báculo á la mano izquierda y tendiendo abierta la derecha sobre sus cabezas en señal de conminacion; á cuya accion se arrodillaron á su lado sus capellanes, y todos los presentes al rédedor de los juramentados, quedando sólo en pié el venerable mitrado, el cual siguió diciendolo, con esa solemnidad de las ceremonias católicas:

— En el nombre de Dios, que nos sacó de la nada, y de Jesucristo, que nos redimió, repetid mis palabras una por una: tú, mujer, que afirmas que éste es el padre del hijo que traes en tu seno, y tú, hombre, que niegas y rechazas su paternidad, decid: tú, mujer, *si el hijo de mis entrañas no es de este hombre*, y tú, hombre, *si el hijo que está en las entrañas de esta mujer es mio...* (y repitieron y siguieron repitiendo ambos las palabras del Obispo) yo invoco sobre mí el castigo de Dios y el desprecio de los hombres; juro ante El que digo la verdad, y si miento y perjuro y el hijo *no es*

suyo (ella) y *es mio* (él), quiero que la maldición de Dios caiga sobre el feto que está por nacer; y que Dios manifieste su justicia haciendo de él un monstruo sin par en la raza humana, física y moralmente; (y aquí palideció y vaciló la mulata, repitiendo bajo é imperceptiblemente las palabras del Obispo, que continuaba): y que nazca zambo, jorobado y bizco, para que nadie sepa qué estatura alcanza, ni cómo y á donde marcha, ni á dónde mira, para que sea irrisión de los hombres y espanto de las mujeres (y Valdenebro seguía repitiendo, y la mulata parecía sobrecogida y trémula, y seguía diciendo el sacerdote): y al fin, no encontrando ni amigos ni compañera en la vida, maldiga la madre que le concibió, y la hora en que nació, y se vuelva rabioso contra los padres que le dieron el sér, hasta beber como un vampiro la sangre de su madre.

— ¡No, no! ¡yo no juro eso: no quiero ser madre de tal hijo! — exclamó la mulata poniéndose en pié y echándose atrás.

— Yo sí, yo sí — dijo Valdenebro levantándose á su vez.

— Porque no eres su padre — le dijo sin poderse contener la Golondrina.

— ¿Quién es, pues? — preguntó el Prelado — y ¿quién es? — preguntamos espontáneamente todos los que presentes estábamos, poniendonos en pié y rodeando á la mulata.

— Yo no lo diré jamás: que lo diga él si es hombre; — é involuntariamente fijó una mirada indescriptible en el pálido primo de Olimpia.

— ¡Basta! — dijo Valdenebro con una dignidad y una energía que nadie de él esperaba. — Ni quiero ni

necesito saber más. Los que han podido creer en mí tan villano proceder ni merecen mi amistad ni pueden encontrar jamás satisfacciones que yo acepte nunca.

XII

El 16 de Marzo abandoné la Isla de Cuba para volver á Méjico, en el *Méjico*, vapor de los Sres. Bustamante, Romero y Compañía, de cuya vuelta he hablado en el tomo II de estos *Recuerdos del Tiempo Viejo*.

Valdenebro regaló á la Golondrina la canastilla y las joyas que para Olimpia había traído de España y Francia; y sin querer recibir á su padre ni á ningun individuo de la familia criolla, se volvió á Europa en el paquete inglés de fines de Marzo.

No pudiendo arrancar de su corazon el amor, ni de su memoria el recuerdo de Olimpia, ni apechar con la afrenta de la mulata, se encerró en su casa; y la tristeza y la falta de ejercicio le acarrearón la afeccion pulmonal, de que murió tres años despues.

Al encontrar su papeleta de defuncion entre los legajos de papeles que conservo, me ocurrió la idea de escribir como fin de mis *Recuerdos del Tiempo Viejo*, EL JURAMENTO DE LA MULATA.

PULVIS ES

AL EGREGIO POETA CASTELLANO
GASPAR NUÑEZ DE ARCE

INTRODUCCION

Los poetas no tenemos
Más que versos por caudal,
Y con ellos, bien ó mal,
Pagamos lo que debemos.

Contigo la deuda mía
Es una amistad sincera,
Cuya inclinacion primera
Engendró la poesía.

Leía yo allende el mar
Las que famoso te han hecho,
Y la amistad en mi pecho
Por tí empezó á germinar.

De ambos en el corazon
Hoy y desde ántes de vernos,
La atan los nudos eternos
De la mútua extimacion:

Y de esa amistad por gaje
Mi — « Pulvis es » — te dedico;

No es el obsequio muy rico,
Pero es casi un homenaje.
De América al regresar
Me saliste á recibir...
Y ¿qué más se han de decir
Dos castellanos, Gaspar?

I

Dios dijo á Adan: « hecho estás
» De barro: tu sér no encierra
» Más que polvo de la tierra,
» Y á ser polvo tornarás. »
Murió Adan, y su mujer,
Y sus hijos, y cumplieron
La ley de Dios, y volvieron
Á la tierra polvo á ser.

II

Pero la raza extraviada
Del hombre, á Dios insumiso,
Volver al polvo no quiso,
Ni reconocer su nada;
Y encontró arcillas y grutas
Donde, á propósito puestos,
Se conservaran sus restos,
Momias tornándose enjutas.
Y alzó egipcios mausoleos,
Y romanos columbarios,
Y judáicos calvarios;

Y aún se tiene en pié de Céos
La pirámide titánica,
Que á nuestras generaciones
Prueba la audacia tiránica
Y la vanidad satánica
De los viejos Faraones.

III

Dios dijo al hombre:— « estás hecho
De polvo y á él volverás, » —
Mas no lo quiso jamás
Para su mortuorio lecho.

Rebelde á la ley de Dios
Y con su madre hijo ingrato,
Anheló el hombre insensato
Ser más fuerte que los dos;

Y al polvo en vez de tornar
De que le sacó el Dios Bueno,
Y de ir el materno seno
De la tierra á fecundar,

Se quedó sobre la tierra,
Gozar queriendo más vida
Que la por Dios concedida
Al polvo en que su alma encierra.

En necrópolos inmensos
Sus restos depositando,
Su carne momificando
Con yerbas, gomas é inciensos;

Metiendo en fragantes cajas
Sus momias, tan bien sujetas
Con las largas bandeletas

Que las sirven de mortajas,
Y envolviendo su esqueleto
Y su carne así amarrada
En la envoltura sagrada
Del religioso respetó,
Fundó con ellos ciudades
De muertos y catacumbas;
Pensando en paz en sus tumbas
Gozar por luengas edades
Otra existencia añadida
A la de Dios: tal demencia
Produjo la gran pendencia
De la muerte con la vida.

El respeto religioso
Hizo no ver al creyente
De la no enterrada gente
El influjo pernicioso;
Mas sus miasmas nocivos
Declaró sobre la tierra
La ciencia; y de aquí la guerra
Con los muertos de los vivos.

?Y en qué paró? En que el ambiente
Corrompió su podredumbre;
Y al crecer en muchedumbre
Y hallar su póstera gente
Aquellos miles de muertos
Sobre la tierra instalados
Y contra Dios rebelados,
De sus sepulcros abiertos
Los arrancó cual manojos
De podridas espadañas,
Y arrojó á las alimañas
Y á los cuervos sus despojos.

Hoy nuestra generacion
Entre ruinas encontrándolos,
Hace de ellos numerándolos,
Científica exposicion :

Y su momia secular,
De la ciencia por trofeo,
A la puerta de un museo
Hace al vulgo contemplar ;

Y acaso del rey aquel
De quien su edad tuvo miedo,
De un villano mancha el dedo
La apergaminada piel :

Y mal puesto en equilibrio
Al vacilar contra el muro,
Su cadáver inseguro
Sirve al vulgo de ludibrio.

Justo castigo á mi ver
Del que á la tierra se aferra
Y, hecho de polvo, á la tierra
No quiere polvo volver.

IV

Hundió á la pagana edad
El tiempo en la eternidad :
Alumbró al mundo la luz
De la fe y de la verdad :
Redimió á la humanidad
Muriendo Cristo en la Cruz.

Y ¿cuál es su religion?
¿Cuál fué su predicacion?
¿Qué manda su santa ley?

La humildad, la humillacion
En el polvo: obligacion
Del pordiosero y del rey.

Y ¿qué hacemos los cristianos
de nuestros restos humanos
Con el polvo terrenal?...
Más que hicieron los paganos;
Profanar con él insanos
El cláustro y la catedral.

Asombra del legítimo respeto
De que á los muertos nuestra fe rodea,
Yace al pié de un altar un esqueleto
Que albergó un alma de homicidios rea.
Abad batallador ó rey repleto
De venganza y de sangre, allí bravea
La ley de Dios, que le conmina airada
Gritando: ¡Sal de mi mansion sagrada!

Mas ví y hallé de entrambos hemisferios
Las cien maravillosas catedrales,
Los cien mil opulentos monasterios
De la fe monumentos colosales,
Convertidos en grandes cementerios.
En cuyas áureas urnas sepulcrales
Se puso á amparo de la Cruz cristiana
Del polvo vil la vanidad mundana.

Y allí, á traicion introducido, espera
Burlar la ley de Dios, no ir á la nada,
Y al polvo no volver, masa primera
De que por Dios su carne fué amasada:
Crée allí que por la gente venidera
Será siempre su carne respetada,
Y que va en su ataúd jamás abierto
En la tierra á vivir despues de muerto.

¡ Vanidad, ilusion, orgullo insano
Del que feliz y grande fué en el mundo,
Y cree robar á Dios su polvo humano!
Desde el sol hasta el antro más profundo
Nada se esconde á Dios; cobija en vano
Entre oro y mármol su esqueleto inmundo:
Aunque bajo oro y mármol le sepulte,
No hay piedra ni metal que á Dios le oculte.

Aquellas coronadas esculturas
Sobre sus regios túmulos tendidas,
Aquellas siempre inmóviles figuras
De hábitos y de mantos revestidas,
De graves y sombrías cataduras,
De hinojos ó de pié, mas siempre erguidas,
Cuyo nombre en sus áureos cenotafios
Se revela en pomposos epitafios.

¿Qué son? ¿qué hacen allí?— Símbolos vanos,
Vanas esfinges que sus cuerpos guardan
De Dios contra los fallos soberanos.
Mas aunque santas lamparillas ardan
Delante de sus bustos, los arcanos
De los juicios de Dios, no porque tardan
No se cumplen; al fin la raza viva
La luz apaga y el panteon derriba.

Una invasion salvaje, una marea
Social el mundo de repente agita,
Y cae la torre, el templo se cuarteo,
Se demuele el panteon, se hunde la ermita.
Pero la fe, la religion, la idea
Tienen gérmen de Dios, vida infinita;
La idea, que los mármoles derrumba,
Vuelve á la tierra el polvo de la tumba.

V

¡Eres polvo, y nada más,
Hombre vano! En vano en pos
Vas de más vida; va Dios
De tu ánsia vital detrás.

Vuélvete, polvo, á la tierra
Que es tu madre y te dió el sér,
Y es quien vivir ha de hacer
El polvo que á tu alma encierra.

Tú, que eres polvo no más,
Y que á tu Dios rebelado
Á ser polvo no has tornado,
Fuera de tu sér estás.

Ese panteon donde quieres
Prolongar tu térrea vida,
Es donde tu muerte anida:
En él es en donde mueres.

Ese brillante gusano
Que del césped en la alfombra
Brilla en el campo en la sombra
De las noches de verano:

Esa vaga mariposa
Que se columpia en Abril
En un pétalo sutil
Ó en el boton de una rosa:

Esa yerba nutritiva
Que alimenta los rebaños
Brotando todos los años
De la tierra siempre viva;

Esos bosques rumorosos,

Cuyos frutos alimentan
Cuantas alimañas cuentan
Desde el musgaño á los osos:
Toda esa vegetacion
Que viste á la madre tierra,
Nacen del gérmen que encierra
Lo que tú das al panteon.
Eso es el polvo en que duermen
Nuestros despojos mortales;
Esos los jugos vitales
De que nuestro polvo es gérmen.
Vuélvete, polvo, á la tierra
Que es tu madre y te dió el sér,
Y es quien vivir puede hacer
El polvo que á tu alma encierra.
No le entierres en panteones,
No le labres mausoleos:
Hoy ya en su tumba de Ceos
No está el de los Faraones.

VI

Yo sé que al orgullo humano
Tal vez ofende y le enfosca
El zumbido de una mosca
y el roer de algun gusano:
Mas ¿por qué no he de decir
Á mi raza y sociedad,
Yo, gusano, una verdad?
¿Por qué no me la han de oír?
Yo que, poeta cristiano,
Me quiero en tierra enterrar,

Con mi polvo para dar
Sér á la flor y al gusano,
Tengo antojo al siglo mio
Un progreso de pedir,
Por ver si logro morir
Y enterrarme á mi albedrío.

Nuestra edad, aunque revuelta,
Camina con firme planta
Hacia la luz, y adelanta,
Aunque con trabas, resuelta.

Extraña es nuestra centuria,
Sima de contradicciones
Y volcan de aspiraciones;
Raza de locos sin furia,
Sin fe, sin miedo y sin ira,
Que osa á todo, á todo atenta,
Que todo endiosarlo intenta
Y contra todo conspira.

Es nuestra raza; y da espanto
Ver cuán atrevida avanza,
De todo con esperanza,
Osando atreverse á tanto.

Y aún causa espanto mayor
Verla cómo, sin fé en nada,
Empeña en cualquier niñada
Su juicio razonador;

Y en árdua cuestion social,
Con apático desden,
Ni se afana por el bien,
Ni se asusta por el mal.

Raza en verdad rica en ciencia

Y en positivo progreso,
De buena fe y con gran seso,
Obra loca y sin conciencia.

Sí, extraña generacion
Actual de mi madre España,
Tal es hoy tu vida extraña
Y tal hoy tu condicion.

De prosa y de poesía
Heterogéneo amasijo,
Tu razon sin rumbo fijo
Sigues, ó tu fantasía.

De activa fe y hondas dudas
En el afan que te acosa,
Ya impía, ya piadosa
Con una y otras te escudas:

É inquieta como la mar,
Flotante como las nubes,
Como ellas bajas y subes
Y fluctúas sin cesar.

Hoy, con costumbres perversas
Y desnudez nunca vista,
Blasonas de moralista
Y lo moral tergiversas;

Pues la moral arrollando,
Vas á duelos y á placeres,
Desnudas á tus mujeres
Por donde quiera llevando.

Así por extraño modo
Predicas, y no profesas
Los dogmas con que progresas
Sin duda, á pesar de todo;

Y con tu conducta avienes
Tan mal tu filosofía,
Que eres pobre, y cada día
Gastas más de lo que tienes.

Con avidez sin ejemplo,
De oro en la sed que te acosa,
Vas fanática ó viciosa
Lo mismo al circo que al templo:

Y hallas lo mismo motivos
Para derrochar millones
En las peregrinaciones
Que en toros y cuadros vivos.

Engreida filosofas
Con tus mil grandes inventos,
Y de esos mil elementos
De felicidad te mofas:

Y siendo en verdad, más sabia,
Que las pasadas edades,
Parece que las verdades
Vas descubriendo con rabia,

Ó con error nunca visto
Que de fraudes y ambiciones
¡Tal vez negándole! pones
Por encubridor á Cristo.

—

Y oyendo tal no te ofendas
Ni contra mí te alborotes,
Porque tus faltas y dotes
Juzga un autor de leyendas,

Generacion actual mía:
Pues yo que así te las digo
Con admiracion te sigo

Por tu saber y osadía.

Aunque de sosiego en pos,
Viejo, en mi hogar me he sumido
Á vivir en el olvido
Y á morir en paz con Dios,
De cuando en cuando me asomo
Á ver la faz de mi tierra,
Y el bien y el mal que en sí encierra
Miro y en cuenta les tomo:

Y al borde ya de mi huesa
Me aﬂano ¡oh, España mía!
Por saber si por la vía
Vas del tiempo que progresa.

Y sí que vas: aún te agitas
Contra el viento y las mareas,
Mas sondas y brujuleas
Y los escollos evitas:

Porque aún eres hoy, España,
Como un volcan que fermenta,
Y en tanto que no revienta
Hace temblar la montaña;

Mas piensa que, al estallar,
No es fuego devastador,
Sino luz de almo esplendor
Lo que de tí ha de brotar.

Labra, escombra desde luego
Cuanto terreno ganado
Llaves; pero con cuidado,
No labres á hierro y fuego.

Yo tras tí por tu camino
Iré por despacio que ande,
Pues por verte otra vez grande
Me hiciera hasta peregrino.

Te dije noches atrás,
En salon de aquí no lejos,
Que yo era uno de esos viejos
Que no envejecen jamás.

—

Me descarrié por seguir
El porvenir de tu gloria;
Mas me vuelve á la memoria
Lo que ántes te iba á pedir.

VII

Siglo que á todo te atreves
Y que, del progreso en alas,
Cuanto hay secreto propalas
En la tierra que remueves;
 Que alzas al saber palacios,
Y á un vapor tal fuerza imprimes
Que ante su vuelo suprimes
El del tiempo y los espacios;
 Que el aire y la luz dominas
Y esclava de tus inventos
Con una chispa, en momentos,
Una ciudad iluminas;
 Que has logrado hacer pasar
La palabra en un minuto
A través del monte bruto
Y las tormentas del mar;
 Que á tu saber los secretos
De la creacion humillas,
Y haces de sus maravillas

Los más vulgares objetos;
Y encierras la luz en cajas,
Y el rayo atas con alambres,
Y haces paños con estambres
De acero, cristal y pajas;

Siglo que á todo te atreves,
Y que, del progreso en alas,
Dices que todo lo igualas
Porque todo lo remueves,

La ley de Dios por ley toma:
Toma de Dios el nivel,
Y el orgullo humano doma
Nivelándole por el.

De sus efluvios nocivos,
Letales, libra á la tierra:
Pon fin á la larga guerra
Con los muertos de los vivos.

Y pues á estudios tan serios
Te aplicas en tus escuelas
Por ver si el mundo nivelas,
Nivela los cementerios.

Del orgullo los caprichos
Doma ¡oh siglo! y que progresas
Prueba, dando al polvo huesas
No mausoleos y nichos.

Dios dijo á Adam: — « Hecho estás
» De polvo, y has de volver
» A la tierra polvo á ser, »
¿Y quién ante Dios es más?

Los que al hombre esclavizais
De la libertad en nombre,

Los que los fueros del hombre
En nombre de Dios hollais,
Ídolos de la ambicion,
Del orgullo y del dinero,
En el siglo venidero
Sereis polvo sin panteon.

Autócratas y sultanes,
Tiranos ayer temidos,
Mañana estareis tendidos
Al nivel de los patanes.

¡Polvo, polvo! nadie es más;
A quien se alza y se rebela,
Tiende la muerte, y nivela
Su polvo al de los demás.

Ley es del Dios Infinito:
El polvo que al alma encierra
No guardan sobre la tierra
Los mármoles ni el granito.

Por más duro que le sea,
Por más que tal fin le asombre,
Sobre la tierra del hombre
No queda más que la idea.

VII

GASPAR, los que pretendemos
Difundir la idea en tomos,
¿Qué valemos y qué somos?
¿Cuánto en ellos viviremos?

Yo, que viví de extraer
De mi polvo corporal
La idea, lo espíritu a!

Que puso Dios en mi sér,
Este papel en que he escrito
Mi idea de orgullo rea,
El papel que por la idea
Es más fuerte que el granito.
¿Qué vivirá? — Un día ó dos:
Mas aunque alcance á vivir
Dos siglos, ha de morir
Como yo por ley de Dios.

GASPAR, si me sobrevives,
No permitas que me entierren
En un nicho y que me encierren;
De ser tierra no me prives.

Yo soy poeta cristiano,
Me quiero en tierra enterrar
Con mi polvo, para dar
Sér á la flor y al gusano.

Jamás á la ley comun
En rebelarme pensé;
Dios lo dijo, y bien lo sé:
Pues hombre soy, PULVIS SUM.

EL PINAR

ESTUDIO NOCTURNO DE HISTORIA NATURAL

Á PAULINA

Pregúntasme, Paulina, qué hizo, dónde estuvo
mi Musa peregrina que á España abandonó;
saber curiosa quieres, por dónde errante anduvo
qué penas, qué placeres y qué aventuras tuvo,
qué sitios y qué séres por donde anduvo vió.

No sé, Paulina mía, qué responderte :
yo recorrí la via que vá á la muerte :
vino en mi compañía mi Musa, ansiosa
de aspirar poesía; mas dió en la prosa :

La fé y el verso
emigran hoy, Paulina,
del Universo.

Viví con los romanos... *Roma veduta*,
dicen los italianos, *fede perduta*.
Viví con los franceses... del bardo estancia
tras sus grandes reveses no es hoy la Francia.
Mi Musa y yo perdimos año tras año,
y por día cogimos un desengaño.

Nuestro siglo no quiere ya poesía:
La poesía muere, Paulina mía:
 Su astro divino
se vuelve al firmamento
de donde vino.

Yo ante lo positivo del siglo cedo;
Él se adelanta altivo, yo retrocedo.
¡Pobre vieja que olvida que ya chochea
mi Musa enronquecida ya balbucea:
y hoy cuando ensaya loca cantar ó cuento,
en vano ya en su boca busca el aliento!

 Mi Musa espira,
y al espirar la siento
romper mi lira.

Empero tú lo ordenas, Paulina, y obedezco;
yo debo cantilenas y cuentos inventar
para adormir tus penas: que pidas te agradezco
al moribundo bardo su postrimer cantar.
Oye mi historia triste, fantástica y extraña,
que acaso se resiste tu espíritu á creer,
porque el disfraz reviste de fábula y patraña
de aquellas que leiste cuando aprendiste á leer.
Escucha: no es leyenda de las que yo solía
contar bajo la tienda de Berberisco emir,
en versos cuya métrica, labor de orfebrería
de filigrana árabiga, profusa crestería
de monasterio gótico, fué loca poesía
que en la época romántica dió tanto que decir.
Nó: narracion geórgica de inspiracion silvestre,
con caracteres de égloga ó apólogo campestre,
como labor grosera de rústico pastor,

es un alarde bárbaro, que espero que te muestre
cuál es aún el ánimo del viejo trovador.

I

Escucha : de una selva donde he vivido
me manda Dios que vuelva de muerte herido.
Mi retiro entre pinos de Francia dejo,
buscando mis caminos del tiempo viejo;
pues por más que los haya la edad borrado,
yo es forzoso que vaya tras lo pasado:
que es mi destino
arrostrar los abrojos
de mi camino.

Mas como dí á mi patria mi vida entera
y sin miedo encomiándola fuí por do quiera,
todo el afan se encierra del alma mía
en morir en la tierra donde ví el día;
y el poeta católico que tal ha hecho
á demandarla túmulo tiene derecho;
justo es que muera
en su patria y á sombra
de su bandera.

Mas ya de los pinares de aquel retiro
no traigo por cantares más que un suspiro;
por contarte al oido mi último cuento
te traje retenido mi último aliento;
y es, voz ya del otro mundo, Paulina buena,
extertor moribundo mi cantilena;
mi Musa espira:
oye al morir qué acordes
halla en mi lira.

II

Es una transparente noche de estío
y un lugar de naciente ruin caserío:
detrás de él su corriente derrama un río,
y anchos pinares
le rodean brotando piés á millares.

Una fábrica nueva perpétuamente
entre el humo que eleva ruge extridente;
cuando humo y son se lleva, tiembla el ambiente,
y allá en sus huecos
de repetir tal ruido se hartan los ecos.

El pinar atraviesa la ferrovía
donde el tragin no cesa noche ni día:
y gran ruido, gran priesa, gran gritería
trae cada hora
al lugar una rápida locomotora.

Aquel mónstruo de fuego, de humo y bullicio
que parece que ciego va á un precipicio
y al lugar desde luego saca de quicio,
trae las noticias
de todo el mundo, y juntos duelos y albricias.

Del Este allí y del Norte y el Mediodía,
de la aldea y la corte trae noche y día
gente de todo porte, noble y baldía,
diversa en traje
catadura, costumbres, raza y lenguaje.

Y la turba arrastrada por este ruido
no se parece á nada visto ni oído;

llega... da una mirada... sigue... ¡ se ha ido!
¿Dónde? — ¡quién sabe!
un tren va por la tierra como una nave
por el mar, por el viento como va un ave:
nadie su huella
sigue... nadie la alcanza...
¡si no se estrella!

III

En este sitio agreste que la segur desmonta,
do el áspero sudeste la brisa trae del mar,
donde á la luz celeste para surgir se afronta
una ciudad que preste su nombre á aquel pinar,
la que conmigo viene, por compañera
de mi existencia, tiene su vida entera.
Vida ajena en mi casa de sinsabores
entre pájaros pasa, libros y flores.
Floricultora activa, sencilla en gustos
por do quiera cultiva flores y arbustos;
mi casa por do quiera de ellos cercada,
está por dentro y fuera toda enflorada;
la casa mía
rebosa amor y flores
y poesía.

Tienen todas sus piezas y alrededores
por únicas riquezas tiestos y flores.
Paredes y contornos: hechos jardines,
por cortinas y adornos tienen jazmines,
madreselvas, clemátidas y pasionarias,
yedras apretadoras, plantas rastreras,

todas las cien especies de parietarias,
musgosas, trepadoras y enredaderas:
mi casa en Francia,
respira fe, ventura,
paz y fragancia.

De mi casa delante y en dos planteles,
que guardan del paseante férreos cancelos
y que cerca un trasplante de mirabeles,
de lilas, de retamas y de rosales,
hay de tierra dos camas pares y ovals;
dó como en canastillos brotan espesos
anémonas, junquillos, lises, cantuesos,
geráneos, amarantos, plúmbagos, luisas,
alhelies, acantos y minutisas:
bulbosas espigelias, nardos galanes
renúnculos, camelias y tulipanes:
de Francia puesta
en un pinar salubre,
mi casa es ésta.

Mi mujer blanca y rubia como una inglesa
pero risueña, franca y aragonesa,
por ornamento y gala tiene los techos
de comedor y sala pensiles hechos:
y cuelgan de sus vigas en suspensiones
plantas del fuego amigas de otras regiones;
y en jáulas entre espesos hilos de alambre
cantan pájaros presos sin afan ni hambre;
y en el patio, en el huerto y en las cocinas,
todo á todos abierto, van las gallinas,
pavos, palomas, tórtolas, loros y patos
á comer con los ánsares, gozques y gatos;
y en tal vivienda,

que parece un invento
de esta leyenda,
es donde, el doble estruendo
de sierra y tren al par,
tres años ha que enciendo
la lumbre de mi hogar;
y á solas atendiendo
mis versos á hilvanar,
allí al progreso atiendo
del siglo y del lugar.

Mas cuantos más quebranta troncos la sierra,
cuanto más adelanta la ferrovía,
cuanto más se levanta sobre la tierra.
su estridor... más se espanta la Musa mía;
y aquí, Paulina, siento que cada día
pierde tierra y aliento mi poesía:

Paulina buena,
oye el fin de mi cuento
puesto en escena.

IV

Es una noche quieta del mes de Junio:
la luz que se completa del plenilunio
se quiebra rayo á rayo sobre cada hoja,
que regada por Mayo la tierra arroja.
Las nocturnas tinieblas avergonzadas
se esconden hechas nieblas por las cañadas;
las nubes trasponiendo los horizontes,
se atropellan huyendo tras de los montes,
el cielo de vapores su faz despeja,

y sondar sus mayores límites deja;
 cuyos inmensurables, hondos espacios
 tachonan incontables, vivos topacios:
 de Dios espejo,
 la luna de su imágen
 pinta el reflejo.

De este faro á la lumbre maravillosa,
 desde el valle á la cumbre todo reposa;
 la tierra á su luz mansa, muda ó dormida,
 yace, y miéntras descansa recobra vida
 cobijándose envuelta, novia velada,
 entre una gasa suelta de luz plateada;
 y esta luz juguetona, niña coqueta
 que traviesa y burlona retoza inquieta,
 con los cambiantes que hace do quier que mira,
 en finjir se complace cualquier mentira;
 porque, falsa como nembra, muestra en penumbra
 y de ilusiones llena cuanto columbra.

La edad pagana
 la adoró triple en HÉCATE
 LÚCINA y DIANA.

En la faz movediza de un verde lago
 que imperceptible riza céfiro vago,
 de los árboles pinta la sombra parda
 como de estacas cinta que un campo guarda;
 del monte en fajas anchas la sombra dura
 extiende como manchas por la llanura;
 mónstruo fosforescente, da miedo y frio
 convertido en serpiente de luz el rio;
 zarzas, endrinos, líquenes, viñas y parras
 áun sin hojas de grifos semejan garras;
 de las verjas ejércitos fingen las barras,

é incendios en los vidrios y en las pizarras;
Tal es la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

V

Todo á la misteriosa luz blanca de Lucina
te he dicho que reposa: mas no es verdad, Paulina;
la noche es engañosa y miente por do quier.
En esta selva hojosa que á medias ilumina,
sucede alguna cosa curiosa y peregrina:
ven, pues, si eres curiosa, lo que sucede á ver.

—
Paulina de ojos lípidos,
do el alma se revela
de la mujer católica,
del ángel del hogar,
conmigo al bosque acércate;
mas pisa con cautela
con tu esbeltez de antílope,
tu paso de gacela,
primor y gracia ingénitos
del andaluz andar.

—
Te he dicho que reposa, que calla todo
en esta selva hojosa: de ningun modo;
todo, Paulina,
calla bajo el tumulto
que lo domina.
Del vapor al empuje que el hombre guía,

la fábrica que ruge, la ferrovía
 que so los trenes cruge, la gritería,
 las bocinas, los silbos... todo el estruendo
 del progreso que invade nuestra vivienda,
 son el rumor tremendo
 de esta leyenda:

porque canta la máquina dominadora
 y de su triunfo víctima la lira llora;
 al pasar cual relámpago, bajo su rueda
 la hace añicos la impávida locomotora,
 y huye espantado el númen, y el hombre queda;
 y el hombre con su sierra la tierra escombra
 de arboles: y la tierra, ya al sol sin sombra,
 avergonzada y muda sin arboleda,
 como vírgen desnuda se vé, y se asombra.

Mas es fuerza, Paulina, que tal suceda;
 el progreso camina: la sed del oro
 se impone, predomina, triunfa y depreda.
 El corcho y la resina son un tesoro;
 brea, carbon, madera
 necesitan comercio, guerra y marina;
 la tierra entera
 suprime las distancias y se avecina
 por un raill ó por una nave ligera
 Francia ó España á América y Albion á China:
 Con que, manera
 de salvar los pinares no hay ya, Paulina.

El vapor y la sierra los desarraigan,
 paso haciendo al progreso, que audaz camina,
 ¿Quién ataja del siglo ya la carrera?

Es preciso que caigan
 ¡los pinos fuera!
 ¡hachas y sierras traigan!

¡Fuego á la hoguera!

El sonoro penacho de su ramaje
de la altura en que ondea fuerza es que baje:
lo que ayer era
pabellon de verdura fresco, y umbrío
gigante que en la altura suelta y ligera
daba al viento de ramas su cabellera,
será vacío
espacio á la intemperie del cielo abierto,
será páramo escueto, seco y baldío
el arenal estéril de un gran desierto:
porque al perder sus árboles, Paulina mia,
pierden montes y selvas su poesía.

VI

La que amparó á su sombra la bóveda enramada
del bosque, cuyo domo flotante y secular
desde que Dios estrajo la tierra de la nada
se apoya en una fábrica por Dios apilarada
por los cien mil pilares de troncos del pinar,
con ellos al tenderlos la máquina y la sierra
la auyentan y va ante ellas cejando sin cesar;
avanzan ellas dando con el pinar en tierra,
y cuanta poesía en el pinar encierra
delante de ellas ceja... y cejará hasta el mar.

El estruendo creciente que se difunde
en todo sér viviente pavura infunde;
cuanto en la selva vive la selva deja,
y á emigrar se apercibe y huye y se aleja.
Cuanto ser animado constituía
del pinar perfumado la poesía,

cuantos de estos pinares habitadores
del pinar familiares de él se guarecen,
y al rumor se estremecen de estos clamores,
para vivir, lugares buscan mejores;
y según crecen
los silbos de las máquinas,
desaparecen.

Contémpalos, Paulina, huir despavoridos,
ó absortos escuchándolos é inmobiles de pavor,
oir los mil baladros, ahullos y rugidos,
bostezos candescentes y humeantes resoplidos
de la estridente fábrica y el carro del vapor.

En la punta de un árbol, una marica
curiosa, oye el estrépito que no se explica;
un conejo empinado sobre las patas,
mira el humo asombrado tras de unas matas;
y un mirlo, con el ruido y el humo, ronco,
va amparándose huido de tronco en tronco.
Vaciando apresuradas sus almacenes,
y en cordón y cargadas como los trenes,
sintiendo que peligran hueva y granero,
las hormigas emigran de su hormiguero.
La liebre huye agachada bajo la yerba;
el barranco, espantada, salva la cierva;
ciegas, casi volando, ganan camino
las ardillas, saltando de pino en pino:
sus panales vacíos deja el enjambre,
su capullo el gusano deja en estambre;
los anfibios y ranas, que en torno bullen
del lago, en él se arrojan y se zambullen.
Las aves desanidan y se desbandan;
los brutos no se cuidan de por dó andan:

banda revuelta de ánades que el aire cruza,
atropella en sus círculos á una lechuza :
temiendo á una vulpeja que toma el jopo,
con una comadreja se topa un topo ;
al cruzar la maleza bajo un tomillo
un lagarto tropieza con un cuclillo ;
y un garduño, que pasa con miedo á un sapo
bajo un espino, rasa con un gazapo.

Reptiles y alimañas, mansas ó fieras,
desconocen urañas sus madrigueras ;
y las bestias de carga, redil y establo
parece que á la larga sienten al diablo.
Muerden en los pesebres traba y ronzales
cobardes como liebres los animales ;
y lo mismo los sueltos que los trabados,
se amontonan revueltos y amedrentados :
y excitándose ardientes unos á otros,
relinchan impacientes yeguas y potros ;
la vaca, á quien se aleja de su ternero,
muge por él ; la oveja por su cordero
bala ; y la cabra trémula, casi con grito
de voz humana, clama por su cabrito.
De mulas, de lebreles y de becerros
se oyen los cascabeles y los cencerros ;
la encerrada y doméstica volatería
añade á tal estrépito su gritería ;
fieles á su consigna ladran los perros,
y el eco, apoderándose de tal tumulto,
le repite, redobla y extiende á bulto
por barrancos, quebradas, simas y cerros :
fin de la escena
de mi cuento esta noche
de luna llena.

VII

¿Te ha gustado mi cuento? Si ó no, Paulina:
 ¿Sí? Pues oye un momento, que aún no termina:
 que añada deja

algo que sustituya *la moraleja*.

Siguieron avanzando la máquina y la sierra;
 y yo, que allí vivía no más por el pinar
 y por la poesía que en el pinar se encierra,
 mirando que á dar iban con el pinar en tierra,
 creí que aquella tierra debía abandonar.

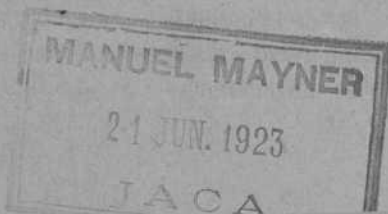
Torné á los patrios lares: quisiste oír mi historia
 te prometí cantares: mas ronco y viejo ya,
 mis cuentos familiares trayendo á la memoria,
 te hablé de unos pinares... y te aburrí quizá.
 Perdona mi torpeza; mi decadencia excusa:
 ya no hay en mí firmeza, desbarra ya mi Musa,
 delira mi cabeza, mi inspiracion se va.

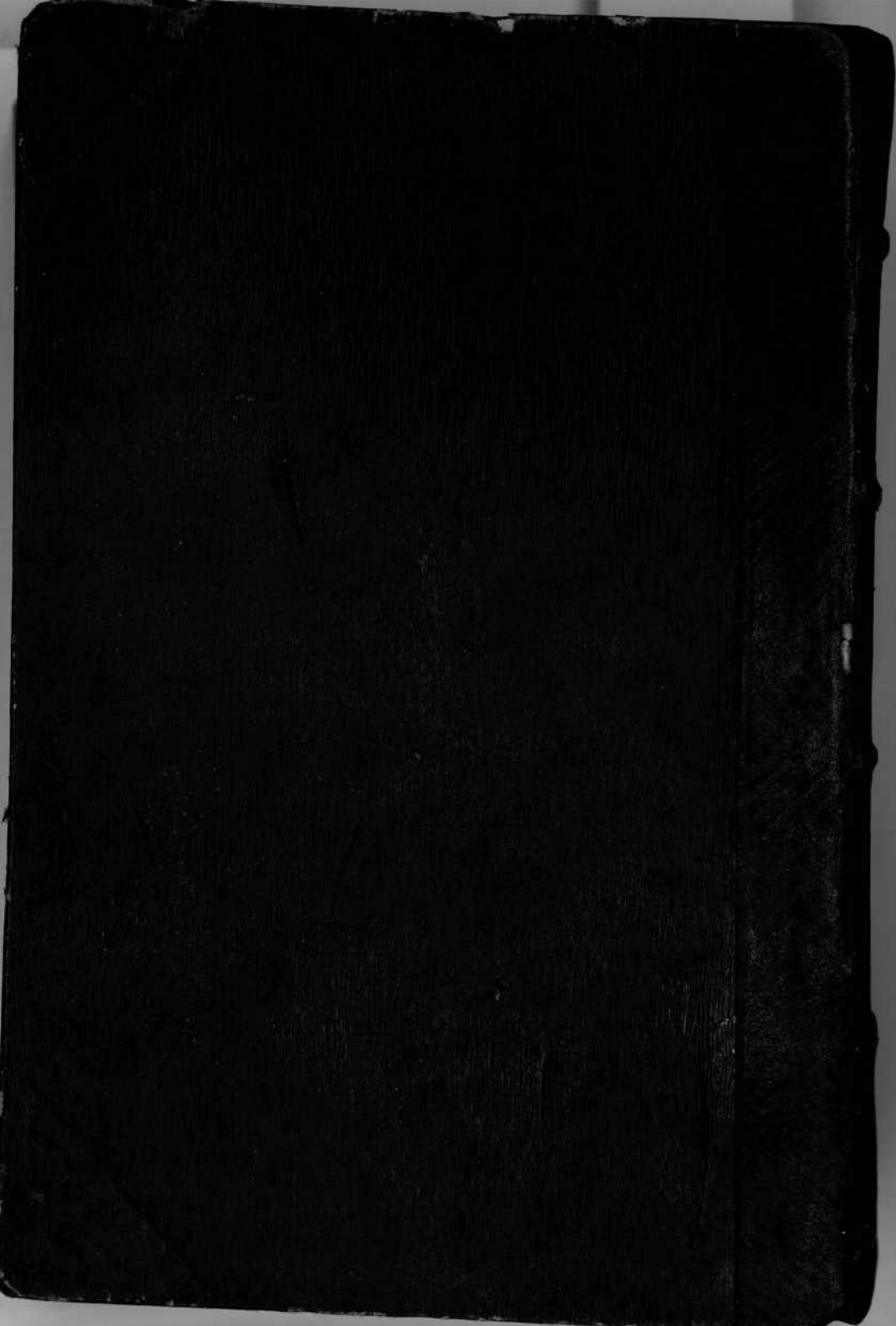
Mi poesía pasa cual flor de un día;
 como las que en mi casa de Francia había...

pero aún me pinto
 para hacer de palabras
 un laberinto

(Marzo, 25, 1878.)

FIN DE LOS RECUERDOS DEL TIEMPO VIEJO.





JOSE ZORRILLA
RECUERDOS
DEL
TIEMPO VIEJO

G 44340